

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 29 mayo - 4 junio 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Número 339

LA INTERNACIONAL DE LOS MILLONARIOS AL SERVICIO DEL COMUNISMO

LA COMPRA DE LOS HOMBRES-CLAVE EN LOS NEGOCIOS FINANCIEROS



El patio de operaciones de la Bolsa de París

YUGOSLAVIA: PROXIMA ETAPA DE LA "OPERACION NEUTRALIDAD"

Comentario por M. Blanco Tobío (pág. 32)

del director s don Torcuato Luca de Tena (pág. 8) ● Concha Espor Diego Jalón (pág. 9) ● El homenaje nacional a Goya, por Al-Barra (pág. 13) ● Entrevista con el arquitecto López Otero, por García (pág. 17) ● La responsabilidad de los científicos, por R-Royo-Villanova (pág. 23) ● Montiel, a lo ancho de La Mancha, Blanca Espinar (pág. 25) ● "El mandato de Roosevelt", por Edgar de Robinsón (pág. 46) ● Problemas de los conventos de clausura Asturias, por M. J. Echevarría (pág. 54) ● No hay tiempo para el Amar, por Dámaso Santos (pág. 54) ● No hay tiempo para el ocio, por Sabino Alonso Fueyo (pág. 58)

EL HOMBRE FORMAL

Novela por José Luis Martín Abril (pág. 42)

GRANDES "TRUST" DE CAPITALES SOVIETICOS TRABAJAN EN EL MUNDO LIBRE



Solo así
**PUDO
 ENTERARSE**

Lo terrible de la halitosis (fetidez de aliento) es que quien la padece no se da cuenta de ello. Los demás, lo notan... y se alejan; pero nadie se atreve a decírselo. ¡Es tan violento! Sólo una casualidad puede hacerle enterarse.

Y, aún la persona más exageradamente limpia, puede padecer halitosis.

A USTED TAMBIEN LE PUEDE OCURRIR

Porque no es cuestión de limpieza. La halitosis se debe casi siempre a fermentación producida por bacterias que la simple limpieza no puede eliminar.

LISTERINE

"GARANTIZA" SU ALIENTO



Complete la higiene de su boca usando Crema Dental LISTERINE con ACTIFOAM, la penetrante espuma activa antienzimática que limpia profunda y completamente.



Concesionarios: **FEDERICO BONET, S. A.** - Infantas, 31 - Madrid

GRANDES "TRUST" DE CAPITALES SOVIETICOS TRABAJAN EN EL MUNDO LIBRE



LA INTERNACIONAL DE LOS MILLONARIOS AL SERVICIO DEL COMUNISMO

LA COMPRA DE LOS HOMBRES-CLAVE EN LOS NEGOCIOS FINANCIEROS

CUANDO se plantea el problema social y político del mundo actual se separan, como si fueran fuerzas distintas e irreconciliables, el comunismo y el gran capitalismo internacional. De esa forma se ha venido vinculando siempre al comunismo la idea única y exclusiva del proletariado. La verdad es que en el fondo, y ya Lenin lo advertía en 1919, el comunismo es un gigantesco «trust» capitalista cuyo objetivo es, por el camino que sea, el poder. Y si hay razones para relacionar, contra la idea corriente y tópica, al comunismo y el gran capitalismo internacional, baste recordar que sus características funcionales son: de un lado, el internacionalismo; del otro, el dominio del mundo.

En el prólogo a *La economía mundial y el imperialismo*, de Bujarin, años antes de estallar la revolución bolchevique, hacía un estudio Lenin de la situación y decía: «El soberano actual es el capital financiero, particularmente móvil y elástico, cuyos hilos se extienden sobre cada país y sobre el área internacional...»

De esas ideas nacía para él la creación de la Internacional del dinero, la escondida y profunda Banca comunista, que está presente con su dinero y su fuerza en todos los problemas contemporáneos. Dificilmente, y contándose con los dedos, podrán dejarse de entender situaciones aparentemente absurdas e increíbles en hombres de ciencia, grupos de prensa, si no se atiende al dinero que ha fluído subterráneamente



El periodista Knie Kerbocker (a la derecha) que investigó el asunto de la financiación de la revolución soviética por el capitalismo internacional.—Arriba: Una vista de la Bolsa de Nueva York

de sociedades u organizaciones aparentemente pacíficas o apolíticas. Quizá la gran diferencia entre los capitalismo clásicos y el comunismo es que los primeros, en virtud de su espíritu de lucro, han ido directamente a sus negocios y a sus fines, sin más explicaciones. Con el capitalismo comunista se inaugura una época en la que la compra de las conciencias, la corrupción de un pueblo o la falsificación de las ideas se ejerce, científicamente, con un dinero organizado para el mal.

Por otra parte, en sus comienzos Lenin, que dormía en una buhardilla de Ginebra, o Stalin, en una «isba» rusa, recibían del hilo invisible del dinero internacional la ayuda necesaria para

realizar la insurrección comunista. La revolución comunista podía ser un negocio y gobernarse a los hombres de paja revolucionarios tras la cortina de una Banca. Ese sistema lo ha multiplicado el comunismo.

DESDE 1916, TROTSKY SE RELACIONABA CON LA BANCA

Trotsky forma con Lenin, al revés de Stalin, uno de los viajeros de Europa. Alemania parecía ser siempre el punto de reunión y el punto de partida. Desde Alemania, la gigantesca caparazón de Rusia aparecía envuelta en una nebulosa. En la primavera de 1917 Trotsky se encuentra con un grupo financiero

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina:
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :-: Oro, 2.455 :-: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en México:
QUEROMON EDITORES, S. A. :-: Revillagigedo, 25 :-: MEJICO, D. F.

que le suministra los fondos necesarios para la propaganda en Rusia y, sobre todo, en el mundo; es decir, para cambiar el sentido de las noticias, para crear un estado de buena opinión hacia los revolucionarios. Un documento impresionante del Servicio Secreto americano, transmitido al alto comisario de Francia en los Estados Unidos, André Tardieu, en el año 1919, decía: «7-518-6 912-S.R.2 Segunda Sección: En febrero de 1918 se supo que en Rusia se estaba fomentando una revolución. Se descubrió que las personas y firmas que se mencionan estaban complicadas en esta obra de destrucción: Jakob Schiff, presidente del Banco Kuhn, Loeb y Cia...»

En torno a estos grupos, que manejaban a los revolucionarios como hombres de paja, funcionaban otros, desde Estocolmo, dirigidos por el banquero Warburg. Misteriosas conexiones establecidas desde la primera hora en un ámbito de posiciones claras. Editada por la Comisión de Información Pública de Washington, apareció en 1918 una publicación, «The German-bolchevic conspiracy», que transcribía el siguiente telegrama: «Sr. Rafael Solak, Estimado camarada: La Dirección del Banco Warburg informa, conforme al telegrama del Sindicato Renano-Westfaliano, que ha sido abierta una cuenta corriente para la empresa del camarada Trotsky...»

Firmaba Furstemberg.

En aquellos momentos se preparaban otros saltos. La casa bancaria Gunzburg, de Petrogrado, dejaba entrar en su red a agentes comunistas. Jacobo Schiff, que se había declarado ya como parte integrante de la revolución que había terminado con el Zar, estrechaba sus relaciones con la Banca Speyer y Cia., de Londres. Mientras tanto, al banquero Warburg, cuya conexión con los comunistas se probaba taxativamente en Nueva York, se le cerraban los caminos a un gran cargo en los Estados Unidos.

Se formaban así las primeras relaciones directas que a través del tiempo iban a dar su fruto. Millones de dólares se gastaban en la complicada organización que un día iba a poner en manos de una minoría a un pueblo entero.

En el «New York Journal-American» del 3 de febrero de 1949, Cholly Knickerbocker, que había investigado el asunto y seguido la pista de los banqueros Schiff, afirmaba que el nieto de éste «calculaba que el viejo empleó cerca de 20.000.000 de dólares en el asunto».

La cosa llegó a tener tales proporciones que el sindicalista americano Samuel Gompers, uno de los fundadores de la American Federation of Labor, lo denunció públicamente, advirtiendo que se trataba de una empresa comunista gigantesca, en la que intervenían Bancas inglesas, alemanas y americanas.

Lo mismo ocurrió más tarde en los sensacionales asuntos de espionaje atómico. Mac Carthy ponía de manifiesto que en los grandes puestos de la Comisión Atómica existían hombres con sospechosas relaciones internacionales, cuyos hilos pasaban por la Banca Kuhn.

LOS PARTIDOS COMO ORGANISMOS ECONOMICOS

La disciplina total, absoluta, que coloca a los partidos comunistas en manos de Moscú, ha dado motivo a una serie de problemas cuyo factor principal es el dinero y su forma de arbitrarlo. No sólo se trata, lo que sería cómodo y sencillo, de que los partidos se conformen con recibir un dinero y distribuirlo de una forma u otra, aparte de pagar a sus funcionarios que, de hecho, se convierten en funcionarios de Rusia, sino que se ha ido creando en cada nación, con la cooperación de economistas y banqueros, sociedades comerciales que, aparentemente privadas, forman una verdadera tercera Internacional del capitalismo ruso.

En noviembre de 1944 un grave escándalo de este tipo cruzó toda Italia. Palmiro Togliatti se vio acusado por el ex embajador norteamericano William Bullitt de recibir sumas enormes de dinero, que se introducían en Italia subrepticamente. La cosa no era nueva, pero la autoridad del acusador y la firmeza y claridad de su exposición motivaron una serie de protestas y de investigaciones que tuvieron como culminación el descubrimiento por la revista «Lice Magazine» de que precisamente en aquellos momentos Togliatti había ingresado dólares 25.000 en su cuenta. En el barullo que se organizó, la Policía llegó a descubrir, en encuesta a través de cinco años, que una de las fuentes más saneadas del partido comunista italiano se debía a los ingresos que realizaban una serie de firmas o empresas aparentemente privadas y dedicadas al comercio de exportación, cuyas casas más importantes estaban en Roma, Milán Turín, Florencia y Trieste.

No creo que nadie pueda evitar pensar lo que significa la formación de tales sociedades mercantiles-políticas en medio de una sociedad que cree de buena fe tratar con comerciantes o simples exportadores. Se procede así, de país a país, en los momentos de apuro de divisas, a una verdadera colonización económica que se supedita sólo, exclusivamente, a los intereses y a las órdenes que da Moscú.

Prueba de ello es el debate de la Cámara de los Comunes el 11 de junio de 1928, en el que se llegó a decir, con toda clase de cifras y señales, el sistema de financiación comunista. Según la declaración de uno de los diputados, el mismo Banco de Inglaterra había recibido de Shannin, un modesto y oscuro agregado de la Embajada rusa en Londres, la cantidad de 27.000 libras. Y en «The Times» del 26 de enero de 1932 se decía «que 50.000 libras habían sido enviadas a España, con fecha 9 de enero, como subsidio para la revolución».

Esta tremenda y oscura capitalización que existe en todos los países, y cuyo objetivo es ir descomponiendo con el dinero la sociedad en que actúa, se repite sistemáticamente, con idénticas características, en todos los países. La conexión entre las organizaciones comunistas y la Banca se ha establecido casi siempre a través de un puente espe-

cial: la masonería. Un documento especial lo prueba.

El 14 de noviembre de 1933 el secretario general, miembro de la Logia española, escribía a Simone E. Ametowglo Fully para recomendarle mucho a ciertos extranjeros refugiados en España, de los que dice: «Hay muchas eminencias y gente muy apta en las varias ramas del comercio y de la industria.» A su compás se establecen las empresas editoriales, que, subvencionadas por el Komintern, se dedican, dice el general Francesco Belforte, a la propaganda subversiva «a temas aparentemente inofensivos, pero igualmente destructivos. En un caso concreto merece la pena destacarse un hecho. Se trata de una carta de A. Ristori de la Cuadra firmada en Madrid el 3 de octubre de 1935 y dirigida a todos los masones. En ella se recomiendan algunos de los libros editados con estas palabras, que tomamos del documento a la letra: «Es necesario hacer resaltar la oportuna actualidad con que se han escrito; en estos momentos en que nos atruenan los oídos con los nombres del criminal Felipe II y la casquivana Isabel la Católica, no se pueden dejar de saborear los capítulos titulados «Cómo Isabel la Católica llegó al trono de Castilla.»

Todo ello, en fin, sigue la ruta de todo lo anteriormente expuesto con respecto a los procedimientos seguidos para arbitrar capitales. Cuando la situación es grave y no existen divisas que sufraguen los gigantesco gastos se inventan nuevas fórmulas. Se llega a la falsificación.

LA FALSIFICACION MAS PERFECTA QUE SE CONOCE

De 1928 a 1932 circularon por el mundo entero millones de dólares en billetes de 100 dólares. Primero —ha dicho el general Krivitski, del Servicio Secreto del Ejército ruso, que más tarde abandonó Rusia y murió asesinado después de escribir un libro— fueron filtrándose poco a poco, y después cayeron como un diluvio sobre el Tesoro de los Estados Unidos. Fué Stalin —dice Krivitski— quien puso en marcha aquella gigantesca falsificación de dólares.

Dice Krivitski que, para su sorpresa, se adquirió en Berlín la Banca Sass y Martini por un grupo de «americanos del Canadá», que, como tantos grupos de «simpatizantes», «amigos de la paz» o «defensores del Derecho», pertenecía a ramificaciones del servicio secreto en el mundo financiero. El Banco Sass y Martini trasladó grandes cantidades de dólares al Banco Alemán, y éste, a su vez, al National City Bank de Nueva York.

Pasaron años antes de que se apagara el fabuloso escándalo. Los billetes fueron impresos en material especial traído de los Estados Unidos.

LA LUCHA POR EL DOMINIO DE LA PRENSA

Teniendo en cuenta la importancia y la dimensión que tiene hoy la Prensa en el mundo, se

comprenderá los esfuerzos que ha realizado el capitalismo ruso para penetrar, de una forma u otra, y usando todos los procedimientos, en el terreno del periodismo. Ha empleado, según los países y los sistemas, medios distintos. En unos lados, la presentación de equipos de redactores; en otros, la intervención capitalista; pero juzgando siempre la baza de tener, en cada país, un órgano oficial del partido («L'Humanité» en Francia, o «L'Unita» en Italia), que oculta sabiamente la presencia menos sospechosa de los otros.

En los países católicos ha jugado con la generosa actitud social de muchos hombres para embarcarlos al terreno marxista o, cuando menos, a la neutralización de sus periódicos, lo que ya es un triunfo.

En Francia, la situación es tan grave que no hace muchos meses una revista, «La Quinzaine», fué condenada por la Iglesia y se suspendió su publicación. Si se sigue el hilo de esa gran madeja se entenderá pronto alguna particularidad extraordinaria: la mano financiera que mueve la mayor parte de la Prensa católica, a cuya cadena pertenecía «La Quinzaine», condenada por la Iglesia, es una señora: madame Sauvageot.

Madame Sauvageot, ex militante comunista, convertida al catolicismo, es hoy la mayor personalidad financiera de la Prensa católica. Son muchas las empresas y publicaciones que ella controla, tanto por su tirada como por su papel político. De ellas, Jean Madiran, en un libro reciente, cita a «Le Vie Catholique Illustrée», «Radio-Cinema-Télévision», «La Quinzaine», de que ya hemos hablado, y, gracias a sus amigos, «L'Actualité Religieuse dan le Monde». A pesar de esas circunstancias, madame Sauvageot sigue conservando una íntima amistad con los «progresistas» y con el Estado Mayor comunista de Francia, relaciones que no son sólo personales, sino también familiares. Con motivo de eso ha firmado el famoso manifiesto o «Llamamiento de Estocolmo», de clara posición paracomunista.

Con motivo de las primeras y decididas llamadas de la Iglesia con relación a «La Quinzaine», que hacía el juego claramente a Rusia, madame Sauvageot se retiró, pero solamente para tomar una actitud más prudente.

UNA MUJER EN MEDIO

Planteadas así la situación, vemos cómo por omisión, y en muchos casos por falta de valentía, no pocas publicaciones francesas, en las que figuran católicos destacados, están sometidas a una inspiración, cuando menos, extraña y singular: «La Vie Catholique Illustrée» y «Radio-Cinema-Télévision», que superan los 500.000 ejemplares, están manifiestamente neutralizados. Es decir, no toman decisión alguna. Es así que Jean Madiran, hablando de esta situación, llega a decir: «En el combate moral y político que riñe el comunismo contra la Iglesia, los dos semanarios cató-



Samuel Gompers, uno de los fundadores del Sindicatismo en favor de los comunistas



Krivitski, jefe del Servicio Secreto Soviético, que reveló el origen de la más gigantesca falsificación de dólares que se ha conocido

licos franceses más importantes están prácticamente neutralizados en el sentido militar de la palabra... Constituyen la potencia económica del grupo Sauvageot, y su existencia impide la de otro semanario católico de gran tirada, al que animase un espíritu de resistencia activa contra el comunismo...

A su vez, madame Sauvageot está directamente unida a René Finkelstein, de las Obras Católicas de la calle Fleurus, y de Beauve-Mery, director de «Le Monde». El primero de ellos, con medios suficientes, sigue igualmente la política de no resistencia, y el segundo, desde el periódico aparentemente «objetivo» de «Le Monde», ha hecho decidida propaganda prorrusa, siempre izquierdista, y, como la mayor parte del bloque Sauvageot-Beuve-Mery, anti-española.

Otra de las características del grupo es lo mezcladas que están las Redacciones. Nadie sabe exactamente dónde comienza una y termina la otra. Beauve-Mery, el director de «Le Monde» y codirector de «L'Actualité Religieuse», salió en defensa, en el primer periódico, de la revista «La Quinzaine», llegando a decir que la condena «no era de orden doctrinal». Quedan, por último, «Temoignage Chretien» y «Esprit», que, según Madiran, parecen de igual forma conectados con el grupo financiero—aunque proclaman su independencia—de madame Sauvageot.

La «France Catholique» y el «Homme Nouveau» tienen medios

financieros infinitamente menos importantes; pero, en líneas generales, pasan por el mismo trance.

Si se hace un examen de la situación se llegara a una consecuencia: muchos de los movimientos de este «progresismo» no han querido buscar en la raíz católica las reflexiones coherentes que debe producir la hora actual del mundo y se han dejado arrastrar por turbias y extrañas corrientes de marxismo. Eso, de un lado. De otra parte, por el sentimiento demagógico de que está impregnada la vida de los pueblos, se da el caso de que revistas, periódicos y hombres que debieran estar por encima de esas situaciones se sienten vacilantes ante el temor de ser considerados, si no dialogan con los comunistas, como «reaccionarios». Tal situación es, evidentemente, una falta enorme de seguridad, que, sabiamente especulada por la Internacional Comunista, ha producido esos frutos. Tanto más extraños cuando el catolicismo, sin tener que recurrir a ninguna falsificación de sí mismo, tiene fuerza y dimensión suficientes para estar siempre a la altura social del momento.

Pero el hecho cierto es la penetración comunista.

LA COLONIZACION ECONOMICA DE EUROPA

El sentido puramente expoliador de Rusia está dirigido, en los últimos tiempos, a una sucesiva concentración del poder económico de todos los países ocupados. El nuevo invento de la colonización industrial son las «sociedades mixtas». El primer campo de esta experiencia del capitalismo ruso ha sido Rumania. Siguiendo el acuerdo ruso-rumano del 8 de mayo de 1945, unas sociedades conocidas bajo el nombre de «Sovroms» se han constituido, repartiéndose las acciones al 50 por 100 entre ambos países. Para facilitar las operaciones, los grupos privados han sido desposeídos de sus bienes; es el mismo Estado rumano el que garantiza a Moscú la explotación legal. Diversas sociedades mixtas han sido creadas: el «Sovrom» del petróleo, e «Sovrom-carbu», el «Sovrom» de la madera, el «Sovrom-químico»...

En enero de 1949 se cerraba para todos los países soviéticos el «Kominform económico». El tabaco de Bulgaria, que antes se exportaba a Francia e Inglaterra, es adquirido hoy por Rusia al 20 por 100 del registrado por la tarifa mundial. Alguna de las cláusulas del tratado de paz con Austria determinan, por un período de treinta años, que el 50 por 100 del petróleo austriaco será enviado a Rusia.

Y todo ese gigantesco y constante expolio se disuelve después, subterráneamente, en esa obra destructora y descercantante de las empresas de Prensa, comerciales o industriales. Escondiendo detrás de pacíficas editoriales el sentido de la perversión. Y no se trata de un país sólo. El capitalismo comunista se ha introducido en todos los países, y no cabe contra él otra forma de lucha que la vieja y simple de predicar y vivir la verdad.

PRECISION Y CLARIDAD

[A constante incomprensión en que España se ha encontrado frente a muchos países de Europa nunca estuvo fundamentada realmente en la ignorancia objetiva de nuestros problemas ni en un error de valoración de las contingencias históricas de nuestra Nación, sino en otras causas siempre turbias. La conducta de España ha sido siempre caracterizada por una línea definida de claridad que no dejaba dudas. Los observadores de buena fe supieron analizar toda manifestación política y social de la justa perspectiva. De esto es prueba patente el hecho de que ciertas temporáneas disparidades entre España y los pueblos de buena voluntad fueron ya, a su tiempo, finalmente disipadas. Sin embargo, las recientes declaraciones del Jefe del Estado a la Prensa norteamericana —unas declaraciones precisas, transparentes, inequívocas— han venido oportunamente a remover todo residuo de involuntarias inexactitudes en el conocimiento de España.

Por otra parte, no puede maravillarnos excesivamente la valoración que en el Occidente se haya hecho hacia nosotros, cuando reflexionemos en el error sorprendente cometido por varias naciones occidentales en relación a la Unión Soviética, sobrevalorando distintos aspectos de esta última, hasta llegar a determinar en amplios estratos de las respectivas opiniones públicas un verdadero complejo de inferioridad. Nos referimos primeramente a ese serie de argumentos y cifras con los que unos profesionales del periodismo sensacional han pretendido demostrar a sus sedientos lectores que el comunismo dispone de una real superioridad frente a sus adversarios. Superioridad bélica basada en elementos demográficos, técnicos o de preparación estratégica. Y esto cuando elemen-

tos y cifras al alcance de cualquier lector hubieran podido demostrar exactamente lo contrario.

La verdad es que en el fondo «Rusia tiene compradas muchas conciencias en Europa y en América y en todas partes» y que este negocio constituye para Rusia una operación bastante fácil, porque sólo se pueden comprar aquellas conciencias que están a la venta. Así como su propaganda únicamente puede convencer a quienes están predispuestos. Parece, en efecto, que la incapacidad de resistencia moral, tan visible en algunos directivos políticos de Occidente, sea la plataforma ideal para que la U. R. S. S. pueda accionar la gran máquina infernal de su propaganda política y diplomática. Ejemplo de esta ventaja para el juego del imperialismo ideológico comunista es la equívoca dinámica de las conferencias internacionales de alto y medio nivel, al término de las cuales o Indochina había pasado al bloque oriental o el rearme alemán quedaba dificultado, o la Europa sovieta resultaba oficialmente integrada bajo el mando militar comunista, o la Organización de las Naciones Unidas se veía refrendada por un último veto soviético. Este continuado malabarismo de maniobras diplomáticas rusas habría sido de suyo suficiente a desmascarar el juego de la U. R. S. S. frente a las Cancillerías occidentales.

Y, sin embargo, el equívoco continúa. Equívoco sólo explicable por la fragilidad constante de los sistemas democráticos occidentales. «Yo estimo —decía el Caudillo a este propósito en sus últimas declaraciones— que hoy existe en el mundo una crisis de sistemas. Las naciones viejas que han gastado ya sus sistemas políticos han de evolucionar hacia formas nuevas. Si nosotros no queremos caer en esa negación total que es el comunismo, si no queremos ver negada nuestra personalidad y destruida nuestra Patria, hemos de buscar soluciones a los problemas políticos, y no por los caminos para nosotros fracasados, sino por caminos nuevos.»

Lo que hoy paraliza injustamente los esfuerzos europeos para hacer frente con medios adecuados a la invasión propagandística de su enemigo, paraliza también a España en sus primeros intentos de poner fin, en régimen democrático y partidista, al empuje arrollador de las fuerzas legítimas de nuestro país. No fué una gratuita solución histórica, sino una premisa fundamental el hecho de que España tuviese que acabar con ese sistema para terminar, a un tiempo, con la causa primaria de su ruina: «No somos los hombres los que creamos los sistemas políticos; es la necesidad histórica de las naciones la que obliga a buscar soluciones al problema político planteado.»

Es esta obstinación europea de no amoldarse a formas nuevas que sustituyan a la presente inactividad de los organismos políticos y esta pereza de no romper con las concesiones partidistas del sistema liberal la razón directa de que Europa se vea desarmada frente a las fuerzas del anarquismo.

Al menos habríamos esperado que de no poderse encaminar decididamente a una profunda renovación de su mecánica parlamentaria, las naciones del Occidente europeo hubieran valorado, en la justa medida, el gran paso adelantado por España, con la regeneración tan costosa y dura de nuestro país, de nuestro sistema, alcanzado el objetivo innegable de verse a la vanguardia de la cruzada anticomunista. En cambio, la tirantez en las relaciones de Es-

Lea "OPINION"

«OPINION» recoge los resultados de las encuestas más interesantes realizadas por los institutos extranjeros de opinión pública.

Publicación mensual 36 páginas

Suscríbase remitiendo este boletín a:
«OPINION», Monte Esquina, 2,
Madrid.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.
domiciliado en
calle Núm.
se suscribe a OPINION, cuyo importe de
TREINTA pesetas (un semestre) abonará
al recibir el primer ejemplar.

... de ... de 1955.
(Firma.)

paña con Francia e Inglaterra en los últimos años, nacida de incompreensiones injustificadas hacia nosotros, es la que vino ahogando, hasta hace poco, la posibilidad de que España participase activamente en la alianza defensiva del mundo occidental. No obstante, nuestra voluntad inquebrantable y desinteresada de colaborar a las tareas comunes de la Europa verdadera, nos condujo, por razones históricas permanentes, a esas inteligencias con la nación portuguesa, de las que nació el Pacto Ibérico de Defensa, eslabón que nos une de manera concreta, y por encima de las discriminaciones europeas, al conjunto defensivo de Occidente. Los convenios paralelos anudados con Norteamérica vienen a situar a España en el centro efectivo de esta defensa europea.

Esta singularidad española, en otra circunstancia subrayada por el Caualllo, también la vimos operante en la originalidad con que España supo crearse su Régimen actual, cuyos caracteres no procedían de ningún residuo utilizable del anarquismo, ni repiten rasgos de regimenes dictatoriales de la reciente historia europea.

La característica fundamental de nuestras inconfundibles doctrinas políticas es que no admitimos que se pueda usar de la libertad para destruirla. Es por esto que la técnica de los partidos políticos ha sido rechazada para siempre en España, creándose, en su lugar, una democracia orgánica y equilibrada en su legítima acepción de gobierno del pueblo y para el pueblo, y rehusándose definitivamente a la mediación sospechosa e inarmónica de facciones interesadas en conjurar los estados de opinión. Ningún medio, en la organización presente de España, debe ni puede ojerecer el pretexto de servir intereses ajenos a la Nación.

Esta vigilancia constante del Estado, por estar unida a la perfección misma del sistema, no necesita de represiones o censura de ninguna clase. Lo que nos distingue fundamentalmente de las costumbres políticas de ciertos países es una diversa concepción del delito contra la Patria y sus legítimos intereses.

Ciertas «libertades» que la Prensa de otros países pretenden concederse a toda costa, y a costa de todo, se consideran, en nuestra concepción ética de la vida asociativa, como indirectos, pero auténticos, atentados contra el bien común y evidentes atentados a la estabilidad del equilibrio nacional, en el que reside el fundamento y la premisa de toda libertad constructiva. Hacer la apología de tales atentados es una concepción suicida de ciertas Prensas europeas, que, en su patente miopía, intentan evadir la tragedia de sus propias contradicciones, criticando a España y llamando censura a la vigilancia que interviene tan sólo para permitir lo que es lícito y evitar lo que no lo es.

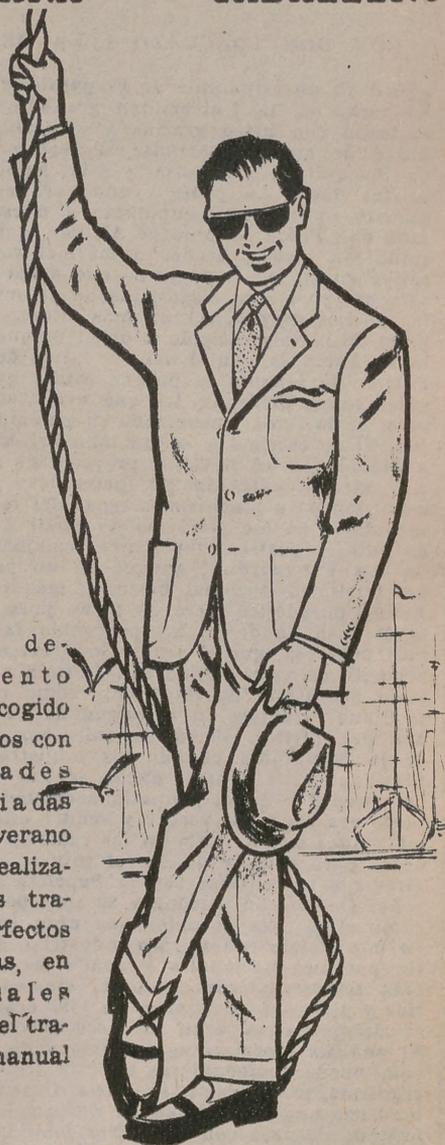
También, paralelamente al nuevo sistema político, y merced a sus únicos esfuerzos, tuvo que surgir nuestra economía nacional. Una síntesis del gigantesco camino recorrido podrá simbolizarse en los avances técnicos de nuestra industria y de nuestra agricultura, logrados sin que el Estado se transformase en empresario. Hemos visto otros regimenes convertirse en Estados contables bajo el disfraz de los respectivos nacionalismos, y caer en la ingenuidad antieconómica de las llamadas «totales autarquías nacionales». España, consciente de que los errores financieros de un país ni pueden ni deben esconderse bajo evasiones falsamente patrióticas, nunca tuvo dificultad alguna en abrir sus puertas a la entrada leal y conveniente del capital extranjero. Resultado de esta sabia economía política es el presente equilibrio financiero de España y la estabilidad de su moneda. Es otro modo de cerrar el paso al comunismo, sin dejar de dar la más completa satisfacción a los problemas del trabajo y a las realizaciones sociales.

Quince años han recobrado y agigantado lo que no se había conseguido en todo un siglo, desperdiciando esfuerzos y tergiversando los verdaderos problemas nacionales en polémicas del viejo bizantinismo liberal.

EL ESPAÑOL

TRAJES VERANIEGOS

PARA CABALLERO



Nuestro departamento ha escogido los tejidos con cualidades apropiadas para verano y ha realizado unos trajes perfectos de líneas, en los cuales destaca el trabajo manual

Toda la gama de colores, sobresaliendo humo, musgo, corinto, teja y todos los tonos mezcla de máxima actualidad

Júmel, otomán, lavables.	675 ptas.
Fresco - lana, muselina,	
torzal	675 »
Alpaca	895 »
Gabardina	995 »

Un departamento que abarca todas las necesidades del vestir masculino

PLANTA TERCERA

El Corte Inglés

“DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO”

ENVIOS A PROVINCIAS
SOLICITEN CATALOGO

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ERA yo un estudiante de Preparatorio de Derecho en la Universidad granadina y me carteaba con usted gracias a su ancha urbanidad de andaluz sescante, de varón pródigo que ha quitado a las cosas y a las palabras sus aristas duras. Le pedía ayuda para erigir en nuestro pueblo un monumento a nuestro paisano don Pedro Antonio de Alarcón, quien continúa sin piedra, bronce o mármol conmemorativo en su lar, a pesar de que usted rumbosamente puso a la disposición de un muchacho los medios de propaganda más eficaces de España. Me había dirigido a usted porque se llamaba Torcuato, con el nombre latino del Santo Patrón de Guadix, y porque intuía que cualquier causa noble, de las que necesitan, sobre todo, de la fama, encontraba su paladín en usted. Si se escribía y se hablaba del homenaje a Alarcón en «A B C», el proyecto no aparecía extraño, extravagante, heterodoxo, ya que asimismo para muchísimos españoles lo que no se publica en ese periódico no existe o no tiene bulto y realce, cual ocurre semejantemente en «La Vanguardia», aunque en un perímetro del territorio nacional bastante más reducido. Parece paradójico, pero no lo es, pues se repite el caso donde se ha producido la Prensa más poderosa, que el señor Godó fuese un fabricante de yute metido con fortuna a empresario del diario de Barcelona, como el aceite sevillano estuviese en el origen de su genialidad periodística. Usted no quiso ser ministro de la Monarquía cuando los ministros y los presidentes del Consejo daban vueltas y revueltas alrededor de su simpatía acometedora, que tanto era capaz de vocear y vender unas cuantas manos de «A B C» en las ramblas barcelonenses para romper un boicot injusto, como se atrevía a enfrentarse con la Papelera o con el señor Cambó. Su persona y su obra podrían resumirse en tres vocablos que eran inusitados en una Patria con retraso industrial, sin fuertes pasiones nacionales y donde los españoles más representativos en aquel momento anterior y posterior al desastre de 1898 eran un poco desaprensivos, eran un poco sinvergüenzas. El análisis espectral de su alma y de su creación puede compendiarse en este trilema: Patriotismo, maquinismo, egolatría. O sea, lo más moderno que se utilizaba en Europa, lo que ha imitado después con éxito Norteamérica.

Cuando todos podían tratarse de tú, porque cierta complicidad en la desgracia moral, social y política difuminaba los caracteres, usted tuvo la arrogancia de firmar sus artículos con un espectacular y enigmático «Egosum»; esto es: «Yo soy», en el que el público descubría a don Torcuato Luca de Tena. Cuando a la máquina no se le concedía su importantísimo valor instrumental sin el que los pueblos no pasan del estudio rural o nómada del pastoreo, usted traía a la España feudal y leguleyeca las rotativas más perfeccionadas y más impresionantes. Usted, que era abogado y que no era ingeniero (lo que fué una ventaja entonces y quizá ahora por no haber incurrido en la deformación profesional de una técnica convertida en casta), gustaba retratarse en su sala de máquinas, con su cuello de pajarita y su pelo muy recortado que le infundía cierto aspecto de capitán de empresa teutón, de «Junker» germánico trasplantado a un patio sevillano, en cuya vecindad funcionaba una industria tan adelantada y delicadamente compleja como la periodística. Cuando el país se sumía en la sima de la negación y hasta se aceptaba por la clase dirigente la conveniencia o el sino fatal de ser una colonia, sus campañas reiteradas, explosivas, estimulantes, reticentes, infatigables, a veces hasta fanfarronas, nos devolvían el pulso extraviado, secuestrado o perdido.

Al cumplirse los cincuenta años de que «A B C» salió como periódico diario, fácilmente se divide el tiempo del medio siglo en un par de mitades casi gemelas. Veinticuatro años de fundación hasta su muerte y otros veintiséis (salvo el trienio escaso de la ocupación roja) de herencia. Dios ha querido que el fallecimiento de su esposa, doña Esperanza, coincida con este quincuagésimo aniversario del primer número, para que estos cincuenta años de 1905 a 1955 no dejen de ser unos cincuenta años familiares de una familia. Usted fué original en la sencillez y fácil rotundidad del título con que principia también cualquier abecedario. Usted fué un precursor en ese retorno al tamaño pequeño, al formato de las primitivas gacetas, que humaniza al periódico y le acerca al hombre en el ajetre cotidiano y presuroso de su vida. Usted fué el más audaz propietario de Prensa diaria que se atrevió a utilizar todos los días el huecograbado, no obstante la lentitud química y fotomecánica del procedimiento. Usted, que era director de «A B C», tuvo compasión de sus semejantes, adivinando que el cargo de director de periódico es algo que quema y destruye a quien lo ocupa, quedando arrumbado y desarbolado, como un pabito que se apaga o un limón que se estruja tras de haberle extraído todo el zumo. Usted, por lo tanto, antes que su mujer construyera la Casa de Nazaret para las huérfanas de los periodistas, había recogido a los que fueron directores de periódicos en una época de su lozanía y de su influencia, como Troyano, como Ortega y Munilla, como Rocamora, al igual que en la actualidad don Luis Calvo continúa esta tradición ofreciendo las páginas de «A B C» a otros antiguos directores. Pero usted, mejor y más inspirado que en los precedentes aciertos, hizo el periódico para las familias españolas al principiar el siglo. Esa célula histórica y social que es la familia se halla representada en «A B C», y «A B C» es el espejo que la refleja. La importancia perdurable del diario nos indica que no ha cambiado el armazón anímico e intelectual, sentimental de España, y como en una nación no existen jamás mayorías, sino minorías más o menos populares, la minoría compuesta por cuantos lean el «A B C» es una minoría que revela un modo de ser invariable de los españoles, mientras que las minorías de los lectores—por ejemplo, de «El Sol» o de «El Debate», dos ambiciosas fundaciones de la Prensa posteriores—han desaparecido o se han eclipsado. Esto nos demuestra que el lector de «A B C» se haya encuadrado espiritualmente en el Movimiento, que el liberalismo de «A B C» era una superestructura, por no decir una bienintencionada máscara, y que el Movimiento no se ha opuesto a «A B C», sino que lo ha protegido y favorecido en cuanto rescato su maquinaria, don Torcuato, y en cuanto se vale de las virtudes de honradez, progreso, patriotismo y liberalidad conaturales con su público habitual, con las familias españolas, con los padres de familia que son la base conservadora del 18 de Julio. «A B C» es un espejo ni cóncavo ni convexo, sino exacto, como proyectado y construido por una mente tan cabal como la suya, don Torcuato Luca de Tena. Lo que aprisionara su azzoque en su primera mitad, lo que le tocó vivir don Torcuato, es menos próspero y feliz, más macabro, más torturante, más anárquico, más incivil que la imagen reflejada en sus páginas a partir del liberador 1 de abril de 1939. «A B C» es un fiel espejo de la realidad nacional, y cuando hubo un rápido momento en que se vieron unos fantasmas que no existían en el país ni en el ámbito sosegado de sus lectores, alguien pensó en que usted debía comparecer para poner las cosas en su sitio; pero, mi admirado don Torcuato Luca de Tena, la cordura se impuso y no fué menester molestarle.

CONCHA ESPINA

LA VIDA EJEMPLAR DE UNA GRAN MUJER Y ESCRITORA ESPAÑOLA

Ella conocía como nadie el valor fecundo de la soledad y el aislamiento. Escribía todos los días para dominar el lenguaje



LA vida de una mujer empieza dos veces, cuando nace y cuando se casa. Y el destino, por medio de un suceso mínimo, que entonces pasaría seguramente inadvertido, quiso marcar el segundo comienzo de Concha Espina con algo que aparece hoy ante nuestros ojos como un símbolo perfecto de su vida.

Ocurrió que el día de su boda, en el nervioso trajín que invadía la casa, en el apresurado ir y venir de los preparativos de la fiesta, en el barullo del «ponga esto allí» y el «traiga eso otro acá», una joven sirvienta, que aun vive, Leonor, sacó al jardín de la finca de Luzmela una cubeta en la que empezaba a crecer un tallo de araucaria. Abandonada, a poco de la boda, la casa, creció la planta, rompieron sus raíces la cubeta y se hundieron en la tierra del jardín. Y así surgió en él la silueta hermosa y alta, la fronda verde de un magnífico árbol, junto a la esbelta y simple torre de una capilla dedicada a San Roque.

La casa de Luzmela de Concha Espina, en el muro se ve el escudo literario de la escritora

Y ha ocurrido ahora, en esta primavera, que pocas semanas antes de la muerte de Concha Espina, y como anunciándola, ha caído un rayo sobre la araucaria.

Entre estas dos señales, entre la señal inadvertida y callada del comienzo —una planta solitaria que prende en la tierra de un jardín abandonado— y la señal fulgurante y sonora del fin —el rayo sobre el árbol simbólico de su existencia, sobre su árbol Igdrasil— transcurre y se consuma la vida ejemplar de la gran escritora española.

«NACIO PARA ESCRIBIR
POR VOCACION DE SU
ESTRELLA...» (P. Félix
García)

Ella solía decir que no tenía antecedentes literarios en su familia. «Era hija —escribe Eugenio Montes— de un armador que hacía el comercio con ultramar,



Concha Espina en su casa de Madrid, sobre las rodillas las tablas enceradas que usaba últimamente para escribir

y de una hidalga de Santillana, vástago de la familia Tagle, que había ennoblecido con su gloria toda la América del Pacífico, dejando en Lima uno de los más bellos palacios del mundo, donde los señores del virreinato oían el clavicordio, tomaban su chocolate y aspiraban su rapé bajo cuadros de Murillo y de Ribera, «el Españolito».

«Es, entonces, cierto que carecía de tales antecedentes? ¿Que sólo podemos rastrear en su ascendencia la nobleza de la estirpe, la aristocracia natural que decidirá más adelante sus gustos personales y la elegancia de su estilo?»

Es cierto a medias. Por su nacimiento estaba emparentada con la familia de los González Linares, recuerda su hijo Víctor. Y los González Linares eran gente extremada —a veces misioneros y casi santos, a veces rotundos librepensadores—, entre los cuales hubo cultivadores de las letras. Y de las armas, como el recientemente fallecido general francés Carlos González Linares. Y catedráticos de disciplinas nuevas, como uno que llevó el apellido a la primera cátedra española de Biología marítima.

Se crió, por lo tanto, Concha Espina en un ambiente que si no puede llamarse con propiedad absoluta literario, sí cabe calificar de «letrado». Hasta aquí, la parte en que no es cierta la ausencia de todo antecedente. Y desde aquí, la verdad de su afirmación.



Concha Espina en cuatro momentos de su vida, de izquierda a derecha: en 1896, en 1920, en 1937 y poco antes de su muerte

porque nada, o bien poco, hubieran decidido estas circunstancias si ella no hubiese nacido «para escribir por vocación de su estrella»; si la mano invisible que modela el carácter de los hombres y traza su destino no hubiera decidido que la niña Concha Espina y Tagle de la Vega, nacida en el pueblo santanderino de Mazcuerras, un 15 de abril de 1869, fuera, por predisposición natural, por don nativo, escritora.

«... COMO CERVANTES, COMO DON JUAN VALERA, INICIO SU VIDA LITERARIA CON VERSOS»
(Ivan D'Arledo)

Mazcuerras, que aun no se llamaba Luzmela, Santander... El escenario de la niñez de Concha Espina resume los dos decorados más impresionantes de la naturaleza: la montaña y el mar. Ante ellos, ante la doble sugestión de la teoría quieta de las altas montañas y el movimiento continuo de las aguas azules, de las aguas grises, de las aguas verdes, debió empezar a sentir su vocación poética.

Porque antes que otra cosa hizo versos. Comenzó —y aquí el primer dato de la ejemplaridad de su carrera— por la poesía. Que, según los eruditos, incluso en la historia del lenguaje humano, lo poético es anterior a la prosa. Y según la opinión más generalizada para llegar a ser un gran prosista es necesario haber sido previamente, en alguna forma o medida, un poeta.

Fué autodidacta. Se educó en su casa. Sin someterse al «patrón» de un colegio, de un instituto, de una universidad. Y empezó a escribir versos desde muy pequeña: a los doce años, cuando no conocía aun las reglas de la métrica.

Un tío suyo, Enrique Cueto, fundador del diario santanderino «El Atlántico», llevó por primera vez la pluma de Concha Espina a las columnas de un periódico. Le publicó, en el suyo, algunos de estos versos de su primera hora.

Y precisamente en esta otra rama de su familia, en la de los Cueto, eligió su marido. Se casó joven, en 1893, con Ramón de la Serna y Cueto-Quijano. Por este lado enlazó también con un ambiente de gentes proyectadas ha-

cia América y letradas. Con los descendientes del virrey Serna, último del Perú. Con un apellido del que había salido, como hemos dicho, un fundador de un periódico y una famosa pintora, María Cueto Blanchard, que en París, y para facilitar la pronunciación de su nombre, que pronto sería célebre, suprimió en su firma el Cueto.

«PORQUE YO NO SE ESCRIBIR EN PROSA»
(Concha Espina)

Su boda se celebró en Luzmela. En ella Leonor dejó en el jardín el tiesto de la araucaria. Y en ella el conde de San Diego, y quizá muchos otros invitados, oyeron por primera vez —le brindo respetuosamente el dato, querido director— la célebre habanera de Iradier «La Paloma». La interpretó, según me ha contado Víctor de la Serna, otro Víctor: su abuelo Víctor Espina, oficial liberal en las guerras carlistas, buen jinete, algo marino y diestro flautista.

El joven matrimonio, él lo era también, marchó a raíz de celebrarse su boda a Chile. El marido tenía que acudir a salvar, si era posible, los restos de una fortuna importante —unos grupos de casas en Valparaíso—, debaratada al alimón por la lejanía de sus dueños, olvidados del «hacienda, tu amo te vea», y por la gestión rapaz de uno de aquellos poco escrupulosos administradores de ultramar.

Allí, en Chile, nacieron los dos primeros hijos de Concha Espina: Ramón y Víctor. Y allí sigue escribiendo versos. De esta etapa es una anécdota que ella contaba muchas veces:

Alguien, en Valparaíso, le animó a enviar versos a una revista católica. Ella escribió unos versos y se los presentó al obispo de Valparaíso. El obispo los leyó, los encontró buenos y preguntó, animándola, a la escritora:

—¿Por qué no escribe algo en prosa?

—Porque yo no sé escribir en prosa—contestó Concha Espina.

—Pues, hija mía, la vida es prosa—remató el obispo.

Creía, Concha Espina, no saber escribir en prosa y le faltaba poco para entrar en la novelística española con un libro que iba, andando el tiempo, a obtener, entre otros triunfos, uno sin precedente: cambiar el nombre de un

pueblo, superponer al feo Mazcuerras el bello Luzmela.

Publica poemas y sus primeros artículos en la Prensa sudamericana, «El Correo Español», de Buenos Aires, le ofrece sus columnas. Su árbol simbólico ha empezado a crecer. Pero está aun aprisionado en el estrecho tiesto. Aunque pronto va a saltar a la ancha tierra. Porque pronto, unos años después, vuelve el matrimonio a Santander. Nacen otros dos hijos: Josefina y Luis. Y el padre marcha a Méjico, y Concha Espina, sola, con sus cuatro hijos, se instala en Madrid, en el número 125 de la calle de Alcalá.

«NO ME ASOMBRA EL SOBERBIO AISLAMIENTO EN QUE VIVE...»
(Manuel Bueno)

Vuelta a España, Concha Espina empieza a hincar sus raíces en la literatura. Publica, en Valladolid, en 1904, un libro de poesías, «Mis flores», prologado por Enrique Menéndez Pelayo. Le sigue, tres años después, «Trozos de vida», un volumen donde recoge cuentos y artículos. Y ya en Madrid, en 1909, lanza su primera novela; «La niña de Luzmela», a la que siguen, en 1910, «Despertar para morir»; en 1911, «Agua de nieve», y en 1914, «La esfinge maragata», su primer gran éxito, la obra que le consagra como escritora, que se traduce a casi todos los idiomas europeos, que premia la Academia Española con el Fastenrath, el único premio importante de entonces...

Y a todo esto, ¿cómo era la mujer, a la hora del triunfo de la escritora? Podríamos contestar que, genio y figura, como fué siempre. En nada parecida a la estampa de una literata profesional, poco femenina, descuidada de sí, de vida bohemia, desentendida de su hogar y amiga de tertulias.

Una mujer de mediana estatura, de tipo esbelto, y con ese elegante aire de limpia femineidad que se suele llamar «estilo».

Muy pulcra, muy cuidada de su aspecto. «Nunca he visto a mi madre —dice Víctor— en bata y zapatillas.»

Una madre pendiente de la buena educación de sus hijos, de sus buenas formas. Un día, uno de ellos se sienta a comer sin

ponérsela para ser admitido en la mesa.

Una ama de casa atenta a todos los detalles del complicado gobierno del hogar. En los últimos años de su vida, estando ya ciega, supe esta cualidad suya al verla, desde unas ventanas vecinas a su casa de la calle de Alfonso XII, salir algunas mañanas a un balcón a recoger, a tientas, ropa blanca puesta a secar. El sol hacía brillar su pelo blanco, y la envolvía en una caricia cálida, hacia la que ella parecía tender sus sensibles manos de ciega al retirar la ropa.

Y para encontrar tiempo en su jornada para los hijos y la casa y su trabajo, naturalmente, una mujer ordenada y amiga del aislamiento. Una escritora que nunca tuvo tertulia literaria, que jamás dejó de contestar una carta y que, exceptuando el teatro —estrenos de Benavente, Marquina, los Quintero, Linares Rivas... y las interpretaciones de la Guerrero y Rosario Pino, actriz a la que admiraba mucho—, no acudía a ningún otro espectáculo.

Los originales de sus artículos, en esta primera época, los llevaba a las Redacciones su hijo Víctor. Y él también se encargaba de ir a cobrarlos. Ella —segundo dato ejemplar de su carrera— conocía el valor fecundo de la soledad, la necesidad de escribir todos los días, de trabajar continuamente para dominar la materia prima del lenguaje y para señorear la inspiración, ese «fruto del trabajo continuado». Desarrollaba sus posibilidades en el aislamiento, y las agrandaba en él, como aumentaban en la soledad del jardín de Luzmela las ramas de la araucaria.

En la única entrevista que celebré con ella, con voz en la que todavía vibraban los dejos cantarines de su acento montañés, me compenó el elogio del aislamiento del escritor con estas palabras:

—La intimidad es siempre necesaria para la creación...

«YA SUS LIBROS FORMAN UNA CORDILLERA DE TITULOS ILUSTRES...»
(José del Río Sáinz)

A la publicación de «La esfinge manegata» se suman «La rosa de los vientos», «Al amor de las estrellas», «Ruecas de marfil...» Y otro gran éxito: «El metal de los muertos». Y un premio nacional de literatura: «Altar mayor». Y continúan los títulos, sigue empalmado cumbres la cordillera, pese a que piende la vista el año 1938, hasta sumar, al final de su vida, una cuarentena.

No entra en el propósito de este trabajo hacer crítica literaria alguna de la obra de Concha Espina. «Doctores tiene...» Pero, de todas formas, es inevitable decir algo. Algo que se refiere a una de sus principales características de gran escritora: a su reivindicación de la forma, a su preocupación por la elegancia y el clasicismo del estilo, a su amor a las palabras...

¡Amor a las palabras! ¿Cabe acaso mejor síntoma de la verdadera categoría literaria? ¿Quién sino el escritor debe vivir lanzado siempre a la caza del vocablo nuevo, lleno de fuerza expresiva, del dicho antiguo que conserva

ta, de la denominación técnica o científica que abre la ruta de un acento nuevo?

¿Sobre qué hombros no sean los suyos pesa verdaderamente, «con sillón o sin él», la tarea de limpiar, fijar y dar esplendor al idioma? ¿Cómo escribir sin dominar a todo lo ancho y a todo largo, en sus términos comunes y sus expresiones menos vulgares, una lengua?

Me vienen ahora a la memoria unas anécdotas que relata André Maurois en su ensayo sobre el arte de morir: los reyes que mueren disculpándose con elegancia cortesana, los generales cuyas últimas palabras son voces castrenses, los matemáticos que espiran recitando ecuaciones... Me vienen a la memoria porque Concha Espina ha muerto como lo que era: como una escritora excepcional. Enviando al «A B C», dos días antes de su fallecimiento, un artículo titulado «Palabras», en defensa de la abundancia, la propiedad y la belleza del léxico, y en favor del bien escribir. Intercediendo en su última mañana escribir otro, cuando ya no le obedecía la mano.

Amor a las palabras: otra enseñanza, otro ejemplo suyo. Unido a la observación directa de la realidad —para escribir «El metal de los muertos», por ejemplo, recorrió las cuencas mineras de Reocín, Peñarroya, Pueblo Nuevo del Terrible y Riotinto— queda completo el doble imperativo esencial al que debe someterse el nacimiento de toda novela.

«... NO SIENTE LA VOCACION PLASTICA EN EL MISMO AGUDO GRADO QUE LA MUSICAL.»
(Gerardo Diego)

El Movimiento Nacional sorprende a Concha Espina en Luzmela, veraneando en su finca. Siempre ha sido muy patriota. Tanto, que los hijos recuerdan que en sus días de juventud, apasionada por las cosas de España, tienen que contener su vehemencia polémica cuando discuten ante la madre. Ni siquiera a ellos les consiente una palabra de censura o condenación para cualquier manifestación de lo español. Y cuando el aserto era irrefutable, doña Concha cortaba por lo sano: «No quiero saberlo. Prefiero no enterarme.»

En los días del Movimiento, en la zona roja, no disimula lo más mínimo sus sentimientos. Su valor —siempre fué mujer muy entera— no se resquebraja. Un día sufre un registro en su casa. Lleva al cuello una medalla de oro, de Santa Casilda, en la que por detrás están grabados el yugo y las flechas y su número de afiliada anterior al 36. Un miliciano alarga los dedos a la medalla. Ella, tranquila, con el natural imperio de quien está acostumbrada a mandar, le para:

—Deje las manos quietas, que esto no lo puede usted tocar.

En otra ocasión, una cuadrilla de rojos la conduce camino de Santander. La Academia Francesa, la Hispanic Society of América, de la que es miembro de número, y otras entidades extranjeras, se han interesado por ella. Y

han hecho gestiones para que la permitan salir de la zona roja. Uno de la «escorta» le pregunta con tono de reproche:

—¿Tan mal se siente aquí que quiere irse?

Ella contesta rotunda:

—No se lo puede usted imaginar.

En el año 1937 pierde la vista. Quizá una de las últimas cosas que vio ayudándose de unos gemelos, fué una bandera española que flotaba al viento sobre unas montañas próximas a Luzmela, en la vanguardia de las tropas nacionales. A dos de sus hijos que llegan con las fuerzas liberadoras los intuye: «Allí están Víctor y Luis.»

Cuando yo la conocí, el día de Navidad de 1954, en su casa de la calle de Alfonso XII, donde vivía con su hijo Luis, donde la había visto asomarse a un balcón a recoger la ropa, llevaba ya muchos años ciega. Muchos años escribiendo sin ver. Me enseñó su sistema: una especie de tablilla que le marcaba los renglones. Con dos dedos de la mano izquierda se guiaba por ellos. Con la pluma o el bolígrafo en la derecha escribía incansable.

—No dicto nunca—me dijo—, salvo alguna carta. Y ni aun antes, cuando podía, recurri jamás a la máquina de escribir. La máquina sería para mí una barrera, un obstáculo entre la inspiración y el papel.

Luchaba en silencio contra su deficiencia, contra su gran tragedia, que no es posible imaginar otra mayor que la ceguera para un escritor.

—Dicen que los ciegos viven alegres en su oscuridad. No sé qué sentirán los otros. Yo, desde luego, no estoy alegre, aunque esté resignada.

No se resintió su estilo. No padeció su obra con su padecimiento. Su forma de escribir, en alguna medida, era independiente de los juegos de luces. Su medula creadora, según apunta Gerardo Diego, se nutría más de ritmo musical que de línea pictórica: «Ved, o mejor, escuchad el paisaje a través de su prosa. Porque Concha Espina no siente la vocación plástica en el mismo agudo grado que la musical.»



El día de la imposición de la medalla de Oro del Trabajo a la escritora. En la foto aparece entre el



Flores a Concha Espina en su monumento en Santander

¿Afinó la ceguera, como se ha llegado a insinuar, su buen gusto y su aguda penetración literarios? Pero, ¿caso era posible que ambos fueran más lejos?

«VELAR SE DEBE LA VIDA DE TAL SUERTE QUE VIVA QUEDE EN LA MUERTE!»

Toda su vida transcurrió ajustada a este mote del antiguo escudo de los Tagle. La veló, la cuidó con tanta ensimismada atención como cuidó el estilo de sus escritos. Y sus días, como sus páginas, como su figura, encontraron para la rotunda claridad yacente en el fondo de sus actos, de sus predilecciones, de sus costumbres, la veladura aristocrática, realmente elegante, de una especial pátina de dolor escogido, de tristeza sin desesperación, de melancolía suave, de dulce bruma nórdica.

Una vida trazada según un ca-

POESIA ESPAÑOLA

Una gran revista literaria para todos los poetas hispánicos.

Un número cada mes, 10 pesetas.

non sencillo e inmutable. A las nueve, ya levantada, ya peinada y vestida. Luego, si el tiempo lo permitía, a misa: en Madrid, a los Jerónimos; en Luzmela, a su capilla. Después, un paseo: en Luzmela, por su jardín; en Madrid, por los del Retiro, después que los guardias de servicio en la puerta de su casa, por vivir en la misma el Presidente de las Cortes, se encargaban de cortar el tráfico para que la ilustre novelista ciega cruzara la calle sin riesgo. Y las tardes, dedicadas a la pluma, a la grandeza y a la servidumbre del escribir.

Le gustaban, sobre todo, las flores. En particular las madreselvas y las rosas. Por una fachada de su casa de Luzmela se extiende una glicinia que ella plantó. Ha dispuesto en su testamento que no se arranque nunca.

De todas sus obras prefería—y la acompañaba en la elección su hijo Víctor—«Dulce nombre» y «El jayón», un drama premiado por la Academia Española.

Era generosa. De sus caridades, a las que todos los meses dedicaba una cantidad considerable dados sus ingresos, ejercidas por la mano de Arsenia González, una muy veterana secretaria suya, saben muchos pobres de Luzmela y muchas comunidades de monjitas que pasan apuros.

Entre los días fastos de su vida oficial, los de sus numerosas

condecoraciones, los de embajadora extraordinaria de España en el IV Centenario de la Fundación de Lima, los lejanos de 1927, en que se inauguró el monumento levantado por suscripción pública en Santander, tallado por Victorio Macho, Víctor de la Serna destaca uno próximo: el día de 1950 en que le fué concedida la Medalla de Oro del Trabajo, día que vivió plenamente feliz.

No es mala forma el trabajo de velar una vida para que quede viva en la muerte. No dejó de cumplir, y con exceso, Concha Espina el lema heráldico.

«HAY UNA SEPULTURA DE LADRILLO QUE ME ESPERA EN EL SUELO ARRODILLADA»

Concha Espina murió, como han resaltado los periódicos, el mismo día y a la misma hora en los que terminó su vida Marcelino Menéndez y Pelayo; un 19 de mayo, a las siete de la tarde. A consecuencia de una bronconeumonía que dejó su organismo extenuado. Tenía ochenta y seis años.

Junto a ella, en el momento de su muerte, se encontraban sus hijos Víctor, Luis, Josefina y su esposo Regino Sáinz de la Maza, Gabriel García Espina, el padre Félix García, que la auxilió espiritualmente, y el Ministro de Trabajo, unido a Concha Espina por una gran amistad.

«La agonía—ha contado el padre Félix García—la sorprendió iniciando la señal de la santa Cruz sobre su frente, con aquella mano trémula, tan delicada, que escribió tantas páginas inmortales...»

Conservó hasta el final plena lucidez. Por la mañana pidió que la peinaran. Y bebió, según su costumbre, una copa de champán. Sus últimas palabras fueron: «¡Ahora sí que voy a ver para no cegar jamás!»

Entre los pésames innumerables hay dos que evocan singularmente su encanto personal, su singular atractivo humano, en los que todos los que la conocieron quedaron prendidos.

Uno de una niña, Purita López, que pidió permiso para rezar ante su cadáver. Según sus palabras, «la conocía de verla pasear por el Retiro. Nunca he hablado con ella, pero la quería mucho».

Otro, de un personaje de una novela suya: el revolucionario y fanático minero «Aurelio Echea», de «El metal de los muertos», que en la realidad fué líder obrero socialista en las minas andaluzas, se llama Eladio Egochea y vive en Méjico. Ha enviado un cable de pésame muy sentido y muy largo, firmado con el nombre con el que le bautizó la escritora: «Aurelio Echea».

La habitación de Concha Espina, tal y como ella la tenía dispuesta en vida, será instalada en el Museo Romántico. Allí, sobre su tablilla «de salvación», sobre la cuartilla en la que intentó escribir su último artículo reposará su pluma, su pluma tan diestra en la bella ciencia de saber escoger las palabras más hermosas y más clásicas.

Diego JALON



HOMENAJE NACIONAL A GOYA EN LA PERSONA DE SU ULTIMA DESCENDIENTE

ESTA EN MARCHA UNA INTERESANTE INICIATIVA PARA AYUDAR A LA SEÑORA PURIFICACION SAINZ

SOLIDARIDAD ENTRE LOS GRANDES MAESTROS DE LA PINTURA

Los paños grises que visten las paredes del salón de la Exposición Homenaje a Goya, instalada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, están materialmente cubiertos de cuadros. Las mejores firmas españolas y muchas extranjeras han acudido a la llamada de ayuda a una descendiente de Goya. Son más de doscientas obras expuestas, y a diario se reciben nuevos donativos de pinturas que, fuera de catálogo y sin espacio disponible para colgarlas, se ofrecen a la vista del público, modestamente colocadas en el suelo, apoyadas contra la pared. Al valor artístico de cada obra expuesta se suma el espectáculo. Un salón lleno de un público inquieto que colabora en constituir el Fondo Goya. Con los intereses podrá vivir dignamente Purificación Sainz de Goya, bisnieta del pintor aragonés.

A la gran mesa situada en el centro del salón, donde se venden los números para el sorteo de todas las obras expuestas, se acercan continuamente los visitantes. Ahora es un joven matrimonio francés, Louise y Jean Lepin:

—Venimos de Orleáns, y lo primero que hemos hecho al llegar



Purificación Sainz de Goya, la última descendiente del pintor de quien arranca toda la pintura moderna.

Madrid es venir a esta Exposición, con la ilusión de saludar a la bisnieta de Goya... Mi marido es pintor, y no se ha atrevido a regalar un cuadro por miedo a que se lo rechacen por falta de méritos artísticos... Pero, en cambio, quiere dar el importe de la última obra que ha vendido en Francia...

Poco después se acerca Miguel Martín, que trae un paquetito.

—Yo no soy pintor ni tengo dinero para ayudar al Fondo Goya, pero tengo mucha habilidad en las manos. Quiero regalar esto que he hecho...

Desenvuelve el paquete y entrega un precioso marco de cuero repujado, con un grabado en miniatura de Goya. Del marco cuelga un cordón de los colores nacionales, que sujeta una lupa.

—Miren, miren con la lente mi trabajo...

Miguel Martín está orgulloso de su obra y de su aportación.



HOMENAJE A GOYA

EL CABALLERO ESFERICO DE DALI
UNO DE LOS CUADROS QUE SE ENCUENTRAN EN EL FONDO GOYA

DE VENIA AQUÍ

25

Más de doscientas obras han donado los artistas españoles y extranjeros para constituir el «Fondo Goya». Las paredes de la Exposición son insuficientes para colocar todos los donativos.

EL CABALLERO ESFERICO, DE DALI

Los visitantes buscan los cuadros de Prieto, Vázquez Díaz, Palencia, Carretero, Segura, Higuerras, Macarrón... Hay un grupo muy numeroso de ante del dibujo de Dalí; la obra lleva por título, escrito de puño y letra del autor: «Caballero esférico español defendiendo con su dinamismo la geología goyesca». Representa un gran caballo, dibujado a base de círculos, sobre el que cabalga un jinete que empuña un lanzón.

La pintora María Luisa Butler contempla un dibujo de Fernando Higuerras:

—Está muy bien logrado y es simpático. Hay en esta sala trabajos excelentes que tiran de la vista por la armonía de la composición.

Los visitantes dan tres o cuatro vueltas al salón y, antes de marcharse, se detienen ante su cuadro preferido:

—Fíjate, Carmen, si, por las veinticinco pesetas de la papeleta, nos tocara este cuadro de Caballero; podríamos colocarlo encima del sofá del cuartito de estar.

Son miles de personas las que sueñan con ser propietarias, después del sorteo, de una obra de Alvarez de Sotomayor, o de Físcac, o de Gofí; de Gu'jarro, Durancamps, Martínez Novillo, Munoa o Zuloaga, o Zabaleta.

Federico Muelas lo observa todo con detenimiento:

—Esta Exposición para el Fondo Goya es la cristalización de una idea que estaba latente sin nadie que le diera forma. Sentíamos la necesidad de ayudar a los artistas sin recursos económicos, pero no dábamos con la fórmula. Lo importante es que no se quede la obra en lo que se ha realizado ahora; que se siga incrementando el Fondo, pues, además, se establecerá con los sorteos como una ósmosis entre

los pintores y quienes poseen vocación adquisitiva de obras de arte, sin recursos económicos para la compra directa. Lo más urgente del momento, que era socorrer a la descendiente de Goya, se ha logrado.

Porque, a pesar de que el gran pintor, poco antes de morir en Burdeos, escribió una carta dando cuenta de que estaba a punto de conseguir un fondo bancario para que a él y a sus descendientes «les quedasen de por vida doce mil reales al año», la realidad es que Purificación Sainz de Goya carece en absoluto de posibilidades económicas. Gracias a la aportación de los artistas, los doce mil reales de hace ciento veinticinco años van a ser traducidos y aumentados a pesetas de hoy. Con ello volverá la alegría a «Villa Florita», donde reside la bisnieta de Goya.

LAS GOLONDRINAS DE BUSTARVIEJO DESPIERTAN A PURIFICACION

«Villa Florita» está en Bustarviejo de la Sierra, a diez kilómetros de Miraflores. Allí vive, desde hace años, Purificación, descendiente directa del pintor aragonés. Un parentesco tan increíblemente próximo, que parece una embajada entre nosotros de quien ya es, como Goya, historia eterna.

En Bustarviejo no necesita el forastero pedir ayuda para encontrar el número 7 de la calle de Madrid, donde habita la bisnieta del pintor. Cualquiera vecino de allí, cualquier niño, se acercan en seguida al recién llegado:

—¿Busca la casa de doña Pura?... Yo voy con usted.

Y viene con nosotros Pepito, que tiene ocho años y va a hacer su primera comunión dentro de ocho días. Es delanteo centro del equipo juvenil de Bustarviejo; en su rodilla izquierda hay una herida con sangre fresca:

—Hemos jugado un partido esta tarde, y una defensa me ha dado una patada; pero yo choqué después con él y le hice bien de daño. No me duele el golpe, porque estoy acostumbrado a no quejarme; he estado enfermo de parálisis y de tifus, y el señor cura me ha dicho que la Virgen me ha salvado. Doña Pura ha estado también muy enferma...

Para ir a «Villa Florita» hay que seguir la calle de la Cuesta hasta que enlaza con otra: es la calle de Madrid. En el número 7 hay un hotelito modesto, rodeado de casitas de piedra; tiene dos plantas: la inferior, habitada por el herrero del pueblo, y la superior, por la bisnieta de Goya. En su fachada principal hay un mirador saliente, que descansa sobre dos columnas de piedra. El acceso a la casa de Purificación es precisamente por ese mirador, hasta donde sube una escalera con diez peldaños. Junto a su fachada Este hay un jardín pequeño, con unas macetas de rosas, con unos palmos de terreno sembrados de patatas y un gallinero con una docena de aves.

En el reducido espacio del mirador hay colocada una mesa camilla, dos sillones de mimbre

y cuatro sillas. Allí se halla Purificación Sáinz de Goya. Es una señora de sesenta y seis años, de estatura media, más bien gruesa, con los cabellos color caoba. Sorprende por la vivacidad de su espíritu y por su alegre charla. Su rostro, lleno de expresión, y su mirada franca dicen bien el estado de su alma. Sus sesenta y seis años están sólo reflejados en algunas arrugas de la cara, porque Purificación es joven por conservar ilusiones, por tener esperanzas y deseos de vivir.

—El médico me ha recomendado que no me fatigüe, y las entrevistas me cansan mucho. Pero los periodistas están haciendo tanto por mí, que tengo la obligación de atenderles. Ayer vino el NO-DO, y me acosté con mis fuerzas agotadas. Hace pocos días llegó el veterinario a comunicarme que había llegado a la Exposición del Círculo de Bellas Artes el cuadro de Dalí, y me emocioné tanto, que me puse muy mala. Padezco de arteriosclerosis, y puede sobrevenirme, en cualquier momento, un derrame cerebral. Me han administrado dos veces los Santos Sacramentos en peligro de muerte. El médico se porta conmigo inmejorablemente; nunca me cobra las visitas y, además, me regala las medicinas. Como decía, la última vez que me puse mala, tomé agua de Carabaña, que me siento admirablemente; me practicaron una sangría y me recetaron Luminal. Todo ha pasado ya.

Purificación acciona sin descanso con sus manos mientras habla. El maestro de Bustarviejo dice de ella que es una pintura goyesca viviente; posee una gracia chispeante, es de trato agradable y siente y piensa en todo a la española. Su presencia física, sus esperanzas y muchas de sus desventuras son las peculiares de nuestra clase media. Porque la bisnieta de Goya, nacida en un hogar acomodado, educada en buenos colegios, perteneciente a una sociedad distinguida, ha sobrellevado con resignación y dignidad todas las contrariedades económicas.

—Aunque en lo sucesivo me faciliten recursos para poder vivir, no pienso dejar «Villa Florita». Estoy tan acostumbrada a que las golondrinas de Bustarviejo me despierten todos los días al amanecer, que no podría prescindir de cuanto me rodea. El párroco, don Alfonso Muñoz Bernal, es como un padre para mí; que me consuela y ayuda. La maestra, doña Laura, viene todos los días a hacerme la tertulia; el veterinario, el médico, el maestro y el practicante, son mis amigos, y no me acostumbraría a vivir sin su compañía...

LA VISITA AL GALLINERO LA MAYOR ILUSTRACION DE CADA DIA

Son las nueve de la noche y se presenta en la estancia del mirador Escola, la asistente que ayuda en las tareas domésticas a Purificación. Trae la cena para su señora: un huevo pasado por agua y un poco de mermelada. Escola no es agraciada de rostro:

—Es muy buena mujer—aclara Purificación—; viene a casa a las nueve de la mañana y se va a las once. A última hora de la tarde vuelve para hacerme la cena. Me quiere tanto, que no me sirve por dinero. Todo lo que tiene de buena lo tiene también de fea; es como la cara de los aguafuertes de Goya. Ella lo sabe y está orgullosa de esto, ¿verdad, Escola?

La buena mujer sonríe satisfecha, y coloca sobre la mesa camilla los dos platos que traía. Poco después entra en la estancia Victoria Araceli Márquez Aranguren, simpática anciana de setenta y tres años, que ha vivido desde su infancia en el hogar de los Goya, por haber sido sus tutores los padres de Purificación. Las dos son como hermanas, hicieron un patrimonio común de sus respectivos bienes, de todos los cuales no conservan nada más que «Villa Florita», a nombre de Victoria Araceli. Esta nos dice:

—No hay que cansar a Pura; habla mucho y se fatiga. El médico ya advirtió que si hace excesos puede quedarse muerta en cualquier momento...

Purificación la interrumpe:

—Victoria Araceli es mi protectora; gracias a ella he cubierto mis necesidades los últimos años. Sólo tiene ya esta casa, y para ayudarnos, durante los veranos alquilamos unas habitaciones, por las que nos dan dos mil pesetas. Los últimos años hemos tenido de huésped a don Hermenegildo, capellán de don Juan March. Si ahora nos ayudan, no volveremos a alquilar habitaciones, pues nos da mucho trabajo...

El trabajo no le asusta a la descendiente de Goya; es maestra, y ha desempeñado el cargo en Bustarviejo bastantes años. Para completar sus ingresos, daba también clases particulares. Pero últimamente, el médico le ha prohibido cualquier clase de ejercicio. Purificación no sale de casa; tan sólo va a misa los días festivos, si hace buen tiempo.

—Tengo que permanecer inactiva; todo se reduce a la tertulia, a leer, a cuidar las gallinas y a rezar al Sagrado Corazón. Uno de los momentos mejores del día es cuando me acerco al gallinero para recoger los huevos que nos han dejado... Mi mayor ilusión sería hacer un viaje para conocer Málaga.

Al decir estas palabras, los ojos de Purificación se iluminan. La bisnieta de Goya, con sus sesenta y seis años, es joven, porque el mal de la vejez no es el debilitamiento del cuerpo; es la indiferencia del alma. Y Purificación Sáinz de Goya conserva el ardor curioso de sus años mozos. Cuando el fotógrafo encara la máquina para obtener una instantánea, Purificación se agita nerviosamente:

—Tienen que prometerme que si salgo mal en las fotografías no las publicarán... Han puesto en los periódicos cada retrato mío, que asusta a cualquiera...

Nuestro compañero la tranquiliza; no puede reproducirse mal un rostro de rasgos distinguidos, que conserva el encanto de la

edad madura. Purificación no ha renunciado a la coquetería, y hace unas semanas, se puso en manos de la peluquera de Bustarviejo para hacerse la permanente.

—No tengo dinero, pero no quiero que los que vienen a verme me encuentren hecha un adefeso... La peluquera no me cobra hasta que yo buenamente pueda pagarla...

Victoria Araceli interrumpe:

—¡Calla, mujer; a mamá se le caería la cara de vergüenza si te oyera...!

—Nosotras somos muy orgullosas, pero no me importa confesar mi situación económica. Aspiro a vivir tranquila estos últimos años y que Victoria Araceli no haga el sacrificio de vender la casa para cuidarme. Me ha dado ya todo lo que poseía...

Y Purificación Sainz de Goya cuenta su trayectoria familiar.

LOS AMORES ROMANTICOS DE LA FINCA «EL CONVENTO»

Francisco de Goya Lucientes se casó con Josefa Bayeu, a quien se conoce también por el sobrenombre de «la Pepa». De este matrimonio sobrevive Francisco Javier, que pasó buena parte de su vida en París. El maestro le hizo el retrato que se llama «El hombre gris». Se trata de un adolescente que se apoya en un bastón, con su mano derecha oculta bajo la pechera bordada de la camisa, en actitud napoleónica.

Goya no tuvo gran aprecio por su vástago, porque no se entendieron nunca. En cambio, adoraba a su nieto Marianito, hijo de Javier y de Gumersinda de Goicoechea. Este nieto, pretendido conde-marqués del Espinar, heredó el carácter y las cualidades del pintor. El pequeño Marianito se hace un hombre y se casa dos veces; de su segundo matrimonio, con Francisca Vildósola, tiene una hija: Francisca, a quien se llamaba también Curra. Esta Francisca de Goya y Vildósola es la madre de Purificación.

El patrimonio heredado por Marianito de su abuelo sufre muy pronto una merma casi completa. Una mala jugada de Bolsa deja a la familia al borde de la ruina, y tienen que vender los cuadros del abuelo y las fincas que poseían. Marianito no cree hallar otra solución que emigrar a Francia con el modesto capital salvado. Su mujer se pone en camino, a punto casi de dar a luz. Tienen que detenerse en el pueblecito serrano de La Cabrera y en la finca llamada «El Convento» nace Curra, madre de Purificación. Marianito compra la finca y se queda con la familia a residir en ella.

Allí crece la madre de Purificación. «El Convento» es un lugar sano y bonito: entre riscos, junto al pico de La Miel, en el camino de Valdemanco, se encuentra la casa, que fué en sus tiempos convento de frailes. Está rodeada de castaños, cerezos y manzanos. Es un vergel en medio de la sierra. Las fuentes del Duque y de La Concha son el centro de la finca, y junto a ellas aprendió Curra, madre de



«Las entrevistas me cansan mucho, pero los periodistas están haciendo tanto por mí, que tengo la obligación de atenderlos», dice la descendiente de Goya a nuestro enviado especial

Purificación, sus primeras canciones infantiles.

Curra se queda huérfana a edad temprana, y Luis Madrazo asume la tutela de ella. La niña crece y se transforma en una mujercita de notable belleza. A pesar de las largas temporadas que pasa en su finca de «El Convento», en plena Naturaleza, su salud es delicada. Una de las veces que se hallaba enferma, llaman a un joven médico que residía en Bustarviejo. Mariano Sainz y García-Limones atiende a la paciente y se enamora de ella. El idilio se desarrolla dentro de las normas que imponía el romanticismo de la época. Flores, suspiros, paseos a caballo y también versos. El noviazgo es breve y termina en boda. Mariano Sainz se lleva a Curra a vivir a Bustarviejo, donde él ejerce su profesión. Y allí viene al mundo Purificación Sainz de Goya. El matrimonio tiene otra hija, que muere pronto, y un hijo. Son una familia en armonía, bien relacionada y con una pequeña fortuna, que los años irían muy pronto a desbaratar.

UN CUADRO DE GOYA VENDIDO EN DIEZ MIL Duros

El pueblo de Bustarviejo es un campo modesto para Mariano Sainz, padre de Pura. La familia se traslada a Madrid cuando la niña tenía cuatro años, y fija su residencia en la plaza del Progreso, número 1, donde se hallaba instalado el café del Vapor.

El médico y su esposa hacen vida de sociedad y se relacionan con lo mejor de Madrid. Mariano Sainz es pariente de los banqueros del mismo apellido, y Curra es como una hija del pintor Luis Madrazo, su tutor. Purificación recuerda muy bien aquellos años felices de su juventud:

—Mi madre era muy guapa y distinguida. Asistía asiduamente a las reuniones que se celebraban en casa de Luis Madrazo, y era el centro de atracción de todos los asistentes. Poseía una



«Villa Florita», donde vive la descendiente de Goya



Sorprendemos a doña Purificación en una faena hogareña

inteligencia despierta y un gra- cejo natural que la hacían ex- traordinariamente atractiva. Pa- ra nosotros, mi hermano y yo, era una madre perfecta. A mí me mandó a educarme al cole- gio de San Luis de los France- ses, donde estudié hasta que cumplí los catorce años.

Por entonces, el padre de Pu- ra enferma de diabetes y la fa- milia se trasladada a Badajoz pa- ra pasar allí los inviernos. Los veranos transcurren para los Sáinz en la finca «El Convento».

A los cuatro que éramos se sumó un miembro más a la fa- milia: Victoria Araceli Marquez. Se había quedado huérfana y mi padre fué nombrado tutor de la joven.

Victoria Araceli añade:

—La última recomendación que me hizo mi madre antes de morir fué que jamás me sepa- rase de Pura, y yo, a lo largo de mi vida, he cumplido sus de- seos. Somos como hermanas, y cuanto hemos tenido ha sido de las dos.

Durante la estancia en Bada- joz Purificación estudia la carre- ra de maestra sin sospechar que algún día se vería obligada a ejercerla para poder lograr su sustento.

Cuando residíamos en Bada- joz mi padre ganó las oposicio- nes a inspector de Sanidad, y fué destinado a Gerona, pero no tomó posesión del destino debi- do a su delicado estado de sa- lud. Entonces nos fuimos a vivir a El Escorial, donde paramos al- gún tiempo. Pero se declaró la epidemia de cólera y mi padre pide que le reintegren al ser- vicio. Nos fuimos todos a Gerona, donde residimos veintiséis años, casi media vida; allí murió mi madre...

El doctor Sáinz se jubila a los setenta y tres años y vuelve a fijar su residencia en Madrid, en la calle Ponzano, número 2.

—Yo tenía entonces treinta y siete años, cuando muere mi pa- dre a los cuatro meses de llegar a la capital. No quise seguir en aquella casa y me mudé a la ca- lle de Donoso Cortés; sería mi última residencia antes de ve- nirme definitivamente a Bustar- viejo con Victoria Araceli.

Los ojos de Purificación se en- tristecen al evocar los años de penuria económica. Porque la descendiente de Goya, que fué propietaria de una fortuna como para vivir sin preocupaciones, se vió poco a poco desposeída de to- dos sus bienes.

—Mi padre montó un negocio de abonos para asegurar el por- venir a mi hermano, pero las co- sas no fueron bien. Muy pronto teníamos una deuda de ocho mil duros, y no nos quedó otra solu- ción que responder de ella con el único cuadro de Goya que po- seíamos: el retrato de Fernán- do VII, que Luis Madrazo había regalado a mi madre cuando ella cumplió la mayoría de edad. Aquel lienzo fué tasado en diez mil duros y cedido por esta can- tidad. El nuevo propietario lo vendió con ocasión de la Exposi- ción de Barcelona muy poco des- pués en la cifra de 150.000 pesetas. Fué la mayor tristeza de mi vida ver en manos ajenas el úni- co cuadro que teníamos de Goya.

Purificación era propietaria aún de la finca «El Convento»

y de algunas otras tierras, pero poco antes de la guerra de Libe- ración se vió precisada a vender aquélla. La compró por una mó- dica cantidad su actual propieta- rio, el doctor Jiménez Díez. Con el dinero reunido Pura adquirió ganado vacuno y la fortuna tam- poco quiso sonreírle, pues lo per- dió todo.

El cuadro de Fernando VII, las tierras próximas a Bustarviejo, la histórica casa de «El Convento», de estilo románico-gótico, que co- noció el idilio romántico del doc- tor Sáinz con la enfermita hija de los propietarios...; todo se des- vaneció para la vejez de Pura. Los deseos de Francisco de Goya de que a su descendencia le quedase de por vida doce mil reales al año se habían mal- grado.

BUSTARVIEJO ES COMO UN CUENTO INFANTIL

Victoria Araceli cuida de Puri- ficación como si fuera una ma- dre, y la obliga a retirarse a la cama:

—Mujer, vete a acostar y no hables más. Ya sabes lo que te pasa después y cómo empeoras...

Purificación es igual que una niña desobediente; mira con fir- meza a su compañera, hermana y amiga y dice:

—Es un destino feliz envejecer con aquellos con quienes hemos crecido y combatido...

La bisnieta de Goya vacila an- tes de revelar su afecto por Vic- toria Araceli delante de extra- ños. Pero basta observarlas para saber que las dos no solamente se comprenden, sino que se adi- vinan sus pensamientos. Pien- san al mismo tiempo idénticas cosas y cada una de ellas estaría dis- puesta a dar su vida por la de la otra.

—Antes de acostarme tengo que contar lo de las cartas de Goya, porque no lo he dicho a ningún periodista todavía. Mi madre conservaba cuatro cartas del maestro, que trataban de ne- gocios y que estaban escritas con bastantes faltas de ortografía, pues Goya no andaba muy bien de redacción. En la tertulia de la casa de Luis Madrazo mi ma- dre habló de ellas en una oca- sión, y un señor recién llegado de París manifestó vivo deseo de estudiarlas. Mi madre se las en- tregó al día siguiente delante de todos. Pasaron las semanas y

«Es un destino feliz envejecer con aquellos con quienes hemos crecido...»



aquel señor no las devolvía, has- ta que mi madre se las pidió. Todo fué en vano, ya que le con- testaron se las habían mandado con un criado. No volvió a saber de ellas hasta, que con motivo del centenario, Guillermo Díaz Plája publicó un libro con el epistolario de Goya. En él se re- producían los textos de aquellas cuatro cartas con una llamada al pie de la página para hacer cons- tar que se encontraban en París. ¡Otro recuerdo de Goya que tam- poco hemos podido conservar en nuestro poder! Tenemos mala suerte...

Victoria Araceli se enfada con Purificación:

—¿Cómo voy a decirte que tienes que acostarte...?

Pura obedece y se pone en pie; anda con soltura y nos pide que la sigamos para enseñarnos la casa. Nos lleva por un pasillo largo y estrecho que termina en la cocina. Allí se detiene para ordenar unas cacerolas que Esco- la, la criada, ha dejado bien re- limpiadas antes de marcharse. En la despensa no hay nada más que tres huevos. Luego nos con- duce a una sala donde se con- servan algunos recuerdos de otros tiempos más prósperos. Puri- ficación está orgullosa de un retrato suyo, que cuelga de una de las paredes, pintado por Agui- lera.

—El artista quiso presentarlo en una Exposición anunciándolo como el de la hija de la marquesa del Espinar. Porque mi madre tenía derecho a usar ese título, lo que pasa es que renunció a su empleo por considerar que no poseía bastante dinero. Yo sé que la Guardia Civil cuando iba a nuestra finca de «El Convento» llamaba a mi madre señora mar- quesa. En una reunión fué pre- sentada al obispo por su título nobiliario, y mi madre se enfa- dó mucho. Dijo que aquella fue- ra la última vez que la presen- taran como marquesa, porque tenía orgullo bastante como para no ser marquesa sin dinero. Y es que los títulos se ostentan con dignidad o se prescinde de ellos...

Victoria Araceli coge de un brazo a Purificación y se la lleva al dormitorio, que se encuen- tra al otro lado del pasillo, y cuya puerta está frente por frente a la de la sala donde nos encon- tramos. Victoria Araceli vuelve con nosotros mientras oímos decir a Purificación:

—Dejo la puerta entornada para poder seguir hablando desde la cama...

Y sigue charlando durante bas- tante tiempo, hasta que deja de oírse su voz. Purificación Sáinz de Goya se ha dormido. Mañana al amanecer las golondrinas de Bustarviejo despertarán un día más a la bisnieta de Goya.

Al salir de «Villa Florita», el pueblo de Bustarviejo de la Sierrra está también dormido. Sus ca- sitas son idénticas a las que apa- recen en las ilustraciones de los cuentos infantiles. Los cerros del Pendón, Mondalindo y Cabeza de Halcón dominan el caserío y to- do el paisaje. A lo lejos se divi- sa la estación del ferrocarril Mar- drid-Burgos, que está ya dispues- ta para recibir al primer tren. Todo sucede en Bustarviejo como en los cuentos de niños.

Alfonso BARRA

UNA VIDA INTENSA DE TRABAJO AL SERVICIO DE UNA VOCACION

UNA SINTESIS DE MODERNIDAD Y TRADICION DEL PRODUCTOR DE LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA ACTUAL

Entrevista con don Modesto López Otero, arquitecto de la Ciudad Universitaria de Madrid



HAY calles que parecen perdidas, como semilla de oro en mina negra, en todas las grandes ciudades. Calles que parece no van a ninguna parte. Que han nacido, cuando nacieron, del compromiso entre un alcalde complaciente y un hombre sabio que necesitara silencio. Así esta de Pinar que parece río, seco ahora en el sol, que no desembocará nunca en la Castellana.

Las verjas de la casa del arquitecto López Otero son negras y altas. Puerta de hierro con timbre al que no pueden alcanzar los niños. Esos, bien frescos, que llamábamos en todos los que podíamos.

En el jardín, la manga de riego que se evapora bajo el cielo me dice, y nos dice, que estamos de cara ya a las cañas de cerveza en fila. Y ese silencio impensado, heroico.

Las sirvientas de la casa, madeja de pelo gris la una, cabello negro la otra, se mueven como esas viejas y maravillosas estampas antiguas. Eso que se llamaba antes el servicio.

Don Modesto López Otero quería que yo le visitara en su despacho de la Ciudad Universitaria, junto a los planos. Yo he querido, sin embargo, verle en su casa, en su atmósfera, donde las cosas tienen campanillas que van delatando al dueño.

La casa es grande, amplia, de altos techos, metida en esa media luz de su vida propia.

Hundido en el sillón, con sus ojos vivos, plateado el pelo, que ha querido dejar crecer en los alacáres la cabeza pensativa, está un hombre que debiera ser joven si no me dijera:

—Yo nací en 1885.

El allí, yo aquí, con una mesita en medio y una alta y her-

mosa biblioteca que nos rodea, dan ganas de no comenzar nunca la conversación. De pronto, como ve que mis ojos siguen el rumbo de los libros, me dice:

—No vaya a creer que soy literato.

Pienso que este hombre que se quita repentinamente las gafas y se pasa las manos, una vez y otra, sobre los ojos, acaba de terminar una época: cuarenta y un años de cátedra en la Escuela de Arquitectura. Casi la historia de nuestras ciudades. Hace un momento su esposa me había dicho:

—No puede imaginarse lo emocionado que está todos estos días.

Y lo decía como si ella temblara también un poco por él. Como si la despedida de las promociones de la arquitectura hubiera calado hondo en aquella casa silenciosa, vacía, alta, alfombrada.

La conversación rueda durante tres horas por todos los puntos. Le pregunto por sus fuerzas.

—Si, señor; me encuentro con fuerzas para trabajar. Ahora estoy empeñado en preparar un curso de conferencias sobre el análisis del proceso creador en la arquitectura.

Habla con voz clara, espaciosa, moviendo las manos como si calmara no sé qué impacencias juveniles. Todo él denota al profesor, pero enlazado con una humildad confortante y sencilla. En un equilibrio entre lo seguro y lo avergonzado de su seguridad.

—Se ha estudiado—me dice—el proceso creador de la literatura, de la música o de las matemáticas, pero no existe un análisis de las operaciones mentales que produce la obra arquitectónica.

Algunas ideas, como si le empujaran, le levantan del sillón.

—El pintor puede pintar lo que le gusta. Pero el arquitecto está sometido a las necesidades y a los imperativos económicos. A veces se juzga la arquitectura sin pensar lo que pensaba el arquitecto. Sin pensar en su proyecto irrealizado.

Duermen en las estanterías, cerrados, libros que tienen de su puño y letra apuntes o pequeños dibujos que recogen instantáneas visiones del arquitecto. El fotógrafo dispara imprevisiblemente la lucecilla del «flash».

—¿Qué cree usted importante para hacer una obra?

Me mira con sus ojos curiosos, divertidos, como lo haría hace unos días a sus discípulos. Pero responde rápido:

—Para hacer una obra de arte se necesitan tres cosas: la seriedad, el método y el trabajo.

Hablamos ahora cordialmente. Me cuenta, y ello se ajusta como la piel al hueso a su personalidad, que es un hombre metódico y ordenado. De pronto, sin darse cuenta del espaldarazo humorístico de sus palabras, me dice:

—Claro que soy una víctima del orden y de la puntualidad. Me paso la vida esperando a la gente.

—¿Cómo es un día suyo de trabajo?

EN CADA DIA ESTA EL TRABAJO

A los setenta años como a los veinte. Siempre esa línea que une los extremos. La voluntad de trabajo y la voluntad ordenadora. Miro frente a mí al arquitecto

to. Tiene fina y blanca la piel. Viste impecablemente de gris, pero con elementos juveniles y claros. Se mueve con ligereza cuando quiere enseñarme un plano o un libro. Me enseña una fotografía vieja, de otros tiempos, en la que quizá estaba más gordo.

Se levanta día tras día a las ocho de la mañana. Prepara sus cosas, y a las diez está en su despacho de la Ciudad Universitaria, donde ha dirigido en dos ocasiones memorables las obras de la Ciudad Universitaria: cuando se edificó por primera vez y cuando ahora, ante nuestros ojos, se levanta después de la Cruzada.

—Pero piense—me dice—*que hay muchos arquitectos que han hecho obras muy notables allí sin mi intervención.*

Una vez que lo ha dicho se queda más tranquilo. Como si descansara.

—Lo que más me preocupa es que pudiera parecer vanidoso.

Está en su oficina de la Ciudad Universitaria hasta la hora en que comenzaba su clase de análisis de proyectos en la Escuela. Ahora, al contármelo, olvidó que ya está jubilado. El sigue allí con sus muchachos. Por fin se decide:

—Bueno, antes, cuando tenía que ir.

A las diez vuelve a su casa. Hace unos días, poco antes de las dos, llamé a su casa para anunciarle mi visita. Me dijeron: «Llame a las dos en punto.»

—¿Come fuera alguna vez?

Su contestación es total, definitiva:

—Como con mi mujer en casa. Me horrorizan las invitaciones y los compromisos. No comprendo —me dice muy serio—*cómo hay gente que busque esas cosas.*

En la casa no hay siesta. Después de comer lee un rato y comienza sobre una mesa negra, grande, sus trabajos. A las siete se marcha a las Academias; el lunes, a la de San Fernando; los viernes, a la de Historia.

—En caso contrario me gusta mucho ir al cine o al teatro con mi esposa. Pero soy un espectador inocente.

A las diez toca la campanilla de la cena. A las doce se cierran los libros. Parece una vida sin esfuerzo, y, sin embargo, en ese aire metódico y limitado de cada día, en el tejer y tejer de cincuenta años sin descanso, se ha compuesto la vida de este profesor de la arquitectura española, por cuyas manos han pasado más de un millar de los arquitectos españoles que andan solos, a su golpe de compás y número, por todas y cada una de las ciudades españolas.

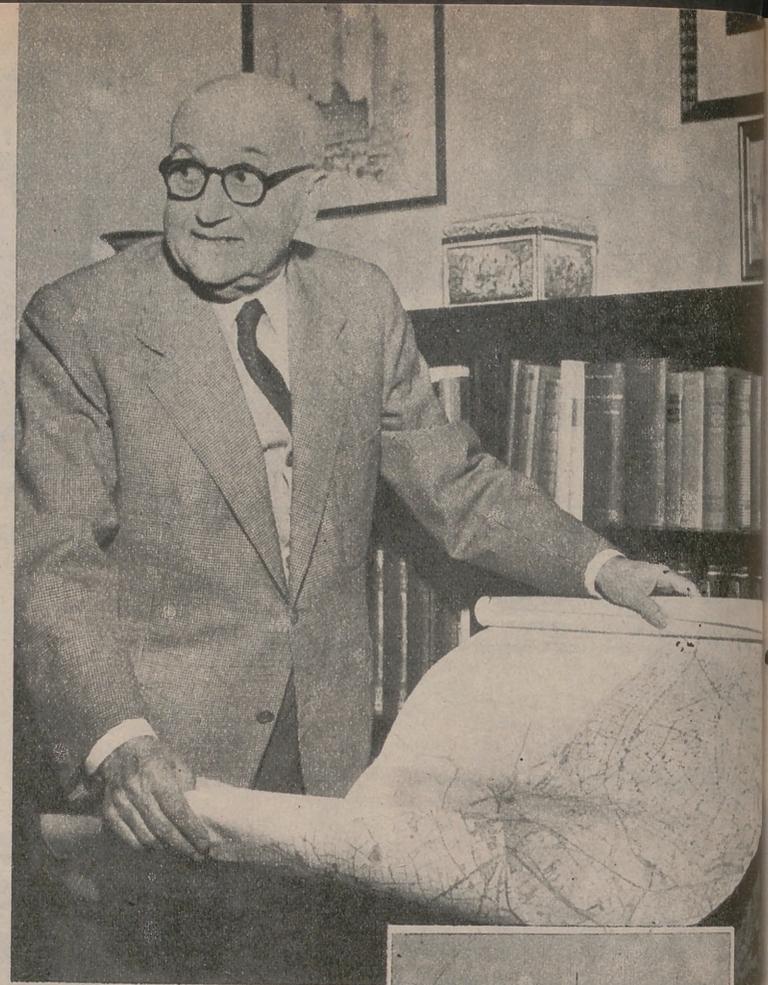
—¿Y usted mismo?

—Yo lo debo todo a mis maestros: Velázquez, Zabala, Anibál Álvarez y otros. Cuando miro estas paredes pienso en todos los que han contribuido a que mi vida sea como ha sido.

Repentinamente me dice algo sorprendente:

—La gratitud me parece una virtud esencial. Yo pienso muy a menudo en aquellos claros varones.

Yo es la primera vez que he oído en una conversación esa es-



tampa de los claros varones. La he leído cien veces, pero solamente López Otero la puede decir, entre sus cuatro altas y bellas paredes, sin que pierda su cándido y hermoso acento.

—¿Y qué hace los domingos?

—Voy en la tarde a la tertulia del Instituto de Valencia. Allí van, entre un grupo pequeño, Menéndez Pidal y Gómez Moreno.

La conversación se tuerce un momento porque me intereso por Menéndez Pidal.

López Otero, casi con las manos, en un impulso, me da esta limpia y confortante estampa del maestro:

—*Segue con una lucidez mental envidiable, fenomenal.*

Piensa uno en esas vidas que se cruzan, con edades de muchos años en las espaldas, y que levantan cada día, en una especie de fina y angélica serenidad, el cuerpo para el trabajo. Y como si nada hicieran.

LA VOCACION: ESA TORMENTA

Don Modesto López Otero nació en Valladolid, pero en las venas le venía la carga sentimental, inquieta y soñadora de los gallegos. Así, junto al Pisuerga, que es un buen río, pasan sus primeros años, esos de la exploración del bachiller.

—Yo dibujaba siempre. La pintura me ha gustado mucho, pero me sentía atraído, sin saber por qué, por el dibujo arquitectónico. Me paraba a dibujar monumentos, casas o cualquier edificio. Si viajaba tomaba siluetas y apuntes. Me atraían los espectáculos vivos: las mujeres o los hombres en las calles, en las viejas plazas.

El padre era un empleado del



Croquis del Arco de Triunfo en honor del Caudillo y del Ejército nacional, actualmente en construcción en la Ciudad Universitaria de Madrid, original del señor López Otero

Estado. La vida estaba, pues, preparada para que ese muchacho que se llamaba Modesto López Otero, que con el tiempo iba a llegar a ser director de la Escuela de Arquitectura, la pudiera tejer con sus propias manos.

—En la noche, atraído por aquella vocación, seguía unas clases de dibujo y acuarela. Llegaba hasta el extremo de preferir hacer un croquis de las cosas antes que una fotografía.

—¿Cree usted de verdad en la vocación?

—Creeo en la dedicación total a una vocación y considero que la suma de todo ello tiene una importancia enorme en una nación.

Cuando termina el bachiller, después de los años de prueba, viene a Madrid para ingresar en



El matrimonio López Otero en la intimidad de su hogar

la Escuela de Arquitectura. Ya no hay remedio. El círculo se va cerrando y abriendo. Ese año es el de 1903.

UN EMPERADOR DE EUROPA EN MEDIO

Seis o siete años con los libros al hombro. Cuando termina la carrera, esa profesión que levanta los puentes de Brooklyn o las torres del gótico, el vallisoletano saca el número uno. Esto lo he sabido por un ilustre arquitecto. Por López Otero supe sólo que estudió todo lo que pudo, pero nada más.

Lo curioso es que el Emperador Francisco José, por intermedio de su arquitecto Hans Peschel, que envió una pensión a la Academia de San Fernando, hizo posible que el joven arquitecto de veintiséis años hiciera un viaje fabuloso del Manzanares al Danubio.

—Estiré todo lo que pude aquel dinero. Tanto lo hice que recorrí con él la mayor parte de Europa. Pero fué Viena la ciudad que me conmovió más. La arquitectura europea estuvo presente constantemente en mi viaje. Tomaba apuntes, daba vueltas por un mundo desconocido.

Un día, en la Viena de Francisco José, todavía penetrada de maravillas, el arquitecto Hans Peschel se acercó a López Otero con esta proposición «Quiero llevarte a la Opera.»

—Pero si no tengo traje para esas cosas.

López Otero pensaba que ya era bastante estirar con buena magia sus dineros. Entonces le arbitraron una solución de retablo de Cervantes. Le llevaron a la Opera de Viena. Le hicieron subir por oscuras escaleras hasta un alto y escondido agujero. Desde allí, oscuro e ignorado, un muchacho español vió la alta, deslumbrante y prodigiosa elaboración de una sociedad que no sabía que tres años después estrena la Gran Guerra.

—Claro está que no veía el escenario, pero yo me hallaba sobrecogido por la grandeza de todo aquello.

Por un agujero se ve el mundo, señor López Otero.

LA VIDA
ES HACER
CADA DIA
LO MISMO
Y MEJORARLO

A su regreso a España comienza a trabajar. Es primero ayudante de los ingenieros Palacios y Otamendi.

—Pero yo me emancipé en seguida. Trabajaba incesantemente, acudiendo con mis proyectos y mis planos a las Exposiciones y a los concursos.

Era una manera activa y apasionante de querer darse a conocer. A veces venían las medallas, otras el dinero. Siempre el trabajo. Los codos en la mesa.

Hablamos, en la tarde que se muere sobre sí misma, de su primer estudio. Esa hora en la que uno dice «mi despacho».

—Era un estudio que compartíamos, en dos mitades, el pintor Sotomayor y yo. Al otro lado de la pared de nuestro piso estaba el estudio de los hermanos Zibaurre.

Calle Villanueva, número 29. —No crea que hacíamos vida de bohemia. Trabajábamos mucho; no había tiempo para otra cosa. Bajo aquellas paredes —recuerda con imperceptible emoción— preparé mis oposiciones a la cátedra de la Escuela de Arquitectura. Era en el año 1916 y en la primavera.

Cuando termina, mejor dicho cuando se encuentra a los treinta y un años profesor de la Escuela de Arquitectura ¿qué piensa?

Se ríe con una suave malicia. Se quita las gafas y pasea sobre los ojos, como cien veces en la tarde, ese gesto cansado de las manos. Vuelve a sonreír.

—Pues que cambió mi vida y



El señor López Otero al salir de su residencia

que como ya tenía algo me casé. Nada de esperar. El matrimonio. Una mujer dulce, rubia, que parece como él sorprendentemente joven y activa, le da tres hijas y nueve nietos. Y ahora, sin embargo, la gran casa vacía. Ese silencio que no se ha alterado desde que llegué un sólo momento.

—Cuando di la primera clase vivía todavía la impresión del alumno que pasa a profesor. Es una cosa emocionante. Me interesaban las personalidades de mis alumnos, intenté hacer resaltar a cada uno sus condiciones naturales.

—¿Qué consejo da al artista?

—La sinceridad en el camino a escoger. Si se deciden por la nueva arquitectura que se decida sinceramente. Luego, el espíritu de perfección y la lealtad a los compañeros. Cada uno tiene su personalidad.

CEBRIAN, EL ESPAÑOL DE AMERICA

La conversación ha tocado ahora, persiguiendo el sentido de la arquitectura española, una figura genial: ese español de América.

—En mi época se seguían las tendencias de adaptación de los estilos históricos a los edificios de la nueva civilización. En Europa llevaban ya muchos años de luchar con nuevos procedimientos. De todas formas comenzaban a señalarse en la vida española una serie de ideas que intentaban conquistar una arquitectura que no fuera la histórica. En la Escuela de Arquitectura no existía nada que registrara, bibliográficamente, los cambios de la época.

—¿Cuál fué para usted el momento en que hizo crisis en España esa situación?

—La fundación en 1903 de la biblioteca de Cebrián.

Cebrián, señores, era ese español de América. Ingeniero militar, emigró a California, por el tiempo de Prim, a intentar, por la vena de siempre, la conquista. Viajó de un lado para otro para quedarse, por fin, en California. Trabajó como ingeniero y como arquitecto. Hizo puentes o casas hasta que de pronto, la cabellera blanca, volvió rico.

—Tenía, le recordaré siempre, una figura nobilísima, un bigote blanco, grande, que cruzaba su cara. Le sacaba de quicio que delante de él se dijera América latina. Renegaba y decía que o Hispanoamérica o América iberica.

Nada más llegar pensó que nuestro retraso técnico estaba precisamente en la falta de bibliografía. Y entonces, sobre la marcha, fundó una de las mejores bibliotecas técnicas de Europa.

—Piense que tenía no menos de 18.000 volúmenes y la suscripción a todas las revistas del mundo. Ahí se puede decir que comenzó el cambio. Nos pusimos en contacto con las nuevas formas de la arquitectura.

El ingeniero militar, Cebrián, era un hombre pequeño de cuerpo.

—Estaba enamorado de España—dice emocionado López Otero.

TU VIDA CONYUGAL

QUINTA EDICION de la famosa obra de los Drs. HORNSTEIN, FALLER y STRENG

El compendio más completo sobre problemas del matrimonio y de la vida, en su aspecto biológico, médico, jurídico, religioso, moral y social



Obra de consulta, indispensable en toda biblioteca. De suma utilidad, tanto para el médico, el abogado, el historiador, el sacerdote o el pedagogo, como para todo matrimonio y persona culta que desee poseer un conocimiento exacto y autorizado de esta materia.

PRECIOS:

AL CONTADO, Ptas. 140
A PLAZOS, Ptas. 160

EXTRACTO DEL SUMARIO

PRIMERA PARTE: La moral matrimonial a través de la historia: a) En los pueblos primitivos. b) En las antiguas civilizaciones. c) En el Antiguo Testamento. d) En la Antigüedad cristiana y en la Edad Media. e) En los tiempos modernos.

SEGUNDA PARTE: El instinto en el individuo. - Exposición anatómica. - Cuidados higiénicos. - Anomalías. - Normas terapéuticas. - Conceptos platónico y cristiano del amor. - El pudor y la danza. - Valoración moral.

TERCERA PARTE: La vida conyugal en la sociedad. - Problemas biológicos. - Fecundación, herencia, unión matrimonial. - Gestación y parto. - Medidas higiénicas y dietéticas. - Enfermedades relacionadas con la vida conyugal. - Normas preventivas y terapéuticas. - Los problemas religiosos, morales y sociales en la vida conyugal. - Valor jurídico del matrimonio. - Indisolubilidad. - Separación de cuerpos. - Trámites del proceso canónico de nulidad. - Los problemas de la pubertad y la educación. - Instrucción fundamental.

Un volumen de 500 páginas, con 30 ilustraciones, tres gráficos y una tabla con la exposición del método Ogino - Knaus de la regulación de nacimientos.

CARTA DE PEDIDO - EDICIONES DAIMON - Provenza, 282 - Barcelona

Muy señores míos: Ruégoles me remitan a la mayor brevedad un ejemplar de **TU VIDA CONYUGAL** - 5.ª edición, que me comprometo a pagar (1) al contado 140 Ptas. a plazos 160 Ptas. el primero de 35 Ptas. a reembolso y los cinco restantes a pesetas 25 el día 1.º de cada mes.

(1) Táchese la forma de pago que no interese.

Nombre y apellidos FIRMA,

Edad Profesión

Domicilio

Población

Provincia

Empleado en

Domicilio del empleo

Recórrase o cópiese esta carta y remítase a

EDICIONES DAIMON
Provenza, 282 - BARCELONA

ESPAÑA PUEDE PRODUCIR LA SINTESIS DE LA ARQUITECTURA: LO FUNCIONAL Y LO ESPIRITUAL

Hay una cosa consoladora y limpia que destaca de toda la conversación con el profesor que un día vió a Viena por el agujero de la Opera: el optimismo. Pero no el optimismo absurdo, sino moral, apacible, seguro.

—Entiendo que la nueva arquitectura tiene un fundamento sólido, pero siempre que ese funcionalismo no sea exclusivamente materialista y cuente con el ingrediente espiritual. Que el bloque de granito se dirija a la sensibilidad del hombre.

Cuando le digo que aparentemente, todo tiende en la arquitectura y en la vida a la socia-

lización de los elementos, levanta las manos como si aplacara un oleaje invisible.

—Si la nueva arquitectura tiene una tendencia hacia la uniformidad, los españoles debemos procurar empaparla de nuestra propia sustancia y servirla con formas y materiales que estimulen y conserven, con lo nuevo, nuestra personalidad. Todas las formas deben ser empapadas en espíritu.

La conversación rueda, ahora, por un terreno que levanta en el arquitecto una recóndita emoción. Me dice:

—En España, a la gente no le gusta ni se conforma con los nuevos estilos exclusivamente funcionales o utilitarios. Creo que tenemos que producir los españoles una síntesis de modernidad y tradición sobre todo cuando el pro-

greso de la arquitectura es una consecuencia del empleo de nuevos materiales: los plásticos, el aluminio, el vidrio y, en las estructuras, el hormigón armado.

La clave, como siempre, es el hombre. ¿Qué piensa el hombre que ha tenido más de un millar de arquitectos en sus manos de las nuevas promociones?

—El arquitecto español tiene una formación perfecta, extraordinariamente sólida y preocupado hondamente, mucho más de lo que se cree por ahí, en resolver desinteresadamente esa antitesis de lo bello y lo útil.

Hablamos ahora, porque desde las vertientes de la arquitectura llega siempre, temblando como un soplo, el aliento de El Escorial, de Herrera.

—Herrera no es un producto típico, ibérico. Herrera es uno de los más altos momentos del Renacimiento en su pureza matemática y abstracta, sólo que no tiene nada de frío, sino que su opulencia emotiva y su fuerza es impresionante.

Volvemos a sus aficiones de pintor. A sus primeros años. Su esposa, la mediterránea señora Angela Ordeig, viene un momento a ver si nuestra conversación apaga sus cenizas. La ve, piensó, viva y coleando y con un gesto de la mano, leve y casi invisible, se despidió. Me entra el pequeño remordimiento de si hoy he quitado al arquitecto su trabajo y, a los dos, su cine. Pero es un remordimiento pequeñito.

López Otero sigue el hilo de un pensamiento que lleva dentro:

—La armonía, el ritmo, la simetría y la promoción han de considerarse en función de la sensibilidad humana. Las masas tienen que sentirse sobrecogidas, emotivamente, por la arquitectura.

—¿Cree usted que la arquitectura se encuentra en un momento, racionalista o no, de serenidad?

—La arquitectura está todavía en crisis y no ha llegado a conclusiones definitivas en su evolución. Por otra parte—dice sonriente—, un arquitecto encuentra siempre belleza en las formas geométricas puras.

Impensadamente, como si la conversación se mordiera la cola, vuelve a una de sus primeras ideas:

—¿Quién pesa la obra arquitectónica que está en la imaginación?

Es cierto, ¿quién puede medir ese latido creador que levanta, en la cabeza de un genio, la nueva cúpula?

Volvemos, por nuestros propios pasos, al escenario de la Ciudad Universitaria. En el año 1928 le encargaban el proyecto general. Ahora, en ese cerrillo de libros y fusiles, termina con el arquitecto Bravo y los escultores Huertas y Capuz, el Arco de Triunfo.

—Está dedicado—me dice— a Franco y al Ejército Nacional. Se inaugurará el 18 de Julio de 1955, a los veinte años de iniciarse el Movimiento.

Ahora sí que es tarde. Las palabras van y vienen con esa fresca y alegre calentura de lo que nos gusta. Pero las horas se cuentan en los relojes y se contabilizan en el libro de Dios. Este es nuestro tiempo.

Enrique RUIZ GARCIA
(Fotografías de Aumente.)

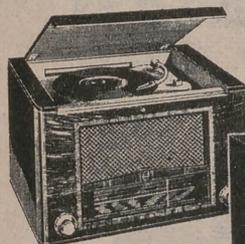


Renovarse es vivir mejor

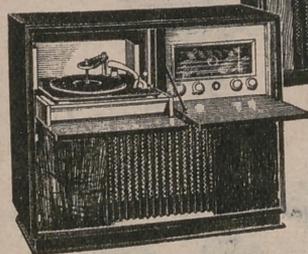
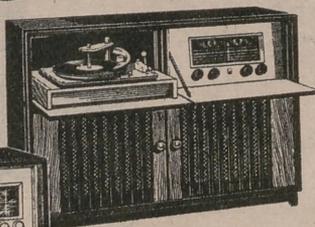
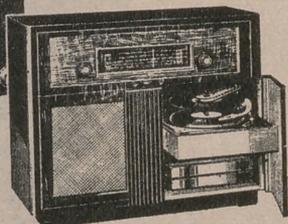
(Un consejo PHILIPS-RADIO 1955)

Se le devolverá íntegramente el importe que pagó por su viejo PHILIPS para que pueda "RENOVARSE" disfrutando una de estas modernísimas realizaciones 1955

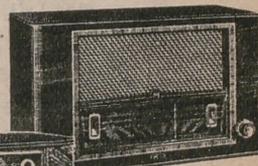
PHILIPS "pone al día" sus modelos lanzados hasta 1936!



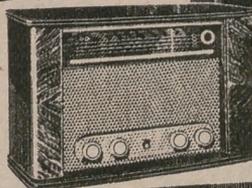
El encanto de la música a la medida de sus deseos



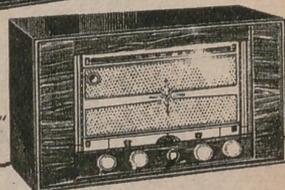
(Siempre con usted)



El aparato de lujo para el hogar medio



Recorra el mundo con este receptor



Diríjase al Distribuidor Philips más cercano, quien le informará ampliamente.



Sorprendente sensibilidad y selectividad por su "ensanche infinito" y "paso en alta frecuencia"

tiempos buenos... vida buena...

Gran Campaña RENOVACION PHILIPS 1955

Anótelolo todo con...



PUNTA
BIC

*...y hará
más fácil su vida*

En las ocupaciones particula-
res y comerciales PUNTA BIC
presta siempre un eficiente
servicio con la sugestión de su
escritura suave, rápida, limpia
y duradera. Exija la palabra
BIC grabada sobre el cuerpo
y sobre la punta y podrá
decir como todos

¡ Así se escribe a gusto !



Calenet

PUNTA

HAY PUNTAS
BIC
a partir de
6 pesetas

BIC

FABRICA: LAFOREST, S. L. - MAESTRO FALLA, 19 - BARCELONA

LA RESPONSABILIDAD DE LOS CIENTIFICOS

Por Ricardo ROYO-VILLANOVA

LOS avances sorprendentes de la ciencia, en sus innumerables y concretas aplicaciones y derivaciones prácticas, pesan enormemente en nuestra mente y en nuestra conciencia; tienen un poder social inmenso, que constantemente se agranda más y más en proporciones enormes. Las perspectivas de sus conocimientos y técnicas, sus conquistas, progresos e inventos están creando nuevos modos y maneras de pensar, de actuar, de ser incluso, que forzosamente han de desembocar en más estrechas responsabilidades que las exigidas hasta ahora a quienes se dedican a ellos. Sólo proclamando y concretando esta responsabilidad podremos evitar que desaparezca de los científicos ese sentido humano de las cosas, de que tan necesitado está el hombre moderno que se abstrae en tales tareas y trabajos.

Es incuestionable que los progresos a que nos referimos han mejorado y siguen mejorando la suerte del hombre sobre la tierra. No obstante, parece que es demasiado alto el precio que estamos pagando por ello. A pesar de todo, vivimos bajo el signo de la desconfianza, el recelo, la suspicacia hacia estos saberes, que van calando amenazadoramente en las relaciones individuales y sociales del hombre, en los planos más hondos, secretos e íntimos de la actividad y de la convivencia humanas.

Diríase que conforme crece el optimismo científico aumenta el pesimismo moral. La ciencia está sustituyendo a la piedad. Se cree que el progreso de aquella ha llegado o está llegando a una etapa peligrosa, crítica. Empezamos a darnos cuenta de que algunas de las esperanzas cifradas en dicha sabiduría eran demasiado optimistas y a menudo insensatas. El corazón de esos sabios, prendido, enredado en las marañas de sus afanes de ciencia y técnica a ultranza, está perdiendo, si es que no ha perdido ya, aquel acento de seguridad que parecía distinguirles. Ya no quieren someterse a los dictados de la humildad y del amor al prójimo, y su soberbia y falta de caridad puede llevarles hasta el crimen.

Se advierte, pues, la imperiosa necesidad de exigir rigurosas responsabilidades a las eminencias de la cultura experimental en sus respectivas materias. En su loco crecimiento actual, la ciencia y la técnica son teatro de una lucha incesante entre el espíritu del bien y las fuerzas del mal. Muy claro vemos cómo no ofrecen ninguna garantía a la inerte e indefensa muchedumbre humana y cómo hasta representan valores negativos si no se someten a la positiva valoración de la moral y el derecho, que constituyen el cimiento y los lazos de la sociedad y de la convivencia, que nos dan normas seguras de actuación y de conducta para marchar por el proceloso camino de la existencia y sortear los escollos, evitar los peligros, superar los obstáculos.

En las jornadas materialistas de la difícil, difícilísima época que atravesamos, de los tiempos atroces que nos han sido deparados, en estos días del dominio y la tiranía de los instrumentos y

de las máquinas, de la organización racionalista a ultranza, etc., la ciencia, que ha creado y lanzado todo eso, quiere hacerse dueña de la persona y de la personalidad humana, quiere empujarnos todavía más al hombre. El ser hecho a imagen y semejanza de su Creador, no tiene más remedio que defenderse, y no hay otra solución que la heroica de aherrar, sujetar, subordinar lo material y lo materialista a la primacía de los valores espirituales de la especie, no sólo a los que son eternos, sino también a otros que no son más que temporales, para lo cual necesitan cada vez más imperiosamente leyes morales y legales, claras, precisas, ajustadas, rigurosas, que sirvan de guía y de freno al mundo de hoy, a la sociedad de nuestros días, al saber actual.

La ciencia llamada positiva, en todas sus ramas y especialidades, ha alcanzado en la hora de ahora un poder extraordinario, peligroso, terrible, si se la deja andar libremente, sin obedecer a frenos éticos, sociales, jurídicos. Hace ya más de trescientos años que se escribió aquello de «ciencia sin conciencia no es más que muerte del alma». De aquí la urgencia de que la noción de responsabilidad ocupe un lugar preferente en las relaciones individuales y sociales de los científicos, cualquiera que sea la rama y el compartimiento que cultiven.

El Derecho empieza a asomarse al curioso botal de ese pozo insondable que es la conciencia de los sabios a quienes nos referimos, en cuyos suelos y subsuelos pantanosos se guardan muy importantes y vitales secretos, no raras veces tremendos e inconfesables secretos de la ciencia y de sus aplicaciones, que escapan, por lo general, a la más poderosa acción policial y judicial. El Derecho moderno no tiene más remedio que irrumpir con mano dura, sin contemplaciones, sin parsimonias, en esos dominios, y poner orden y concierto en las actividades de las disciplinas a que nos referimos, si queremos que no desemboken en una anarquía de riesgos y peligros incalculables al caer en manos ingenuas, o insensatas, o indignas.

Noble es la misión, ardua la tarea, formidable la responsabilidad de los hombres de ciencia en el mundo en que estamos. Por eso, precisamente por eso, han de estar sometidos a la autoridad, guía y vigilancia de las reglas, las normas, los postulados jurídicos. La responsabilidad legal exigida con rectitud y prudencia evitará que la ciencia y los científicos lleguen a olvidar la humanidad y a deshumanizarse del todo. Algunos hasta propugnan leyes draconianas a este respecto, y una severa actuación judicial para ajustarles a ellas.

Han llegado a tal punto las cosas, que, desde el punto de vista humano y social, ya no puede sostenerse la tesis de una libertad científica sin restricciones. Cuando el sentido de la humanidad falta, los grados, los títulos, los diplomas, los pergaminos de la ciencia no son más que frivolidades y futilidades, mera decoración, apariencia, vanidad, si es que no son otras cosas peores.



Ya todo ha pasado... con

**CALMANTE
VITAMINADO**

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR
Y TONIFICA LOS NERVIOS



C.S. 12898

LA PSYCHOANÁLISIS DE LOS DEPORTES

AZOR

No pida coñac;
con decir:

"Un
VETERANO"
¡ya es bastante!



OSBORNE

MONTIEL, A LO ANCHO DE LA MANCHA



Eras de Montiel. Al fondo, el famoso castillo de la Estrella.— Abajo: En el «coto los Alarcones» se encuentran los mejores ejemplares de venados de España

UN PUEBLO QUE VIVE DE CARA AL FUTURO

DESDE Valdepeñas a Albacete, si uno pregunta por el ganadero Samuel Flores, todo el mundo le contará mil anécdotas suyas. Y si se trata de localizarle, la servicial e hidalga gente manchega le ayudará a hacerlo:

—¡Eh!, Francisco, ¿tú sabes dónde está don Samuel?

—Ayer me parece que vi pasar por aquí su «Mercedes». Habrá ido a Peñascosa, o tal vez esté en la finca de «El Palomar».

—No—terció otro—, no está por esa parte. Pasó con su coche, pero iba camino de Andújar. Está en el coto «Los Alarcones», tentando torcos. Me lo ha dicho Polo, su administrador de Albacete.

Pero el caso es que este hombre incansable y activo tiene ya setenta y dos años, y lleva sus negocios y hacienda con el brío de uno de cuarenta. En toda la Mancha, su vida y su persona cobran calidad de mito y muchos hablan de él sin siquiera conocerle.

—Yo no me podía imaginar que era viejo —me cuenta un teniente de la Guardia Civil—. Como oía hablar de la vida de trabajo que llevaba, creí que era un hombre joven, y un día, estando yo de servicio en la feria de Villanueva, vinieron a decirme que don Samuel Flores me llamaba. Entonces yo contesté: «Digale a ese señor que la misma distancia hay de aquí allí que de allí aquí.» Cuando le llevaron mi respuesta, cuentan que exclamó: «En los años que tengo, nadie le ha dicho eso a Samuel Flores. ¿Dónde está ese tío flamenco, que quiero conocerlo?» Y cuando llegó, me dijo: «No me he ofendido, teniente; así me gustan a mí los hombres.» Y desde entonces somos muy amigos.

Otra faceta en estos días:

—¿Sabes que ha vendido una parte del «Coto Camilo» a colonos de Montiel?



DOSCIENTOS CINCUENTA COLONOS SE BENEFICIARÁN DE LAS TIERRAS DEL «COTO CAMILO»

25 kilómetros en carro a través de la llanura

—«Camilo» es de su hermana Aurelia.

—Sí, pero él, como jefe de la familia, lo ha dispuesto.

UN PUEBLO QUE SABE VIVIR

—En Montiel hay más brazos que tierras —dice un día a sus convencinos Fernando Amador Asúa, «El Saltador», como se le conoce en todo el pueblo.

—¿Y qué podíamos hacer?

—Pues veréis: Debemos acogerlos a esas leyes que ha dado el

Caudillo para remediar a los labradores. Iré a Madrid, al Instituto de Colonización. Veremos lo que me dan.

Y «El Saltador», sesenta y seis años, labrador muy modesto, concejal desde los veinticuatro años y Alcalde tres veces después del Movimiento, se presenta en la capital.

En el Instituto y en el Ministerio de Agricultura se concerta el parcelamiento y venta en veinticinco años de la finca «La Vi-caría», sita en el término de Mon-

tiel. Pero los trámites se alargan. Los labradores, sin embargo, no pierden la fe:

—Tengamos paciencia. Dice el refrán que las cosas de palacio van despacio. En los Ministerios hay mucho papeleo. A lo mejor, de aquí a un mes o dos nos despachan lo nuestro...

Una circunstancia viene en ayuda de estos hombres.

Hay una montería en el coto de doña Blanca García Muñoz y vienen a cazar muchas personalidades de Madrid. «El Saltador» es muy buen «secretario» y se le llama para hacer de tal en la montería, a la que asiste don Carlos Rein, que entonces era Subsecretario de Agricultura. «El Saltador» ignora el cargo del señor Rein, pero como éste venía de Madrid, se le ocurrió preguntarle:

—Oiga, don Carlos, ¿a quién podría yo hablar para que me parcelaran, por fin, una finca que he pedido?

—El que tiene que hacer eso soy yo precisamente. Cuando vuelva a Madrid, cuente usted con que lo activaré lo que pueda.

Y así fué como «La Vicaria» se les parceló a estos colonos, asentándose en ella 200 y concediéndoseles un plazo de veinticinco años para pagarla, en fracciones de 500 pesetas al año por cada parcela de seis hectáreas.

«APUNTA A LOS PADRES DE FAMILIA»

Pero aún quedaban en Montiel algunos labradores muy humildes, que con sus tierras no cosechaban lo suficiente para el sustento. Otros no tenían nada absolutamente. Algunos pensaban emigrar a otras provincias en busca de trabajo. Entonces «El Saltador» tiene una nueva idea.

—Vamos a ir a ver a don Samuel. Si nos da tierra, podremos asentarnos a muchos.

Y comenzaron las listas: en la calle del Cristo, en el número 5, en casa de Diógenes Rodríguez, se apuntaba a los que necesitaban tierra para trabajar.

—Sobre todo, Diógenes, no apuntes nada más que a los pobres y a los padres de familia —recomendaba «El Saltador».

Sigilosamente, con la sutil sabiduría de los campesinos, la preparan todo de forma que no se enteren los pueblos cercanos ni llegue a oídos de los Flores. El 21 de febrero el plan está ya a punto. Don Samuel se encuentra en «El Palomar» y se disponen ir allí ilusionados, febriles, inquietos. No se duerme ni siquiera se toman provisiones para el camino. Contratan el coche de Hilario, un auto viejo y renqueante que hay en el pueblo. La mañana amanece con un frío que «ala hasta las piedras. La Comisión la forman «El Saltador», que ya va como presidente; Diógenes Rodríguez, José Manuel Medina, José Mena, Joaquina, su mujer e hija de «El Saltador», y el hijo del matrimonio, José Ramón, de trece años. Es la representación del pueblo: hombres, una mujer y un niño. Los hombres y el niño, para protegerse del terrible frío, llevan pelizas y capotes de mantas. La mujer, sobre el abrigo, un grueso

mantón. A la hora convenida el coche no llega. Se ha averiado, y hasta dos horas después no salen. Por fin se ponen en marcha.

Algunas mujeres de los que se habían apuntado se asciman a las puertas:

—¡Que traigáis tierras!

En el paraje denominado la «Loma Alta» se vuelve a averiar el auto. Media hora para repararlo. En el kilómetro 17 la gasolina se acaba. Durante tres kilómetros, hasta llegar a Villanueva, hay que empujar el coche. En este pueblo se reposta y se continúa hacia «El Palomar». Cerca ya de la finca, la duda se apodera de la mujer:

—¿Y si nos dijera que no?

—¡Bah! Tengamos confianza. Don Samuel ya dió la tercera parte de «El Palomar» hace tiempo a colonos de Villanueva. Esperemos que a nosotros también nos favorezca.

Cuando el ganadero Flores escuchó la petición, se les quedó mirando hondamente y hubo una pausa larga. Después habló:

—Todo «Coto Camilo», como queréis, no os lo puedo dar. Es un capricho de mi hermana conservar algo de esas tierras. Sin embargo, ella y yo os vamos a vender 2.500 fanegas. Ya está dicho, y no hay más que hablar. Tomaréis posesión de ella el 29 de septiembre, día de San Miguel.

—Le daremos una señal, don Samuel, y usted nos firma un documento.

—No hace falta papel alguno ni dinero. El trato ya está hecho y vale mi palabra. Mi palabra es tan seria como una funeraria. Si yo muriera en este tiempo, ahí queda mi hermana, y ella os cumplirá lo que yo os prometo ahora.

—¿Y a qué precio, don Samuel?

—A mil doscientas pesetas la fanega, y a pagar en ocho años. Y el día de San Miguel me traéis, de entrada, la tercera parte de lo que valga.

—¿Y si viene un año malo?

—Pues... lo pasaremos de largo. Con los colonos de Villanueva hice también el trato por ocho años, pero se les dió mal, y a los doce les voy ahora a escriturar; con eso os lo digo todo.

Cuando volvieron, el pueblo entero les estaba esperando en la carretera. Los cuatro hombres, la mujer y el niño gritaron:

—¡Ya está el trato hecho! ¡Ya hay tierra!...

DON PEDRO EL JUSTICIERO

Montiel es un pueblo minúsculo rodeado de altozanos. Sobre el pueblo se yergue la aguja del campanario de su iglesia, del siglo XV. Dominándolo todo, llenando la vida del pueblo con su historia, está la mole rota del castillo de la Estrella, donde lucharon dos hermanos por un trono. Pero si la Mancha está enraizada al recuerdo de Don Quijote, Montiel hace una excepción. Porque Montiel es solo su castillo, las hazañas de Don Pedro I de Castilla y la traición del bastardo don Enrique. Hasta el más ignorante campesino os hablará de Duguesclin como de alguien muy conocido y os repetirá su famosa frase: «Ni quito ni pongo Rey, pero ayudo a mi señor».

Antonio Sarrallé, el primer teniente de alcalde, mientras me acompaña a buscar a Fernando Amador «El Saltador», me dice:

—A Don Pedro I de Castilla se le llamó impropiamente el Cruel. A mí me parece que fué solo justiciero. ¿No cree usted?

Pasamos por la plaza. Está estupendamente arreglada y con una flamante barandilla de cemento.

—Es que el Alcalde se preocupa mucho de que no haya paro. Cuando llegan los meses en que no hay trabajo en el campo, pide dinero al Gobernador y arregla las calles y la plaza para emplear a la gente.

Efectivamente, he podido ver cómo el Alcalde se preocupa de todo y cómo en el Ayuntamiento se trabaja firme hasta horas muy avanzadas de la tarde.

«El Saltador» y sus hombres me esperan a la puerta del casino. Un casino humildísimo, de mesas y sillas de pino. Para mí tiene una extraña emoción sentarme a esta mesa rodeada de estos hombres rudos y leales que se expresan con el corazón en la mano. Estoy a gusto entre ellos, oyendo sus razones. Esas razones que exalta su agradecimiento en palabras y ademanes:

—Todo se lo debemos a Franco —dice José Manuel Medina.

—Sabe usted que nosotros debemos de besar también donde pisa don Carlos Rein y don Samuel; ellos nos han dado tierras, y eso no hay con qué pagarlo —habla «El Saltador».

—Y, sobre todo, don Samuel, que hizo el trato de su propia voluntad, sin que se lo pidiera siquiera el Instituto de Colonización, sino sólo nosotros, que éramos unos pobres agricultores. Eso es para estarles agradecidos toda la vida —apostilla José Mena.

—¿Y es buena la tierra?

—Para las manos del pobre, toda la tierra es buena, pues la trabajamos ansiosamente.

—Yo ya no volveré a ir más al Valle de los Caídos. Estuve cinco meses trabajando en Cuelgamuros, porque aquí no podía ganar el sustento de mi familia. Ahora ya viviremos de la tierra que me va a pertenecer en el «Coto Camilo».

—¿Cuántos colonos se beneficiarán?

—Doscientos cincuenta. Vendrá a parcelar un ingeniero de Ciudad Real y nos la repartiremos como buenos hermanos. La tierra es apacible y está muy nueva. Pondremos en ella trigo y olivas.

Van entrando más hombres, boina en mano y tímidos.

—Esos son colonos simples; nosotros somos la Junta directiva del reparto de la tierra del «Coto Camilo» —me aclara «El Saltador».

Y luego, dirigiéndose a todos, les dice:

—Esta señorita ha venido a escribir toda la verdad de lo que ha pasado.

Luego un parcelista a quien apodan «Monterilla», que fué pastor y aprendió a leer solo me recita unos versos hechos por él sobre Don Pedro I.

Cuando salimos son las diez de la noche. Las calles están casi oscuras y una...

humana avanza por ella. Yo creo que es todo el pueblo.

—¿A dónde van? —pregunto.

—A la novena de la Patrona, Nuestra Señora de los Mártires.

—¿A la novena a estas horas?

—Sí, es que el señor cura espera que venga toda la gente del campo y a que cenén antes de ir a la iglesia.

Por una cuesta abajo se ven venir cuatro personas de largos ropajes. Cuando están cerca, veo que son cuatro monjas. Me dicen que son terciarias franciscanas. Las traje aquí don Andrés de la Vega para hacer una fundación en memoria de su hija María Rosa, que murió en olor de santidad hace unos años. Tienen colegio gratuito de niñas y, además, sor Bernarda es la enfermera del pueblo y va de casa en casa poniendo inyecciones a los enfermos. Lo extraño es que casi toda la comunidad ha venido de Palma de Mallorca, y del clima dulce de la isla se han acostumbrado al de esta tierra dura, en que los cambios son rigurosos.

En el aire de la noche se respira el olor a retamas quemadas de las lumbres domésticas. En la iglesia, en esta novena, en que el sacerdote no reza el rosario, sino los niños de la escolanía, hay también otra modalidad. Los hombres están a la izquierda, las mujeres a la derecha. Y esta separación no podrá romperse por ningún concepto. Todo es, en verdad, aquí como un mundo aparte y primitivo.

EN CARRO HACIA EL «COTO CAMILO»

Un concierto de cantos de gallos y la voz fresca de una muchacha me despierta. La muchacha canta una manchega a grito pelado:

«Con el cuatro y el cinco,
un seis y un cero,
ésas son las arrobas
que yo te quiero...»

Debe de ser muy temprano, pero recuerdo que «El Saltador» y la junta de parcelistas había quedado en venir a buscarme muy de mañana para ir a ver la tierra cedida. Por el ventanuco del cuarto de la fonda me esperaba una sorpresa. Anoche no lo vi, pero ahora puedo contemplar al castillo, que queda casi encima de la casa. Está tan inverosíblemente cerca, que parece que la va a aplastar. Grajos y águilas salen y entran a su antojo a los nidales que tienen entre las derruidas piedras. Pero lo que llama mi atención es que está todo el monte, y aun creo ver que los patios del castillo también, sembrados de cebada.

—¿Por qué está sembrado eso? —pregunto a la muchacha que cantaba.

—Es que el castillo y su monte son de Carmen Carrizosa. Y ella ha querido sembrar ahí cebada.

Pero ya la muchacha está embalsada en la obsesión del pueblo y me va diciendo:

—Mire usted, por allí estaba un pasadizo secreto. Por él salía Don Pedro cuando iba a enamorarse.

Pero ya oigo las voces de los colonos. Vienen a buscarme, me llaman:

—¡Señorita, señorita, ya estamos aquí!



Entrada a la plaza de tiendas en la finca de Samuel Flores «El Palomar».

Luego se disculpan:

—Venimos avergonzados. El coche de Hilario está roto, como siempre. Le hemos traído un carro. ¿Se atreverá usted?

Y vaya si me atrevo. ¡Qué remedio! No puedo dárme las de remilgada con esta buena gente. Han traído con ellos esta mañana a sus mujeres y a sus hijas, por si necesito algo que las mujeres puedan dar. Y si que necesito: un pañuelo de segadora para resguardarme del duro sol y unos alfileres. El pañuelo me lo da Matilde Medina, los alfileres, Joaquina Amador, la hija de «El Saltador».

—¿Contentas con las parcelas? —pregunto a las mujeres.

—Pues ya ve, señorita, contentísimas. Es el pan seguro de toda la vida para nuestros hijos. Teniendo tierra hay candeal y la comida no falta. La tierra es la madre de todos.

—Pero ahora estamos preocupadas por sacar el dinero que tenemos que dar de entrada.

—¡Bah!; no hay que preocuparse—exclama «El Saltador».

Además, Antonio Pretel, el jefe de la Hermandad de Labradores, ha ido después a ver a don Samuel y ha conseguido que demos de entrada la cuarta parte sólo. Y también ha prometido ayudarnos con un crédito sindical. Ya está todo hecho y muy bien «arre-gla». Descuidad.

Se ha juntado mucha gente para vernos marchar. Un viejo desde lejos me grita:

—¡Señorita, si no se ha subido usted nunca en carro prepárese a echar las «asaúras». Tiene usted que ir por caminos de carril!...

Pero no las eché, ¡palabra! Mi dignidad periodística me hizo mantenerme contra viento y marea, en este caso, los botes que daba el rudimental vehículo.

La vega de Montiel es el oasis en medio de las llanuras sin sombra de la Mancha. Hay verdaderos bosques de chopos, álamos y olmos, donde las calandrias cantan gozosamente. El suelo es muy desigual y el agua del Jabalón y del Segurilla corre con tal abundancia que su rumor parece cientos de risas entre las arboledas. Hay innumerables molinos de piedra e infinidad de tejeras trabajando a buen ritmo. También vemos la fábrica de harina con sus 10.000 kilos diarios de producción. Luego encontramos una piara que lleva lo menos 300 cerdos.

—¿Cómo tantos? ¿De quién son? —pregunto.

—Es «la piara de la vega».

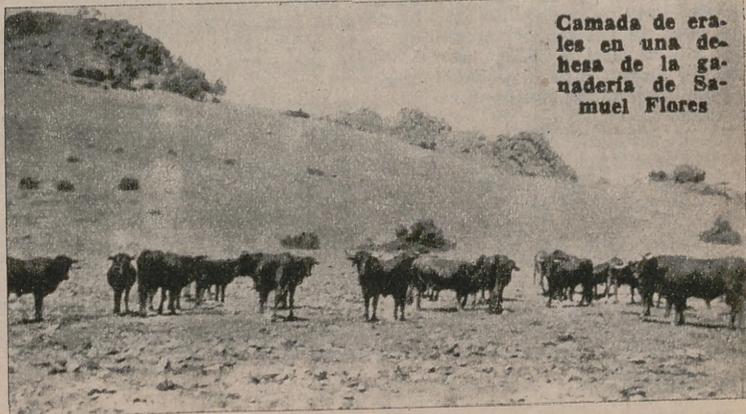
—Y ¿qué quiere decir eso?

—Pues que es la piara de todos. Ahí van los cerdos de todo el pueblo. Se los echamos a ese pastor. El los guarda y cada uno le damos un tanto. Así, estamos descuidados del trabajo de cuidar el cerdo. Lo bueno es que cada animal conoce su casa y cuando llegan al pueblo salen cada uno corriendo para sus corrales.

El carro sigue dando tumbos y las explicaciones se suceden. El paisaje es inenarrable. No he visto nunca campos de tanta belleza.

Aquí se cría el mejor tomate y pimiento de España. Dulces, mollires, grandísimos. Hasta de la misma Valencia vienen aquí a buscarlos en camiones. Debían de poner en Montiel unas fábricas de estas conservas. Y el membrillo es buenísimo, tan bueno como el de Puente Genil. También el trigo candeal está alto y granado. Da gozo verlo.

Pero ya hemos llegado al «Coto Camilo». Los hombres echan pie a tierra como alucinados.



Camada de erales en una dehesa de la ganadería de Samuel Flores

—Esto ya es nuestro terreno. Ya estamos en lo nuestro...

Y no les falta nada más que arrodillarse. Al fin lo hacen para coger un puñado de tierra y enseñárnela, dejándola caer por entre las manos:

—Mire, tierra negra muy buena. Esta es de la que vale 10.000 pesetas la fanega y nos la han dado a 1.200. También hay otros pedazos más malos, pero de toda, Dios mediante, sacaremos nosotros provecho.

Fernando Amador me va señalando:

—¿Ve usted aquellos encinares, ve a la izquierda aquellos centenos tan altos en los que se pierde un hombre, ve usted aquellas lomas, ve allí Cerro Nevado? Pues hasta allí son las lindes de toda esta tierra que nos ha dado don Samuel.

—Mire allí, los carrascales, los chaparros, nada más que en leña hay en este monte que nos da, una buena cantidad de dinero. Y en tocante a los pastos hemos quedado con don Samuel en que se los venderemos a él a los precios corrientes.

—Aquí construiremos un aljibe. Lo haremos bien grande. Quiero que sea muy hermoso—dice con entusiasmo Diógenes Rodríguez.

—Y aquello ¿qué es?—pregunto.

—Aquello, sabe usted, son lo que llamamos aquí «tinadas». Es para guardar los aperos de labranza y recogerse los gañanes. Esas naves también han entrado en el trato. Una es de 40 metros y la otra de 20. Y también nos da don Samuel aquellas dos cercas que se ven allí, para el ganado.

Entre un olor delicioso a tomillo se guisa la comida campesina. Las liebres saltan a simple vista. Y surge la broma junto con la nota honrada:

—Qué bien nos vendría una liebre ahora, ¿verdad, señorita? Y más estando Diógenes aquí, que donde pone el ojo pone el tiro, pero mientras no hayamos entregado la entrada, no cazaremos aquí ni una perdiz.

Después de la comida, otra vez el carro. Caminos más imposibles aún. Vamos hasta el final de la finca, a la casa de labor en la parte del coto, que la familia Flores se reserva para ella. Ahora nos da escolta, a caballo, un «valentón». Un valentón aquí, es un guarda con su carabina. Y esta finca tiene cuatro «valentones». En la casa, el mayorall «ulián», y su mujer, Sacramento, matrimonio de ocho hijos, quieren hacernos comida y nos cuesta trabajo convencerles de que ya lo hemos hecho. El es de Vivero, ella, de El Bonillo, pueblito de Albacete. Sus padres ya sirvieron también a los Flores. Llega el mayordomo, Juan Ramón, y nos dice lo que por otros conductos ya sabíamos:

—Si usted, señorita, quiere ver al amo, lo encontrará en «El Palomar», dentro de seis días. Ahora está en «Los Alarcones». Dicen que están allí con él Pedrés y Chicuelo. Están tentando los toros.

Y ya la vuelta a Montiel. En ir y venir hemos hecho 25 kilómetros. Cuando llegamos, mis amigos los colonos refieren:

—Ha sido muy sufrida la señorita. No se ha quejado del carro. Parecía que toda su vida había ido en él.

Yo debo de poner una sonrisa de circunstancias. No me lo han conocido, pero la verdad es que no puedo sostenerme de deshecha y cansada que me siento.

ESCENARIO

A un tiro de piedra, Sierra Morena. A uno de fusil, la Sierra de Alcaraz; en medio, en la inmensa hondonada, y perdiéndose sus linderos en el monte, la finca «El Palomar», tierra ésta ya de Albacete, atravesada por el Guaramena que se orilla con las esbeltas masas de las choperas. Las brumas grises de la amanecida prestan su pátina al paisaje. Todo parece difuminado y casi fantasmal; los chopos, los picos de las sierras... Deben ser las cinco, las seis, tal vez. No tengo reloj. En la explanada de la finca hay una soledad y un silencio absoluto, que se rasga de improviso por unos estridentes y desagradables graznidos. Me vuelvo: Son tres pavos reales muertos que dormían en el tejado y al despertarse se lanzan a tierra abriendo sus enormes alas.

Una mujer menuda, de ropaje oscuro y campesino, sale a la explanada. «El Palomar» empieza ya a vivir. La mujer me mira, me vuelve a mirar como si se tratara de una aparición, y, al fin, se atreve a preguntarme:

—¿Va usted de camino? ¿Se averió su coche?

—Vengo aquí y no tengo coche alguno.

—¿Viene aquí a ver al amo? ¿Y dónde ha subido entonces?

—Allí. Y señalo un camión de yeso, que espera empiece la jornada para ser descargado.

Mi aspecto no debe ser muy confortable, cuando la buena mujer propone:

—Venga usted a la cocina de los criados. Echaré leña para que se le quite el frío de la madrugada.

Y después me da también café caliente.

Los sarmientos chisporrotean aparatadamente. Las llamas se alzan en lenguas. Da gozo ver este fuego rojo y vivo. La mujer se afana preparando no sé qué. Ahora me explica que son las migas con tajada para el desayuno de los criados, que ella, como mayorala, tiene obligación de preparar, así como las demás comidas. La mujer se llama Emilia, y su marido que ya ha venido también a la cocina, Julio, el mayoral. Entra José Joaquín, el mayordomo. Después, varios gañanes. Todos forman rueda en torno a la lumbre. Emilia se cree obligada a decir:

—Esta señorita tiene que ver al amo.

—Pues ya estará para bajar. Se levanta muy temprano y lo primero que hace es venir a esta cocina nuestra a vernos. Aunque, hoy, muy de mañana tiene que salir urgentemente para Peñascosa.

Yo he querido encontrar a este hombre en su ambiente, en «El Palomar», tratando con sus criados y en su verdad, pues nunca los hombres suelen ser tan sinceros como cuando están en la

intimidad de su hogar. También recuerdo que me han dicho en varios pueblos cercanos: «Don Samuel cuando está en «El Palomar» tiene tantas cosas de que ocuparse que no le gusta que le vayan a ver si no ha invitado antes a la persona».

Los criados siguen hablando. Siempre la conversación es el amo, los toros y la caza. Aquí se habla de «rales, de sobreafios, porque «El Palomar» es donde tiene la ganadería en verano don Samuel. En invierno las camadas están en Andújar en «Los Alarcones». Ahora, ya hay aquí treinta y cuatro toros bravos.

—El otro día se le arrancó una vaca al amo. El la paraba diciéndole: «¡Eh, vaca, vaca!» Pero iba tan rápida que Nicolás le tuvo que hacer el quite. Si no, no sabemos qué hubiera pasado.

Nicolás es el chófer. El primer día que entró en la casa, lo echó don Samuel a torear vacas y así lo enseñó a perder el miedo a los toros. Luego hablan de Samuel Francisco, el sobrino nieto de don Samuel:

—El amo lo quiere como hijo: Es un chaval que vale mucho. Con diez años tiene su rifle y es un buen cazador. Monta una mulita blanca, como un jinete veterano.

María de los Angeles, siete años y un primor de criatura, hija de los mayores, ha irrumpido en la cocina a que su madre le abroche el vestido, pues se acabó de levantar. Al oír hablar de Francisco Samuel exclama:

—¡Tira más bien!...

Salgo con la chiquilla de la mano. El sol empieza ya a dorar la mañana. María de los Angeles me sigue hablando:

—Francisco Samuel está ahora en Madrid estudiando en el colegio. Aquí también cuando está estudia mucho, el pobre, por la noche. Ve usted esos pavos reales, pues un día, Francisco Samuel... por poco se mata a uno sin querer. Tiró una piedra y ya ve, como tiene tanta fuerza, pues iba disparada.

Se ve que para la chicuela, Francisco Samuel es un héroe.

Pasa el caballista vestido a la andaluza, conduciendo sus puros. Las yeguas van con sus crías. Desde lejos, Pedrete, el pastor, grita:

—¿Ordeño ya la vaca?

Cientos de palomas cruzan la finca. Sus vuelos son tan raudos y bajos que instintivamente yo echo la cabeza atrás.

—¿Cuántas habrá?—pregunto.

—Unas quinientas. Había el doble, pero se vendieron el año pasado. Toda la parte de arriba de la casa de los señores es un gran palomar.

Una campana suena.

Es que la mayorala ya ha terminado de hacer las migas y llama para que vaya a desayunar toda la gente.

También María de los Angeles, pensando en las migas con tajada, echa a correr hacia la casa.

Me siento en un poyo de piedra que hay en la puerta de la plaza de las tientas, en donde campea la divisa de la ganadería. Unos minutos, y don Samuel está ante mí. Es un hombre de complexión fuerte y tostado por todos los aires. Tiene una mirada profunda

que parece calar a los hombres y las cosas. Viste traje gris, camisa verde, sin cuello ni corbata, y en su rostro recién afeitado se pueden apreciar unos minúsculos cortecillos. Su voz es casi dura cuando dice:

—¿Pero por qué razón voy yo a salir en EL ESPAÑOL? ¿Por qué me quieren ustedes entrevistarse si yo no he hecho nada? He dado la tierra de corazón, porque lo he considerado un deber, pero nada más. Esto no tiene mérito alguno. Además, me tengo que ir de viaje ahora mismo. Desayunaremos y la llevaré a usted a un pueblo comunicado; después yo continuaré a Peñascosa.

Entramos en la casa. Casa magnífica, señorial, a la cual dan prestancia los trofeos de caza. Cabezas de jabalíes, de venados, de lobos. Y luego toros de la ganadería, muertos con honra para la divisa.

Frente a frente, en una mesa junto a un balcón, que domina el paisaje impresionante, don Samuel y yo desayunamos. El día más que cuatro bizcochos mojados en agua.

—Ya me ha dicho el chófer donde vino usted.

—Sí, pero a última hora tuve miedo. Se averió el camión y sentí aullidos y pisadas por entre los matorrales.

—¡Si aquí no hay lobos! No hay ninguno. Solamente que la otra noche entraron tres aquí mismo, en la finca, y mataron en el corral doce ovejas. En ese camino por donde usted pasó anoche, maté hace unos días uno. Yo he matado ya nueve. Ve usted como anoche soñó. No hay lobos en esta sierra...

Y ríe cordialmente. Ya está el hielo roto. Y Samuel Flores y yo hablamos ya como dos viejos amigos. Me habla de sus sobrinos nietos que viven con él y son su mayor ilusión. Me enseña sus retratos y el de Nolly, la madre de los niños, montando con elegante atavío de amazona.

—Yo no me case, pero no soy un solterón egoísta. Vivo para mi familia, para llevarle sus asuntos, para protegerlos a todos. Mi hermana es viuda y la otra, Carmen, está muy enferma siempre. A los niños los adoro y ellos a mí. ¡Que sí es verdad que Francisco Samuel es buen cazador? Sí, estupendo. Debutó como montero el año pasado. Mírelo, aquí está en su mulita, al lado de Su Excelencia, el Generalísimo. Sí, en mi coto «Los Alarcones».

—¿La mejor escopeta?

—El conde de Teba. Teba mató en un puesteo nueve venados, aunque aquel día José Ramón Mora Figueroa mató diez. Una cosa extraordinaria, pues es muy difícil conseguir esto. Yo disfruto mucho en las monterías. Pero no las doy todos los años. He dado siete en quince años. Es que yo no gozo con destruir, sino con crear. Soy más feliz sabiendo que en mi coto tengo muchos venados con cuernos grandes, que matándolos. Es una manía, sabe. Míre esta cabeza. No hay cuernos como los de mis venados en toda España.

—Y la característica de su ganadería ¿cuál es?

—Pues la nobleza y los cuernos grandes también, como los de



En «El Palomar» se ha celebrado una tiesta. Después veintitrés maletillas de Albacete que sueñan con ser toreros se reúnen en torno al ganadero y su sobrino, Francisco Samuel

mis venados. Los toros en mí es todavía una manía más grande que la de la caza. Los toros me quitan el sueño. Gracias a que mi corrida de Madrid de las fiestas de San Isidro ha sido un éxito; si me hubiera salido mal, me cuesta una enfermedad.

Don Samuel habla con la vitalidad y entusiasmo de un hombre de cincuenta años. Me muestra el vestíbulo. Tres cabezas de toro lo adornan. Míre; me las diseña Benedicto, y Chaves también algunas. Este es «Cucharito», lo mató Manolete, en Hellín, en 1945.

—¿Torero que se le pueda comparar a Manolète?

Don Samuel se vuelve y la emoción le cruza los ojos. Hace una breve pausa antes de contestar. Después, dice:

—Manolète sólo hubo uno.

—¿Y ahora cuál es el mejor?

—Chicuelo, siempre Chicuelo.

Tiene un valor extraordinario. —¿Más que Ortega y más que Belmonte en sus tiempos?

—Más. Es el único que podría llegarle a Manolète. Se echa encima de los cuernos de los toros. Es una cosa tremenda. Y eso que ahora ya no hay afeitados. Conmigo ha estado en «Los Alarcones» tentando.



A los nueve años Francisco Samuel debutó como montero. Aquí le vemos muy serio e incluso a lomos de su mulilla blanca

También estaban Pedrés y muchos maletillas. A mí me gusta ayudar a los maletillas. Siempre tienen estas las puertas de mis tientas abiertas. En «Los Alarcones» la admiración de estos muchachos era un «Cadillac» azul que se ha comprado Chicuelo ahora. Y él les dijo un día: «Mirad, ese coche que tanto os gusta está en las puntas de los cuernos de los toros. Todos podréis tenerlo algún día si os tiráis «pa adelante», sin miedos».

—¿Y a Luis Miguel cómo lo ve usted?

—Es un torero de muchos recorridos y ha dominado a los toros. También Ortega es un torero de recorridos. Para mí ahora Albacete está creando su escuela taurina; con el valor de Chicuelo y el arte de Pedrés.

—¿Descubrió usted algún torero?

—Sí, a Chicuelo, precisamente.

—¿Y ahora en quién va usted a descubrir un torero?

—Pues sí, lo hay. Estoy descubriendo dos estos días. Uno es Gómez Cabañero; el otro, Pedro Heredia, primo de Nicolás, mi chófer.

Don Samuel fuma incansablemente «ideales». Por todas partes se decía que lo que fumaba era un tabaco verde que sólo él cultivaba. Me sigue enseñando cabezas de toros:

—Míre, éste es «Lapicero». Lo mató Parrita, en Valladolid en 1948. En mi casa de Madrid, tengo también a «Chocolaterito», que lo mató Luis Miguel Dominguín, en Zaragoza en 1952.

Salimos al jardín:

—Todas estas macetas son de mis hermanas. Les gustan tanto las flores que se llevan un disgusto si se les estropean. Se las dejan encargadas a la mayorala cuando ellas están en Madrid. Tienen que estar allí ahora, por el colegio de los niños. Francisco Samuel va al colegio de Maravillas. María del Carmen, a la Asunción. Agustín, el pequeño, tiene profesor en casa. Francisco Samuel es muy bueno y me quiere con locura. El otro día le dije a un amigo que él quería que le llamasen Samuel sólo, para ser como su tío abuelo que tanto se preocupaba de ellos. María del Carmen es una niña muy humilde y vergonzosa. Verá: Siempre me estaba hablando de una ami-

guita suya del colegio que se sentaba al lado de ella. Yo le decía: ¿y qué es su padre? Pregúntale qué es su padre. Ella me reconvinó: «Qué ocurrencia, tío, a mí me da vergüenza preguntarle eso». Al fin, después de muchos meses me dijo un día: «Ya me lo ha dicho. Su padre es Ministro». Pregúntale que Ministro de qué, le dije yo. Pero eso sí que no ha habido manera de que lo haga. Yo me paso los grandes ratos con los niños. ¿Y ha visto usted a María de los Angeles? Es una niña fina, ¿verdad?

Estoy asombrada:

El perfil humano del ganadero es un mundo de ternura.

Le recuerdo su viaje urgente.

El sonríe paternalmente. Ya hay que dejarlo hasta la tarde. Nos iremos después de comer. Tenía que estar usted cansada. Venga ahora a ver la plaza de las tientas. Mire, allí son las cercas de los toros. Y allí están los jabalíes. Los he echado con los cerdos y se han domesticado. Comen a veces en la mano de los gañanes, o de Francisco Samuel. Uno tan sólo se me ha escapado al monte.

Y se entusiasma al hablar de todo esto con la ilusión de la juventud.

—¿Dónde le gusta más estar?

Y hay el gesto y el ademán, casi más confidencial que las mismas palabras:

—Aquí. Me gustaría estar siempre en el campo. A Madrid tengo que ir a mis negocios. En Peñascosa paso tres meses en verano.

—¿Me han dicho que usted también dió tierras en Peñascosa?

—Sí, al terminar la guerra parcelé tierras de regadío.

—¿Y esa donación que hizo al Cardenal Primado, en qué consistía?

—Yo quería que se pusiera en Peñascosa un Seminario de verano. Y le di al señor Cardenal para este fin una manzana de casas y dos huertas. Me gustaría que fuesen pronto ya los chicos a veranear.

Pasa por nuestro lado María de los Angeles y don Samuel la llama:

—Oye, hoy no te puedo dar lección porque me voy. ¿Te dió ayer María el rosco por haberte sabido bien la lección?

Y luego se vuelve a mí:

—Ayer le tomé el Catón y se lo sabía estupendamente. Es una niña muy inteligente. Y además, es muy observadora. Habla poco y mira atentamente siempre. Hablar mucho es una fatalidad. Yo admiro a mis amigos que saben callar. Yo hablo mucho, ve usted cuánto hablo, no lo puedo remediar.

Constantemente salpica este hombre la conversación con giros de humor. Nunca se sabe cuándo habla en serio. Ahora se ríe de mí despiste:

—De modo que usted cuando llegó a La Mancha se creyó que me encontraría en Montiel. En Montiel, don Pedro el Cruel, yo no. Nunca he vivido allí. La casa del «Coto Camilo», es sólo para los criados.

—Se dice que cuando usted trae aquí, o a «Los Alarcones» a los

torerillos les suéle dar la novatada. Me han contado lo del «gamusino».

La faz de don Samuel Flores se ensombrece:

—Eso lo hicieron los mayores sin que yo me enterara. Me llevé un disgusto grandísimo y yo no sabía que hacer con el pobre muchacho para desagrarle. Un muchacho vasco, al que no conocíamos nos escribió diciéndonos si podía venir a probarse en una tienta. Le contesté que viniera cuando quisiera, y vino ilusionado. Pero no había torero en él. Mis mayores quisieron embromarlo y le hablaron de que existía en esta finca un animal fabuloso que se llamaba «gamusino» y que era muy difícil de cazar. Le tuvieron todo el día de puesto y a la noche le dijeron: Tira hacia allí, tira que allí está». El chico disparó en la oscuridad y los otros se precipitaron dando gritos de alegría y diciendo que el «gamusino» había caído, aunque no estaba muerto, sino malherido. Por tanto, le dijeron que había que traerlo a la finca metido en un saco. El chico nada veía en la oscuridad, de lo que hacían los mayores. Le metieron en el saco una piedra enorme y él creyó que allí iba el «gamusino». Les costó la burla una buena reprimenda a mis hombres. Yo a quien me gustaba embromar es a los toreros de pesetas. A esos sí; son felices, han triunfado y no me importa hacerles una pasada. Pero a los pequeños, no. A dos de muchas pesetas, hace poco que los tuve casi toda la noche metidos en un puesto esperando que le echásemos el ojo. Y nosotros mientras, nos habíamos venido a la finca. Cuando comprendimos que estarían ya muy desesperados, entonces fuimos a por ellos.

—El abolengo ganadero de su familia, ¿de cuándo data?

—De 1814. En 1865 se lidió en la plaza de Madrid una corrida de mi bisabuelo, don Agustín Flores. En 1928, en Madrid también fué lidiada nuestra primera corrida, ya con el nombre de Samuel Hermanos. Por cierto que al toro «Pies de Liebre», le fué dada la vuelta al ruedo.

—¿Alguna cornada por sus dehesas?

—Sí dos: a los veinticinco y a los veintiocho años.



Fernando A. Asua y su familia. Fernando es el jefe de los colonos de «Coto de Camilo», la finca parcelada por Samuel Flores

—¿Graves?

—Sí, pero más la última.

Ahora encontramos a José Joaquín, el mayordomo. Viene acompañado de Juan Ramón, el mayordomo del «Coto Camilo». En esta comarca todos tienen nombre compuesto.

Don Samuel habla al recién llegado:

—Mira, Juan Ramón, te he hecho venir porque yo había dado mi palabra a José Joaquín de que le daría ahora unos días de permiso. Así que tú vente aquí mientras él se va. El «Coto Camilo» puede estar sin mayordomo. Esto no, porque aquí hay más trajín.

Don Samuel les habla con sencillez y cariño; ellos igual, aunque con respeto. Cuando se van, el ganadero dice:

—Son para mí como familia. Es natural, casi todos están con nosotros varias generaciones. Sus abuelos sirvieron a mis padres. Y sus padres a los míos y a mí. Estos se han hecho hombres en la casa. Usted ve Juan Ramón lo pulido en el vestir y lo educado que es; pues era un pastorcillo. Pero vi que había materia en él y lo educué para mayordomo.

Y después la preocupación cordial.

—Voy a ver lo que María nos está preparando para comer.

María es la cocinera. También está Lola, la doncella. Con ellas viaja siempre don Samuel de una casa a otra. Ellas también han estado estos días en «Los Alarcones».

En la comida, don Samuel no bebe vino.

—No bebo nunca. Fumar, sí; sin parar. Y después de comer, siempre un puro.

A los postres un último dato:

—Sí, yo llevo con los criados el sistema de la tercera parte. Los que están aquí solos, sin que vivan sus familias, ya saben que tienen el pan seguro para ellos. Les doy la tercera parte del trigo que se recoge.

—Y cuando va a Madrid, ¿qué distracciones tiene?

—Siempre estoy en Riesgo o en La Tropical en mis tratos y negocios. Tenemos tertulia de ganaderos.

—¿No va a espectáculos?

—El cine no me gusta nada. El teatro bueno sí, y también me gusta el folklore fino.

—¿Antonio?

—Mucho.

—¿Y Escudero?

—Menos. Aunque dicen que es flamenco puro.

—Le hubiera gustado ser torero. Sus criados me han dicho que torea usted con más estilo que nadie.

El ganadero ríe.

—Eso son exageraciones de ellos por el cariño que me tienen. Pues sí, me hubiera gustado ser torero. Ahora que tal vez no hubiera tenido el valor suficiente.

Y esto lo dice un hombre que siempre está metido entre los toros de sus dehesas y que los mira como perrillos falderos.

A las cuatro de la tarde emprendemos el viaje. Ante el coche se levantan las perdices, y las liebres huyen veloces. «El Palomar» queda atrás envuelto en una luz cegadora.

Blanca ESPINAR
(Enviada especial)

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

YUGOSLAVIA: PROXIMA ETAPA DE LA "CR"



Tito, en el momento de desembarcar en Rijeka, después de su viaje por la India, Birmania y Egipto, es recibido por su esposa

EL día 7 de noviembre del año pasado, el Gobierno soviético celebró el XXXVII aniversario de la Revolución con una gran recepción diplomática, a la que asistieron 2.000 invitados. La fiesta, se celebró en el Salón de San Jorge, en el Kremlin, y a los postres del banquete brindaron, copa de vodka en alto, haciendo solemnes votos amistosos, Molotov, Bulganin, Kruschef, por el lado ruso, y «Chip» Bohlen (embajador americano) y Joxe (francés), por otro. El embajador Bohlen, contestando al ministro soviético de Asuntos Exteriores, dijo que desearía tener por huésped, en Washington, cuanto antes, a Molotov. Y sin embargo, cuando levantó la copa estaba hondamente preocupado. Al salir de su casa para el Kremlin, un telegrama le anunciaba que los rusos acababan de derribar un avión norteamericano en las costas del norte del Japón. No faltó en el Congreso, en Washington, quien criticase duramente al embajador Bohlen, por su actitud excesivamente conciliadora. El, se disculpó diciendo que cuando había recibido la noticia de la nueva agresión soviética, no provocada, era ya demasiado tarde para suspender su asistencia a la fiesta.

Aquella recepción, bien puede calificarse de histórica. Fué de ella de donde salió el «New-Look»

UNA FIESTA EN EL KREMLIN FUE EL PUNTO DE PARTIDA DEL NUEVO IDILIO ENTRE TITO Y MOSCÚ

ruso, en política exterior, a que ahora estamos asistiendo.

Un cronista del «Paris-Press», que asistió a ella, nos informó detalladamente de todo lo que había ocurrido aquella noche. Y hacia el final de su crónica, había un párrafo que a nosotros—como a todo el mundo, suponemos—, nos dió mucho que pensar. El párrafo en cuestión, decía así: «Durante este tiempo, Kruschef estuvo absorbido por el embajador yugoslavo Viditch, en una conversación que parecía apasionar a ambos: Su entrevista duró una hora».

¿De qué hablaron Kruschef—al que después se sumó Bulganin—y Viditch, durante una larga hora?

CUANDO «PRAVDA» LE LLAMO «CERDO» A TITO
Naturalmente, lo ignoramos.

Pero casi podemos afirmar, sin vacilaciones, que de aquella un poco furtiva conversación, nació la idea del viaje de Bulganin y Kruschef a Yugoslavia. Sabemos también que en vísperas de la



Nehru conversa con el dictador yugoslavo en Nueva Delhi

"RACION NEUTRALIDAD"

A VISITA DE BULGANIN KRUSCHEF A BELGRADO, UNION DE FAMILIA UN TRANCE DE CONCILIACION



Stalin, que en
octubre visitará
Belgrado



Tocado con un turbante y un collar de flores, el dictador rojo visitó como «manso cordero» varios centros docentes de Nueva Delhi

caída—por ahora incruenta—de Malenkov, el mismo Viditch fue llamado de nuevo a conversar con sus interlocutores del 7 de noviembre. Bulganin y Kruschef, los cuales le sondearon en el sentido de cuál sería la actitud de Tito si ambos magnates soviéticos proyectasen una visita a Belgrado. La exploración, debió dar buenos resultados, porque efectivamente Tito ha dado el visto bueno a este viaje, anunciando públicamente que ello contribuiría a aflojar las tensiones internacionales y a favorecer una atmósfera de coexistencia. Si la cosa ha tardado tanto tiempo en madurar—desde noviembre de 1954 hasta mayo de 1955—, es porque Tito tenía comprometido un viaje a la India, donde le sorprendió el escándalo Milovan-Djilas, del que hablamos aquí en su día, mientras cazaba fieras en la jungla, y porque, a su vez, los rusos—especialmente Bulganin y Kruschef—tenían que desembarazarse antes de Malenkov y realizar la maniobra de gran estilo del tratado de Belvedere, con Austria.

Vamos a asistir, ahora, pues, a la liquidación de uno de los episodios más espectaculares de esta posguerra: El cisma del Kominform, en 1948, cuando Tito rompió con la Unión Soviética y Yugoslavia fue «defenestrada» del bloque kominformista, con gran aparato de denuestos y amenazas.

Vamos a refrescar sumariamente la memoria del lector sobre este acontecimiento.

A principios de ese año de 1948, comenzó a circular entre Moscú

y Belgrado una correspondencia llena de reproches mutuos. El Comité Central del partido bolchevique ruso, acusaba al Comité Central del partido comunista yugoslavo: a), de desviacionismo doctrinal, consistente en postergar la colectivización de la agricultura, en compartir el poder con un Frente Popular que mermaba la

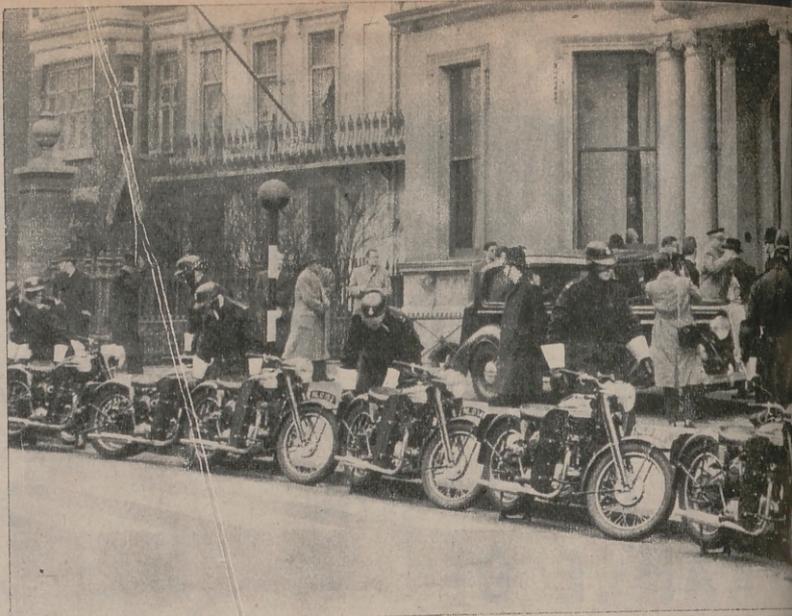
autoridad comunista, y en espiar y dar mal trato a las misiones militares y económicas soviéticas que se encontraban en Belgrado y b) de hacer una política exterior inamistosa con la Unión Soviética.

Tito y los suyos negaron enérgicamente todos estos hechos, y contraatacaron arguyendo que dentro del bloque comunista, Yugoslavia era condenada a desempeñar un papel de nación semi-colonial, perjudicando Rusia. Con esta política, la evolución económica del país. El tono de las cartas cruzadas entre ambos Comités Centrales, fué agrandándose cada vez más, y de los reproches se pasó a las intemperancias, como cuando Moscú recordó con insolencia a Tito, que gracias al Ejército rojo él y los suyos se habían hecho unos hombreritos.

Cuando la crisis estalló, por fin, el P. C. yugoslavo fué llamado a capitular por el Kominform, en Bucarest, para que se defendiese de los cargos que contra él hacía Rusia. Tito se negó a defenderse, y entonces, el 28 de junio de 1948, llegó la excomunión. El hombre que un día había sido llamado «hijo bienamado» por Stalin, se convirtió automáticamente, con ese brusco cambio de adjetivos a que nos tienen acostumbrados los comunistas, en «espiá imperialista», «traidor al pueblo», «ambicioso reptil» y demás florituras al uso en el vocabulario de «Pravda».

La «excomunión» del Kominform, iba dirigida sobre todo contra Tito, y sus dos amigos hoy en desgracia: Milovan y Djilas. Entraba también en el saco el Fouché del dictador yugoslavo, el temible Rankovitch.

Los años que siguieron, fueron muy duros para Josip Broz (a) Tito: Tuvo que cerrar las fronteras de su país, pegadas a los satélites rojos; tuvo que depurar al partido de prosoviéticos; tuvo que aguantar un bloqueo económico severísimo por parte de las Repúblicas Populares, y finalmente, tuvo que pedir árnica a las nacio-



En Londres se tomaron extraordinarias medidas de seguridad con motivo de la visita del mariscal Tito. Aquí le vemos a una su llegada a la Embajada yugoslava escoltado de un grupo de policías motorizado

nes occidentales, especialmente a Inglaterra y los Estados Unidos, que acudieron en su socorro. Yugoslavia, ha recibido en total, de estos últimos, unos mil millones de dólares.

Tito, a pesar de todo, no capituló como tal comunista. Proclamó siempre y proclama ahora que sigue siéndolo de todo corazón, y que en la lucha entre Oriente y Occidente su posición es de estricta neutralidad. Le aleja de Rusia el deseo de mantener la independencia de Yugoslavia, y de las llamadas potencias capitalistas, su credo político.

Por extraño que parezca, Tito fué aceptado tal y como es, hasta el extremo de que fué recibido en Buckingham Palace por la Reina Isabel II de Inglaterra, y visitado en su palacio de Belgrado o de Brioni por personajes tan conspicuos como Anthony Eden y lord Louis Mountbatten.

LA NEUTRALIZACION DE YUGOSLAVIA

La política internacional yugoslava, dirigida por Alex Bebler

—que resultó herido de gravedad en Sigüenza cuando en nuestra guerra de Liberación combatía en una Brigada Internacional—, ha tenido, en todos estos años una extraordinaria ambigüedad, sólo interrumpida por la firma, hace unos meses, del pacto Balcánico —Yugoslavia - Grecia - Turquía—. ¿Cuál va a ser la línea que seguirá en adelante?

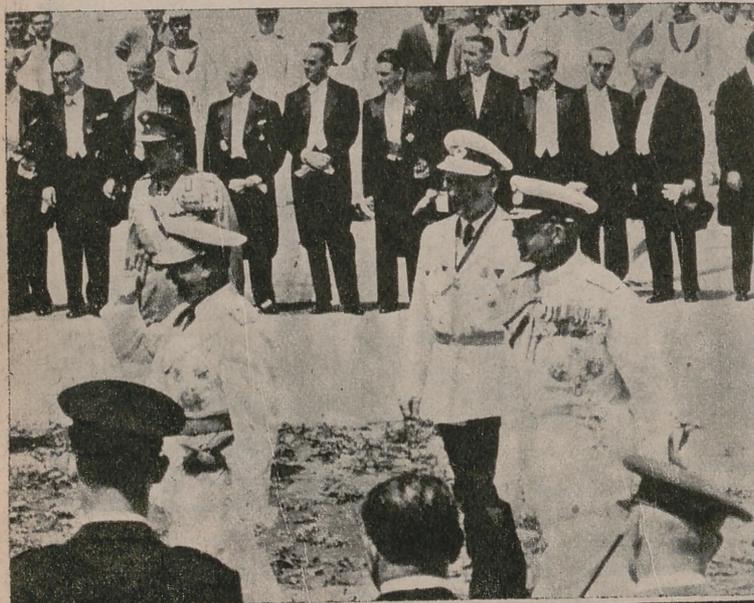
Examinemos los propósitos de Rusia al organizar este inesperado «ir a Canosa» (es decir, a Belgrado).

Aludiendo a este viaje, «Pravda», la misma «Pravda» que en años anteriores no podía mencionar a Tito sin colgarle al cuello el calificativo de «cerdo» o de «serpiente», anunciaba así la nueva era en las relaciones rusoyugoslavas: «La interrupción, durante muchos años, de las relaciones normales entre la U. R. S. S. y Yugoslavia, sólo ha beneficiado a los enemigos de la paz». Un poco más adelante añadía que Yugoslavia lucha simultáneamente con Rusia «en interés de la clase obrera mundial».

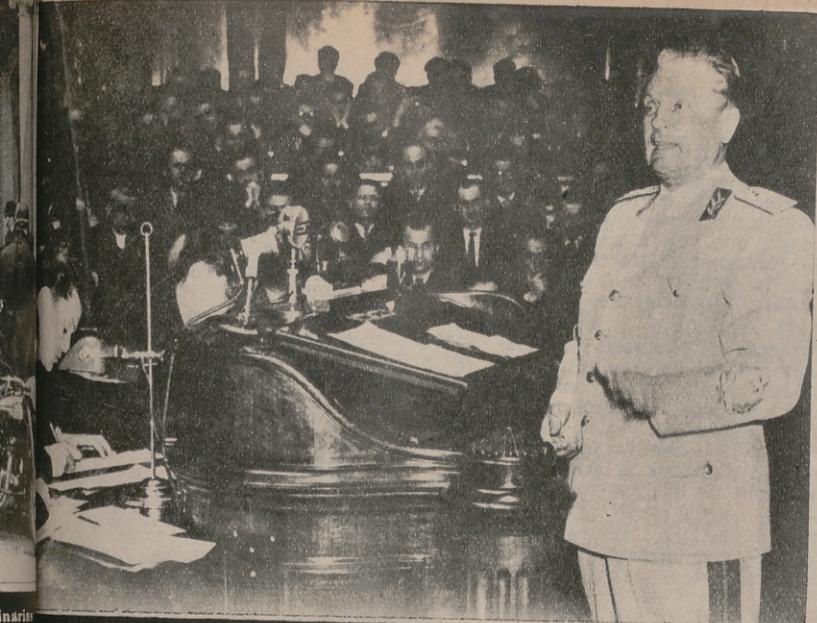
Naturalmente, Tito ha dejado de ser un «cerdo» o una «serpiente» para metamorfosearse otra vez en un «muy amado hijo de la Unión Soviética».

Lo que no dice «Pravda» es quién fué el culpable de esa interrupción de años en las relaciones normales entre Moscú y Belgrado, en beneficio de los belicistas. Y no lo dice porque el «culpable», el que llevó el peso de las acusaciones contra Tito en el seno del Comité Central del P. C. ruso y del Kominform fué, además del fallecido Stalin, nada menos que el ministro de Asuntos Exteriores de la U. R. S. S., Viacheslav Molotov.

Esta es la razón por la que Molotov no va a Belgrado. Su presencia al lado de Tito, copa en alto, sería un refrescante demasiado poderoso para la sensible memoria de los yugoslavos. En lugar de Molotov, acompañará a Bulganin-Kruschef, además de Mikoyan, ministro de Comercio, Gromyko, en representación del Ministerio de Asuntos Exteriores.



A bordo de su yate Tito llega al puerto griego de Zea donde fué recibido por el Rey Pablo, que aparece detrás del dictador rojo y el Cuerpo diplomático acreditado en Atenas



El jefe yugoslavo, mariscal Tito, durante una intervención en el Parlamento, anunció su decidida actitud de permanecer neutral y no comprometer el país a ninguna fuerza extranjera. Los propósitos de Tito no son del todo malos...

No se trata, pues, meramente como se ha dicho por ahí, de una visita destinada a reparar las averías en las relaciones entre los P. C. ruso y yugoslavo, como parecía sugerir la ausencia de Molotov. En el fondo, hay mucho más que eso.

¿Y qué hay en el fondo? Muy sencillo: La «neutralización» de Yugoslavia entre el Este y el Oeste.

DOS INICIATIVAS ANTI-MOLOTOVISTAS

Ya saben ustedes en qué consiste eso de la «neutralización». Es el «New-Look» soviético; una nueva «política de movimiento»—frase patentada por el francés Massigli—enderezada a crear en Europa un cinturón de naciones neutrales, colocadas como en un almohadón entre el Este y el Oeste. La primera parte de este plan ya se ha realizado: Se llama «Tratado de Belvedere», con Austria. La segunda fase, es sin duda Yugoslaviana; la última y definitiva, sería Alemania, donde por ahora, las uvas están verdes.

Que Rusia está dispuesta a llevar adelante este plan aún a precio muy elevado lo demuestra su inesperada tolerancia con Austria, a la que ha consentido recuperar su independencia, a cambio de su neutralización. Y como Rusia no hace absolutamente nada a numo de pajas, hemos de preguntarnos cuál ha sido la razón que le indujo a ceder en Viena y a elaborar un plan de neutralizaciones en cadena.

Creemos que la explicación la ha dado el Caudillo recientemente: La Unión Soviética está atravesando una grave crisis interna. Crisis económica, derivada de la situación de la agricultura, y crisis política, derivada de la inestabilidad, de la provisionalidad de los hombres que se encuentran hoy «en la cima de la resbaladiza cuecaña», al no haberse saldado el pleito sucesorio de Stalin.

Ahora mismo, según varios calificadores observadores occidentales, esa disputa por el poder se concentra sobre la personalidad

de Molotov. Al parecer, el ministro de Asuntos Exteriores no está de acuerdo con el que hemos dado en llamar «New-Look» soviético. Formado en la escuela «dura» staliniana, el viejo Viacheslav se siente postergado y desautorizado. En efecto, fué él quien ya en 1945 puso las bases de la conducta seguida por Rusia en estos últimos diez años con Austria—«existía todavía el peligro de un nuevo «Anschluss» y de un resurgimiento del nazismo, decía en medio de la estupefacción general—, y fué también él quien en 1948 llevó a la hoguera, en efígie, la imagen del Tito desviacionista.

Ahora, por inducción de Bulganin y Kruschef, se concede la independencia a Austria y se pasa por la oportunista humillación de acudir a Belgrado. Ambas iniciativas, no hay duda de que son «antimolotovistas».

UN ALMOHADON ENTRE LAS BAYONETAS

Sí; la debilidad interna del régimen soviético, explica esta dulcificación cara al exterior. Y lo

que están tratando de conseguir ahora los rusos es sacar fortaleza y provecho de su propia debilidad. La neutralización de una ancha faja de territorio europeo tendría para Moscú las siguientes ventajas: Crear delante de sus vanguardias y de las defensas del Occidente europeo, un vacío militar fácilmente digerible en un «Blitz» del Ejército rojo; impedir que el rearme alemán dentro del sistema de la N. A. T. O., y, finalmente, anestesiar dolorosos—y peligrosos—puntos de fricción con los occidentales, como por ejemplo, Alemania.

A Rusia no le conviene la guerra; no le conviene por lo menos hasta que le haya pasado la grave crisis interna a que antes aludíamos. Y la mejor manera de alejar ese peligro, es poner un almohadón neutral entre el telón de acero y el Occidente.

Quedamos, pues, en que el desplazamiento de Bulganin y Kruschef a Belgrado va tras la neutralización de Yugoslavia. ¿Cuál es la opinión de Tito a este respecto?

Como de costumbre, ambigua, Tito está «atado» al Pacto Balcánico, con Grecia y Turquía, países ambos que pertenecen a la N. A. T. O. Este Pacto, es, en la intención de Atenas y Ankara, militar. En la intención de Belgrado es, sobre todo, cultural y económico.

Recientemente, estuvo de visita oficial en Belgrado el primer ministro turco Menderes. Según la revista «Time», Menderes trató por todos los medios de persuadir a Tito de que abandonase sus belenos de coexistencia pacífica, ressaltando a sus ojos el valor militar del Pacto Balcánico. «En una serie de banquetes—prosigue «Time»—sus interlocutores (los de Menderes), escucharon respetuosamente, hicieron protesta de profunda amistad, pero se comportaron como si el Pacto Balcánico fuese primariamente cultural y económico, dando a entender que



Con motivo de su sesenta y un aniversario, Tito reunió en una alegre fiesta burguesa a sus amigos y colaboradores. Acompañado de su esposa aparece aquí con el vicepresidente del Consejo de ministros y señora

CARTAS DESDE EL SUR DE FRANCIA



Los pueblos del Alto Pirineo francés tienen su característica arquitectural. He ahí la iglesia de Baudean. Abajo: Superbagnères, estación mundial del esquí

COSTUMBRES ESPAÑOLAS EN EL PIRINEO ARAGONES DEL OTRO LADO DE LA FRONTERA

ENTRE Toulouse y Tarbes median unos 160 kilómetros. Por carretera, el tramo es aburrido. Los llanos de la Haute Garonne son monótonos. Lo mejor de ese viaje es la carretera. Un buen amigo mío me acomodó en su coche y me hizo sentir la estúpida emoción de marcar 120, y 130, y más kilómetros a la hora. El amigo fumaba y hablaba por los codos; y yo le tuve que dar siempre la razón. No entiendo qué consiguen los franceses bombardeando así las carreteras. Tenga usted en cuenta que esas carreteras—con ser tan repulidas, y pese a estar destinadas a estimular el acelerador—tienen un poste de gasolina a cada dos por tres, un estupendo poste con bar anexo donde se puede mitigar, también, la sed del chófer. Los minutos ganados al volante se pierden ante un letrerito de la serie «BYRRH». Francia es un gran país, un país con sed.

LOS CUATRO VALLES DEL BIGORRE

He recorrido—uno a uno—los cuatro valles del país del Bigorre: el valle de Bagnères, el del Aure, el de Argéles-Gazost y el de la propia comarca tarbesa—muy llano, muy brillante—en el que se crían caballos y aviones y hasta algunos aviones de esos que echan humo por la cola. No sé si me cabrá explicarle a usted, en la carta presente, algunas experiencias personales vividas durante estos cortos viajes. Le diré, en todo caso, que la comarca bigordense me ha parecido formidable, de enorme calidad turística. Conforme uno se adentra hacia el macizo pirenaico (y el termómetro baja y asoman los pebilitos de techo pizarroso), descubre una comarca cansada y fina, una comarca de

BREVE HISTORIA DE UN CASANOVA ESPAÑOL EN LA CIUDAD DE TARBES

pastores ligeramente «maños» en francés, secos, altos, membrudos, de rostro descarnado y ojos pequeños, sólidos. Esa comarca está literalmente crecida sobre el agua. Hay agua en todas partes. Creo que en Bagnères de Bigorre se explotan sesenta y pico de fuentes sulfurosas. Hay agua, y nieve, y sol, y flores, y una atmósfera alada, sin fatiga. Los valles bigordenses se abren en las vertientes de los cortes geológicos y a la vera de ríos y en los regazos de los «paturages». Esto es país de praderas y de ganado. Cientos, miles de vacas color crema (pequeñas, movedizas, que, de lejos, vistas sobre los tramos verdes, parecen suaves manchas de

azafrán) se mueven por aquí—por estos valles—entre bosques de abetos, entre cúpulas blandas de abedules y hoscas, vastos hayedos. La nieve de los «püys» se despeina hacia abajo, derramándose en flecos, como si fuese nieve de costurería.

VIDA DE BALNEARIO

Los cuatro valles viven de muchas cosas, incluso del turismo, pese a que en sus hoteles—por regla general—no les pegan leñazos a los clientes. En invierno, cualquiera de estos pueblos se convierte en estación de esquí. En verano, los enfermos de eso que se llama neurosis, se lavan, y se duchan, y se bañan, y miti-



gan su sed en las aguas termales. Dicen que esas aguas termales tienen mucho prestigio. También son prestigiosos los enfermos. Parece que la plana mayor de los enfermos distinguidos—la «crème» de los neuróticos parisienses—se da cita en Bagnères de Bigorre—la capital del agua pirenaica—para dejarse humedecer durante la última quincena de verano. De mayo a octubre esto viene a ser una ininterrumpida peregrinación de gente enferma de los nervios. A esas personas se les recibe bien, se les da cama, y comida, y recreo, y lo demás. Lo demás—agua aparte—consiste en no dejarles descansar más que a sorbitos. En cada pueblo hay un casino con «dancing», y ruleta, y «baccará», y parrilla, y golf en miniatura, y tenis, y lo que usted pida. Los enfermos turistas que vienen a esos valles sólo hacen turismo durante sus dos viajes: el de ida y el de regreso. Cuando están instalados, viven en una especie de civilización de chiclé—amasada, aromática y artificial—con excursiones a tanto la hora y tipismo subvencionado. De día se les tolera alguna intemperancia en el vestir. Y lo agraden...

TARBES, LA CAPITAL

Tarbes no es una gran ciudad, ni una ciudad interesante. Nudo de enlace de tres rutas nacionales francesas es, además, la base inevitable de donde parten todas las excursiones hacia los picos y los valles de los llamados Hautes Pyrénées. Para ir al Tourmalet, al Aubisque, al Aspin—entre otras crestas conocidas—se pasa por aquí. Se pasa por aquí para ir al prodigioso Cirque de Gavarnie—el más bello rincón del Pirineo francés—y para trasladarse a los pueblos productores de nieve deportiva—como Baréges, Saint-Sauveur, Luz, Gédre—y, además, para ir a Lourdes. Lourdes cae a unos 20 kilómetros. Durante el día hay cientos de autobuses en camino, de una ciudad a otra.

Le escribo desde una catapultita. En esta misma catapultita, desde donde se envían cientos y miles—millones—de peregrinos, de turistas, de enfermos sobre los grandes centros de atracción de la zona, el Syndicat d'Initiative se esfuerza en demostrar que existen cosas de interés. Creo que no hay motivo para ello. Tarbes es una ciudad industrial, anodina, con unos cuantos edificios públicos y una catedral visigótica y un par de monumentos de segundo orden. A eso hay que añadir la circunstancia de que el mariscal Foch y el novelista Téophile Gautier nacieron en el término. Después—después de alabar esto—el localismo bigordense

alaba la belleza del gran jardín Massey, regalo de un señor que se ganó muy bien la vida cuidando los jardines de Versalles. Resido en un hotel situado frente a la entrada principal de ese jardín. Por boca de la dueña del hotel—una señora vasca, cuyo apellido es muy difícil y termina en «orri», me entero de que tiene 18 hectáreas de extensión. El jardín—acabo ahora mismo de visitarlo—es bonito, cuidado, variadísimo. Me gustaría ser botánico para aburrirles explicando la cantidad de maravillas que contiene. En su centro hay un museo de pintura y escultura con obras de segundo orden. Me ha llamado la atención una sala especial dedicada a pintores de extracción comarcal. Son muy buenos. He visto, en un antiguo lienzo, la figura de uno de los famosos condes de Bigorre. Los condes de Bigorre fueron el no va más del feudalismo mineral. Sostuvieron querellas infernales, larguísimo, oscuras y ridículas contra los monarcas franceses. Parece que fueron gente muy terca, empeñada en hacerse respetar. Además, como buenos pirenaicos, los jefes de la casa se pasaban la vida pleiteando, y casándose, y aliándose. Creo que uno de los pleitos más absurdos que sostuvo la casa de Bigorre contra el Rey de París duró trescientos años o algo más. Cedido el feudo a los ingleses por causa del Tratado de Brétigny, los reyes de Inglaterra les dieron la razón a los tarbenses. La razón consistía en los derechos de pastoreo sobre un pequeño valle... Esos tremendos tipos hicieron mucho bien a la comarca. Fueron tozudos, fuertes y emplearon grandes medios para lograr pequeños fines. Pero marcharon hacia adelante, a su manera. Esos condes tenían sangre navarra y sangre aragonesa. En el castillo de Odos, a unos 5 kilómetros, descansan los restos mortales de Margarita de Navarra.

IDIOSINCRASIA

Todo el país, en su esencia, es navarro, y aragonés, y un poco vasco. Los franceses de las comarcas colindantes dicen, en broma, que el «bigorrismo» existe aún. El hombre de aquí—el de la montaña—es un tipazo independiente, solitario, absurdo, apegado a viejas tradiciones, trabajador. El pastor—he conocido en estos días a un sinfín de pastores trashumantes—se siente muy poco francés. Tampoco se siente español, digamos la verdad. El pastor de los Hautes Pyrénées se siente feudatario de su valle, sólo de su valle. La vida es dura en la alta montaña. Tan dura, tan aislacionista, que has-

ta el mismo valle se subdivide en cuatro «vicq»—algo así como el «quión» aragonés—, y a un por debajo de ese «vicq» está el «lloch», la pequeña agrupación de la agrupación minúscula. Cada valle tiene su sindicato, y cada sindicato cuida, como entidad civil, de los tremendos pleitos por el derecho a pasto, por el derecho a hatajo. Cuando la época feudal, esos valles solían levantarse contra su señor, en plan de degollina, para afirmar sus pobres pretensiones soberanas. Su gran preocupación era la de proteger los pastos de las zonas altas contra las infiltraciones de los habitantes de los valles vecinos. Una fuente perenne, un pedazo de pasto más o menos sabroso fueron motivo de enconadas luchas.

NEUTRALIDAD GARANTIZADA

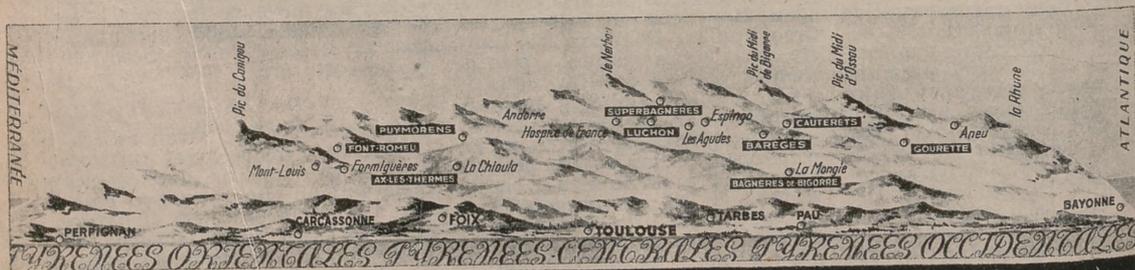
En la Historia, moderna hubo un momento en que estos valles se unieron por una sola vez con los del Pirineo oscense y los del Pirineo navarro, para pactar contra las guerras de los monarcas francos y españoles. Contra esas guerras, ellos—ante las necesidades de la trashumancia ganadera se garantizaron mutuamente la neutralidad. Así nacieron las «lies» y «passeries»—llamadas «faceries» en el Alto Aragón—, que eran acuerdos sobre los pastos y, esencialmente, treguas por los siglos de los siglos. Parece ser que luego las estipulaciones iniciales—nacidas del buen juicio—fueron reconocidas por la Comisión de los Pirineos franco-española.

La vida, en los rincones del Alto Pirineo francés es muy rudimentaria.

No se ha dado aún el gran paso, el paso gigantesco de las colectivizaciones, como en los Alpes porque el carácter de estas gentes es muy independiente. Negocios asombrosamente buenos como las marmolerías, vegetan en la anemia financiera a causa de dos males más antiguos aún que la casa condal hoy extinguida: el individualismo y la fachendería. Aquí, por causa de la lejanía geográfica y las dificultades de transporte, nunca ha podido prosperar, en general, el noble esfuerzo de la iniciativa privada.

RELACIONES ENTRE LOS HOMBRES DE AMBAS FRONTERAS

En todos los pueblitos de los Hautes Pyrénées—y en sus ciudades, claro—residen numerosos españoles antiguos residentes. La mayor parte de ellos son aragoneses. La mayor parte de esa mayor parte está compuesta por gente de Huesca. Pasaban antes

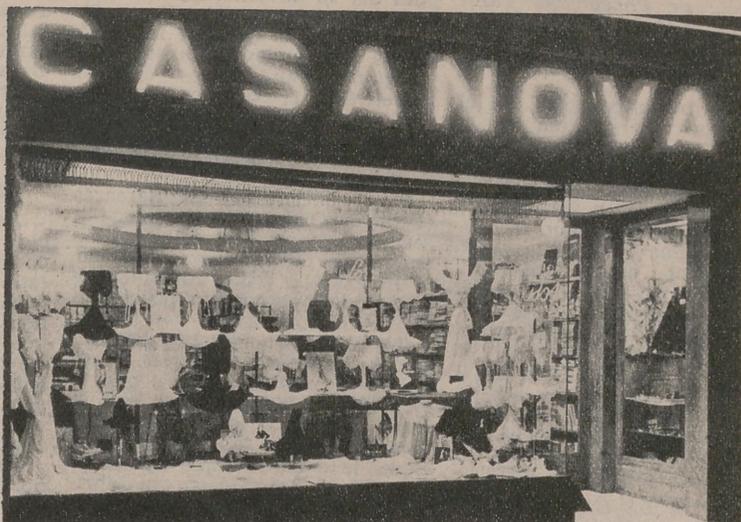


Detalle esquemático de los principales «puys» del Pirineo francés. En la base del gráfico figuran las ciudades desde las que se debe partir al iniciar las excursiones

La frontera sin pasaporte alguno y se casaban con alguna muchacha bigordesa, o se quedaban por las buenas. Los naturales del país emigran mucho: los vascos y bearneses se marchan a Burdeos; los souletianos y los bigordenses se buscan la salida hacia Toulouse; la gente del Ariège desciende al Rosellón.

Años atrás, en los períodos de cosecha, las gentes pirenaicas de ambos lados se ayudaban. Parece que los souletianos y los labourdinos iban a trabajar en la cosecha aragonesa; mucho antes de recolectar la propia. Los bigordenses van aún hoy a segar las praderas del Ebro, aunque su número decrece cada vez más. Tan sólo dos generaciones atrás, los habitantes de Azet, marchaban en gran mayoría, sistemáticamente, a Aragón, durante la época de la siega.

En cuanto a los pastores de ambas vertientes pirenaicas, no están de acuerdo con el trazado divisorio de fronteras. Creo que ese trazado ha sido rectificado ya seis veces en los últimos cien años. La transhumancia exige pastos. Los pastos se intercambian por mutuo interés. Van y vienen —en otoño y primavera— rebaños polifémicos de cabras, de carneros, de vacas. En la quietud umbrosa de los valles suenan los gritos del «patois», de ese dulce «patois» francoaragonés, catalán en la base y navarro en el giro. El paisaje se estira, se prolonga, para seguir las largas filas blancas de las reses; blancas, o color vino, o color de agua sucia... Queda, flotante, el polvo, teñido por el sol. El sol baña los «puys» de naranja y se pone por el lado de España. La vida, hacia lo alto de esos «puys», se aísla en multitud de finos ruidos, menudos, largos, transparentes. Allí, en la soledad, el oído se aguza hasta llegar a percibir la claridad del alma vegetal: el chascar de una rama seca; el chirrido



Detalle del escaparate de la tienda de César Casanova en Tarbes.—Abajo: El señor Casanova y su esposa, esquiando en las laderas de Barèges

VIDA ESPAÑOLA EN LA COMARCA

Cuando la retirada, los españoles naturales de Aragón buscaron la manera de residir en la comarca. Tarbes tiene cuarenta mil habitantes. Siete mil de ellos son españoles. De entre esos siete mil, hay quinientos antiguos residentes. En los pueblos de la comarca hay unos seis o siete mil compatriotas. En la montaña, dos o tres mil. No se pueden contar los españoles de la alta montaña —los pastores—, porque éstos van y vienen. Poseen un papelito de excepción, que les permite dibujar serpentinamente alrededor de la divisoria. A veces, se detienen a charlar con una pareja de guardías, y les invitan a comer queso y a fumar, aun pese a que el tabaco que se consume más en la demarcación es tabaco andorrano. Como el agua, el tabaco andorrano penetra en el Pirineo francés a flor de tierra...

He dicho antes que el llano tarbense es industrial. No rectifico. El grupito español vive agrupado en la calle de Martinet, y en sus alrededores, y tiene su café en L'Étoile.

rail. De día se puede ir a L'Étoile sin temor a que la clientela le escuse a uno de ser «agente provocador», o «espía franquista», porque la clientela —de día— está compuesta por los apolíticos, que son los más. De noche, en cambio, los apolíticos se mudan al café L'Ambience, propiedad del albaceteño Angel Rodríguez, o al alemán Café du Helder, en la plaza Verdún, porque L'Étoile, entonces, se llena de comunistas disfrazados. Los comunistas disfrazados se reúnen en «círculo de estudio», bonito modo de bautizar el juego de los dados.

Eso de «comunistas disfrazados» es una fea manera de referirse a la prohibición, a la clandestinidad en que se hallan los españoles amigos de Rusia desde que su partido fué disuelto. Oficialmente no existe en Francia un solo comunista español. Un policía francés, amigo mío, al hablarle yo de españoles comunistas, me cominó:

—Dígame dónde están, y les detengo...

Pero he dicho que el llano era industrial —lo he dicho ya tres veces—, y Moscú, en los sectores industriales, se defiende mejor que en otras partes.

Los residentes españoles trabajan casi todos como mecánicos. Los puede hallar usted también sobre las montañas de Lourdes —en las minas de plomo de Pierrefitte— y construyendo centrales eléctricas en los «puys», y trabajando como leñadores, en los bosques de Boucheron, durante nueve largos meses, de sol a sol, lo cual les permite ahorrar cuarenta mil francos al mes o más. La Compagnie Générale d'Électricité; la fábrica Alston, de industria pesada; la Compagnie Générale Electroceramique, en Basset, que es la mayor fábrica de aislantes radicada en Francia; la Chaudière Pyrénéenne; la fábrica de aviones Morane Soulligners, en Osun; el Atelier de Constructions de l'Etat (munición y material de guerra en general); los Etablissements Industriels Soulé, de Bagnères, empresa dedicada a la fabricación de «sleeping's», son centros industriales en donde la abundancia de mano de obra española —y de técnicos— es abrumadora.

También se pueden encontrar españoles en las minas de la zona pirenaica intermedia y, concreta-

En arrivant a Sellent
tus esprits cambiaient de saen-
[tiaemaent
de bede aquest munde
jamei ju nei vist nat semblant
sinouque a Betharram

En invierno estos picos están nevados. De vez en cuando pasa un guapo esquiador, un esquiador francés. El equipo le habrá costado una porrada de dinero. El esquiador no sabe que todo el Pirineo —el alma de ese Pirineo— está oculto debajo de la nieve.

la Société de Phosphates Tunicienne, en la española Peñarroya, Sociedad Minera y Metalúrgica, y en la Société Pyrénéenne Sylicomanganés.

Otro centro importante, en el sentido que nos interesa, es la Société Tharbése de Produits Chimiques. Hay, además, un contingente de aniauces y extremeños ocupados en la Société Pyrénéenne d'Etudes, que se ocupa de las obras públicas.

El español, aquí, vive muy bien; mejor, en general, que en Toulouse. Todos tienen sus ahorros. Algunos se han independizado. El caso más notable, en este aspecto, lo constituye César Casanova, un español de treinta y ocho años, dueño de unos grandes almacenes de modas, pasamanería y trapitos para uso de señoras. Les contaré su historia.

VIDA DE CESAR CASANOVA

En un número de la «Rue Brahauban», el señor César Casanova Gresa, natural de Aliaga (Teruel), de treinta y ocho años de edad, casado con la señora Ivette Viguette, natural de Burdeos, tiene un comercio de lo que se ha dicho antes. El señor Casanova es el exclusivista comarcal de Fath, Rochas, Jean Desseys, Magyruff y Schiaparelli, modistos de París. En cositas y chismes de señora entiende un rato. Cuida él de la caja y de dar la razón a las clientas. Doce bonitas y esmeradas dependientas, doce y cuatro en un taller aparte—le ayudan. Oficialmente—de cara al Estado—, la caja de la tienda gira todos los meses de siete a ocho millones de francos. El dueño no vendería su negocio por 80 millones. ¡Calculen!...

El joven Casanova se marchó de su pueblo a los catorce años de edad, camino de Sabadell, en donde su familia le había hallado trabajo. De noche asistía a las clases de la Escuela Industrial. Cuando poseyó el título de mecánico textil se marchó a Barcelona contratado por don Francisco Sanz de Gabilondo, ingeniero industrial. A los veintidós años—ganaba cinco duros—se incorporó a filas. Corría un año histórico: 1936. Cuando estalló la guerra le pusieron a servir en Intendencia.

No perteneció a ningún partido político hasta siete meses des-

pués del 18 de julio. Se hizo entonces miembro de la U. G. T. Medio año más tarde se inscribió en las Juventudes Socialistas.

Siguió pegando tiros. Cuando la retirada, el soldado Casanova pasó al otro lado de la línea fronteriza porque estaba aturrido. Desconocía además el paradero de su familia.

Fué concentrado en Barcarés (Pirineos Orientales). Francia necesitaba obreros especializados. El emigrante Casanova se presentó a un examen como ajustador de precisión y obtuvo un puesto en el Arsenal de Tarbes.

Terminada la guerra, los soldados franceses volvieron a sus antiguos puestos. Pese a que el Gobierno había prohibido que se diera trabajo a los españoles, el director de la fábrica Hispano-Suiza le camufló como ajustador de utillaje. Trabajó en esa fábrica durante un año. Con el dinero ahorrado, el hombre alquiló unos bajos y puso allí un taller de reparación de medias. Cuidaba una muchacha de recoger encargos. De noche él los atendía. En 1944 tenía dos obreritas. En 1945, siete. Francia pasaba un mal momento. Casanova encontró ocasión de comprar una licencia para establecer un negocio de «bonetería», es decir, de chismes para señoras. Adquirió la licencia por sólo 10.000 francos y se buscó el local de la «rue Brahauban». El local consistía en cuatro paredes.

El resto de la historia merece una novela o un libro de literatura estimulante: trabajo, empeño, tenacidad, gusto, maneras, equilibrios bancarios... Total, diez años... El antiguo soldado César Casanova es hoy un millonario. Su comercio, en el ramo, es el más acreditado. Se ha comprado él su casita en Biarritz, adonde manda a la familia de veraneo. Trabaja trece horas al día. Dedica los domingos al esquí.

—¿Y en cuanto a esas ideas políticas?—pregunto.

—Sarampión juvenil. Ya llevo muchos años «consulado». Y he ido a España varias veces.

No son varias. Son muchas. Casanova va a España—a Teruel—siempre que puede. En Tarbes no le queda tiempo para alternar con sus compatriotas. Tanto es así que la colonia de sicilianos—aquí, no sé por qué, hay más sicilianos que en Sicilia—se equivocaron respecto a su nacionalidad y una vez fueron a proponerle la presidencia honoraria de su grupo.

Casanova no piensa vivir siempre en la tierra de los condes de Bigorre. Un día volverá a su Patria para siempre. Eso me dice él mientras la caja hace tilin y una señora pide el

precio de unas medias. La tienda huele a «Chanel» y a nafalina. La señora le llama—recargando el acento—«monsieur Casanova». Cuando ese «monsieur» vuelva de sus Américas será un indiano raro, un indiano de base pirenaica... ¡Salud, suerte y nostalgia, Casanova!...

LIBERACION Y TRUCOS

Me faltaba el capítulo inevitable: el de las aventuras del grupo comunista. En cada pueblo de este Sur—del Sur de Francia—me tropiezo con lo mismo: con historias de tipos comunistas. Lamento que los comunistas españoles hayan dejado un regusto tan ácido. Los franceses les odian. Dicen: «Se le ve la coleta y es comunista...», cuando tropiezan con alguno de ellos.

Parece que el sistema empleado por la «Résistance» fué el siguiente: los dirigentes eran los franceses; la mano de obra eran los españoles en general; los que lo echaban todo a perder eran, en general los comunistas españoles.

Los tipos esos se impusieron por la fuerza, por las armas y por el dinero. Moscú cuidó de tenerles bien avisados siempre que los aviones de las fuerzas aliadas tenían que arrojar paquetes en paracaídas. Iban en los paquetes armas y municiones y saquitos de oro. Terminada la guerra, los comunistas españoles eran ricos. E iban armados. La Surété francesa—y la Gendarmerie—no pasaban entonces de ser unos fantasmas. En la madrugada del día de la Liberación, los seis primeros camiones que entraron en la plaza de Tarbes fueron camiones ocupados por comunistas españoles. Se apoderaron éstos de los edificios públicos, y durante unos días mandaron, dispusieron, gobernaron... Sucedió lo mismo en casi todas las poblaciones comarcales. Y en Pau. Y en Foix. Y en Luchon. Llegaron a apoderarse incluso de las Prefecturas, como si Francia fuese cosa suya. Una mañana, en la plaza Verdún, aparecieron seis o siete cadáveres de franceses «colaboracionistas» colgados de los árboles con ganchos de carnicería.

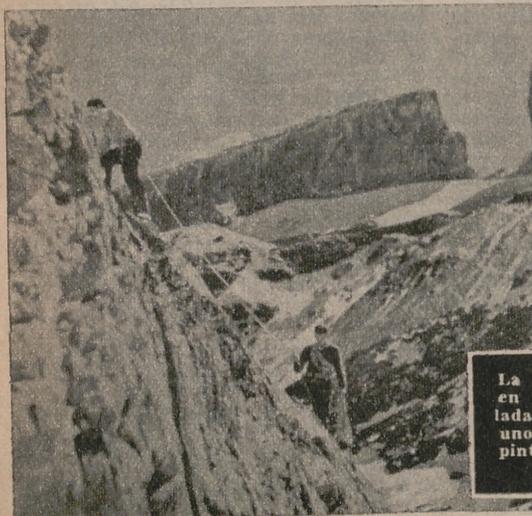
Después, en toda la región se cometieron actos misteriosos contra personas de españoles no comunistas, incluso contra anarquistas y cenetistas... Aquello era Jauja. El único poder era el poder del bandolerismo. En Pau, «Paco el madreleño» implantaba el terror. Otro día le hablaré a usted de Paco, el Tito de los Altos Pirineos...

La Surété, poco a poco, les fué metiendo mano. El país se reorganizaba. El final de la historia ya lo saben ustedes: el partido comunista español fué declarado fuera de la ley. Y perseguido. Y un día los grupos comunistas se perdieron camino de la montaña, hacia las serrerías... Pero eso también es asunto a tratar en otra carta. Por hoy, basta.

Creo que llevo ya dos cartas prometéndole carta desde Lourdes. En la siguiente cumpliré. Le anticipo que Lourdes tiene 25.000 habitantes y 500 hoteles y 1.300 tiendas. Un peregrino en Lourdes es una pobre letra en el «Quijote»...

Jaime POL GIRBAL

(Enviado especial.)



La Brecha de Rolando en Gavarnie y la escalada de los «sarradets», uno de los parajes más pintorescos del Pirineo francés

AZOR



Con PHILIPS vivirá mejor

PHILIPS

VALVULAS ELECTRONICAS • LAMPARAS • RECEPTORES DE RADIO Y TELEVISION • APARATOS DE MEDIDA • MAQUINAS ELECTRICAS DE AFEITAR PHILISHAVE • APARATOS DE RAYOS X Y ELECTROMEDICINA • GENERADORES DE A. F. • ELECTRODOS PARA SOLDADURA • LAMPARAS FLUORESCENTES "TL" • AMPLIFICADORES • CINE SONORO CON CINEMASCOPRE Y TODOS LOS DEMAS SISTEMAS DE PROYECCION • PROYECTORES PARA 16 MM. • EMISORAS DE RADIO Y TELEVISION • EQUIPOS DE TELECOMUNICACION • INSTALACIONES AUTOMATICAS DE TELEFONIA • DISCOS

Solicite nuestro interesante "Correo PHILIPS" al Apartado de Correos n.º 1.116. - Madrid.

Nombre

Domicilio

Plaza

NOTA: Este anuncio ha sido publicado por primera vez en la Prensa el día 1.º de Enero de 1955.



UN HOMBRE FORMAL

NOVELA

Por José Luis MARTIN ABRIL

IBAN pensando por el camino en la vida. En la vida pasada. Era un camino largo, lleno de beatitud y silencios amplios.

Decidieron despedirse andando.

La ciudad—humilde y sosegada—se hacía pequeña a medida que avanzaban, y los dos, de vez en cuando, sin ponerse de acuerdo, volvían la vista hacia atrás y contemplaban las torres grises. Después seguían adelante.

No hablaban, y únicamente se oía el ruido de sus pisadas sobre la tierra y el clamor de la tarde. Sus pisadas iban adquiriendo valor histórico y la tarde era el tiempo. Así, imperceptiblemente, el tiempo y la Historia formaban en el camino una unión espiritual.

La tarde—ya hecha tiempo—también era gris, como las torres de la ciudad, pues el otoño la había envuelto en cenizas.

Seguían caminando. Después, al llegar al puente de aguas mansas, se separarían y se dirían adiós para siempre. Y la palabra siempre empezaba a alcanzar estructura de eternidad. Así habían convido la despedida.

* * *

Cuando Andrés hizo su presentación espontánea en la ciudad, en la ciudad humilde y sosegada, llevaba una maleta en la mano y en el bolsillo una carta dirigida a Leandro.

Leandro le recibió cortésmente y le recomendó una pensión. Leandro, sin que nadie le dijese nada, sabía que Andrés era hombre de pensión. No se le ocurrió pensar en un hotel.

Leandro en la ciudad era conocido por casi todos sus habitantes y gozaba de los privilegios sociales que concede la antigüedad en el censo. No es que fuese viejo, pero ya disponía de personalidad ciudadana bien definida.

Tras las primeras frases de cumplido, Leandro le ofreció:

—Nos llamaremos de tu, ¿no te parece?

—Sí, hombre; desde luego. Me parece bien.

—Yo—ya me irás conociendo—no soy muy aficionado a los tratamientos protocolarios. Quizá lo dé la ciudad.

—Pues estoy de acuerdo contigo y te agradezco mucho la confianza.

—Bien, amigo. ¿Y qué proyectos tienes?

—Pues tantear el terreno, en primer lugar, y establecerme aquí, si puedo.

—Es difícil; hay muchos abogados.

—No me importa. Lucharé. A eso vengo.

Leandro le miró de arriba abajo y le dijo, con cierta ironía provinciana:

—Bueno, tú verás; pero no creas que con poner una placa en la puerta te vas a llenar de clientes. Esta es una ciudad difícil. Es una ciudad fría y con prejuicios de años.

—Lo sé. Vengo prevenido.

—¿Y cómo has elegido esta ciudad?

—Pues porque me gusta. Sí, me gusta. Lo he pensado mucho y he terminado sacando la conclusión de que aquí me ha de ir bien. Es a lo único que aspiro: a que me vaya bien o, al menos, a que no me vaya mal.

Leandro presentó a Andrés en su sociedad, y ante la gente hizo de él elogios de cumplido. En su interior le calificaba con cierta ironía.

Al mes de su llegada a la ciudad, Andrés alquiló un despacho reducido cerca de su pensión y colocó en la fachada, al lado de la puerta de la calle, una placa de mármol que decía: «Andrés de Lorenzo. Abogado».

Con aquella placa—credencial voluntaria—Andrés sentaba plaza en la ciudad.

Por las tardes iba al casino. Allí se encontraba con Leandro y allí averiguó que Leandro era hombre de muy buena posición económica, pero sometido a casi todas las exigencias sociales de la localidad.

Leandro le introducía en la vida de la ciudad y le escuchaba con escepticismo. Le preguntaba:

—¿Qué tal van esos asuntos?

—Vaya. Me voy orientando.

Leandro se sonreía y bajaba la vista. Luego le regalaba una palmada en la espalda y, dirigiéndose al auditorio, exclamaba:

—¡Aquí tenéis a un nuevo abogado!

Andrés esbozaba una sonrisa con cara de primerizo.

Al atardecer, Andrés se metía en su despacho en espera de que llegase algún cliente. Mientras

tanto repasaba el Código Civil y la Ley de Enjuiciamiento Criminal. En su imaginación iba aplicando los recortados artículos que leía a las situaciones ficticias que teóricamente delimitaba. Pero el tiempo transcurría y el cliente deseado no hacía su presentación en el despacho del docto ciudadano.

Andrés no se impacientaba. En su cerebro se remozaba una frase hecha que surgía constantemente en la partida de póker de su época de estudiante: «Si quieres ganar, no te canses de pasar». ¡Cuántas veces había pasado él en el póker mientras el catedrático de Canónico explicaba su lección! Ahora, para Andrés la frase era otra, casi igual: «Si quieres triunfar, no te canses de esperar.»

Y Andrés esperaba pacientemente todas las tardes hasta el momento en que se veía obligado a encender la luz eléctrica. Entonces, con las manos en los bolsillos, daba una vuelta por el despacho, acariciaba las pastas de los Códigos, miraba a través de la única ventana de la estancia y se iba a la calle.

En la calle, Andrés meditaba en la importancia que tiene el derecho en la vida. Pero el dinero se le iba terminando y era necesario hacer algo.

No fué necesario hacer nada. Al despacho de Andrés empezaron a llegar clientes, y Andrés tuvo ocasión de aplicar las leyes, de aconsejar, de asesorar y, por tanto, de cobrar sus honorarios. También rechazó algún asunto, y esto le dió bastante fama de hombre formal.

En seguida Andrés empezó a gozar de definida personalidad en la ciudad. Se sometía, más por necesidad que por gusto, a determinadas exigencias sociales que él consideraba imprescindibles.

Por las noches, antes de recogerse en la pensión, se reunía en un bar céntrico con un grupo de jóvenes de ambos sexos. Las muchachas le miraban con agrado, pensando en su porvenir, y algunas, las más atrevidas, empezaron a llamarle Andrésito.

Leandro ironizaba:

—Vaya, pollo; veo que te estás haciendo un hombre, pero un hombre de postín.

* * *

Andrés vivía a su modo. Algunas tardes, después de adentrarse en el espíritu de la ciudad, cuando ya era un ser más de aquella civilización local, paseaba por las afueras y le gustaba ver cómo el sol se reflejaba en las torres de las iglesias.

Luego se solía encontrar con Leandro, quien le decía:

—Eres un romántico.

—¿Yo?

—Claro. Ya verás cuando lleves aquí diez años.. Entonces, estoy seguro, te gustará más el casino que la carretera.

—No sé por qué—respondía, molesto, Andrés.

—Ya lo verás.

Pero en realidad Andrés estaba bien encajado en la ciudad y disfrutaba con poco. Le gustaba el aire de las calles, el perfil de las casas, la serenidad de la noche...

Y algunas noches, después de cenar, acudía solo a un café mortecino y amarillento, en el que un sexteto de hombres maduros interpretaba música clásica. La música, con evocaciones tardías, llegaba a sus oídos, mientras las notas se mezclaban en su imaginación con los preceptos romanos o con los aforismos procesales.

Allí, en el café—alma nocturna de la ciudad—, Andrés combinaba el mundo de la música que escuchaba con el mundo de sus inquietudes profesionales. Y allí, ante la taza de café, sacaba la conclusión de que todos los actos de la vida tienen un fondo jurídico. Así pensaba que el sexteto hacía música porque previamente se habían pactado en un contrato las condiciones de actuación. Y estas condiciones eran las que movían las manos del pianista y los arcos de los violines.

Si él estaba allí, seguía pensando Andrés, era porque existía un acuerdo de voluntades en virtud del cual se producían dos efectos: el café servido y el precio pagado. Y en este precio estaba incluida la música del sexteto.

Mientras la orquesta cumplía, con seriedad sus obligaciones, también pensaba Andrés en las contadas situaciones que se escapan de la órbita del derecho. Se percataba de que el derecho no podía llegar a los atardeceres, ni intervenir en el deslizamiento de los reflejos solares. Tampoco llegaba el derecho al estatismo de los momentos íntimos,



ni al pensamiento, ni a la virtud, ni al dolor, ni a la alegría.

* * *

En sus horas libres, Andrés también meditaba. Meditaba y recordaba. Recordaba el día que dejó su casa, sus pequeñas andanzas por el mundo, sus inquietudes de hombre poco ambicioso, y siempre sus recuerdos descendían a la ciudad de su vida actual.

Paseaba Andrés por las afueras de la ciudad. El aire de la tarde se mezclaba con sus recuerdos, y en algunos momentos una frialdad estéril asomaba a su alma.

En sus paseos llegaba hasta el puente de aguas mansas. Le gustaba ver desde allí la ciudad. La ciudad que para él siempre sería la ciudad nueva, a pesar de sus históricas murallas.

* * *

Andrés era retraído. Le decía Leandro:

—Así no echarás raíces en ningún lado.

—¿Y qué quieres que haga?

—Alternar más, acompañar a las muchachas, jugar al billar en el casino...

Pero Andrés, con su vida organizada modestamente, prefería caminar en silencio, no hacer ruido en la ciudad. El ruido no le iba. No quería complicaciones y se encontraba a gusto administrando a su manera las horas y los minutos del día.

En la ciudad ya había alcanzado la estimable categoría de hombre serio y formal, y este galardón favorecía su trabajo.

Los clientes se confiaban a su seriedad y discreción.

Y así, trabajando en su despacho, manteniendo sus paseos y su retraimiento, y conversando frecuentemente con Leandro, la vida de Andrés se iba consolidando en la ciudad.

* * *

Con el tiempo Andrés llegó a ser un vecino de plantilla en la ciudad. Había desaparecido de su rostro el matiz de la interinidad, y los actos que realizaba gozaban ya de aplomo, mientras se grababan en su alma, con fuerza real, el color de las calles.

Continuaba asistiendo al café después de cenar, pero la orquesta de música clásica había sido sustituida por un conjunto de música moderna, en el que se destacaba la presencia física de una animadora. Él seguía siendo fiel al establecimiento, a pesar del cambio. En cuanto a la animadora, pensaba que era difícil animar a la ciudad, aunque la mujer distribuyese por el ambiente sonrisas aprendidas de memoria.

Andrés gozaba en la ciudad; pero la gente empezaba a resultarle enojosa. Era una lucha de celos en la que salía triunfante la ciudad desnuda e impecable; la ciudad, más que como masa gregaria, como concepto.

Abrazando este concepto, Andrés se quedaba a solas con la noche alta de la ciudad, y a veces una ternura inconcreta, llena de inquietud, se apoderaba de él. Pensaba entonces que los años pasaban fríos y que la vida empezaba a ser igual.

—¿Te aburres?—preguntábale Leandro.

—No, aburrirme no.

—¿Entonces?

—Pues nada; es que siempre quiere uno algo más de lo que tiene.

—Aquí no vas a encontrar nada nuevo.

—Ya lo sé.

—¿Por qué no frecuentas algo más la sociedad?—No se lo digas a nadie, pero la sociedad me aburre. Es algo que me parece falso y con muy poco sentido.

—Eres un raro, Andrés. No hay quien te comprenda. Vienes aquí encantado, te enamoras de la ciudad y empiezas a tomar manía a la gente. Mal camino llevas...

—¿Tú crees?

—Naturalmente. Mira, Andrés: aquí es imposible vivir sólo a base de renunciaciones. Si quieres, conventos no te faltan.

—No es eso, Leandro.

* * *

Una noche, mientras Andrés cenaba, hizo su aparición en el comedor de la pensión una mujer. Iba discretamente vestida, pero en seguida se distribuyó por la estancia un aire tenue de distinción.

Discretamente, Andrés miró a la mujer. Supuso que vendría a ver los monumentos de la ciudad. No fué así. La mujer, con reposo en el an-

dor, continuaba acudiendo al comedor a las horas fijadas para el almuerzo y la cena, y continuaba derramando distinción por todos los rincones del alojamiento.

Andrés conoció a la mujer.

—Me llamo Elena—le dijo el primer día de su conocimiento, mientras tomaban una taza de café en el llamado hall de la pensión.

Andrés no sabía qué preguntar.

Ella era decidida y esbelta.

Llegaron a hacerse amigos y desaparecieron las situaciones de violencia.

Una tarde Andrés invitó a Elena a pasear. Pasearon por la carretera del puente. La conversación comenzó a resultar sencilla.

—¿Y cómo por aquí?—preguntó Andrés.

—El clima y la paz...

—¿Para mucho tiempo?

—No lo sé aún. ¿Y usted?

—Yo trabajo aquí. Soy abogado en ejercicio.

—¿Y qué tal le va?

—Pues bien; no puedo quejarme.

A partir de aquel momento compartieron en la pensión la misma mesa a las horas de comer.

—¿Sale usted después de cenar?—preguntó Elena.

—Sí; tengo costumbre de ir a un café. Voy desde que vine a esta ciudad. —¿Quiere usted acompañarme?

—No tengo inconveniente.

Resultó sorprendente la entrada de Elena y Andrés en el café aquella noche. La gente se preguntaba que quién sería la mujer, y los malévolos locales decían que se alojaba en la misma pensión que Andrés.

La animadora les dedicó una canción fácil de letra absurda y música pegajosa. Entonces Andrés creyó llegado el momento de pedir una copa de coñac.

Al día siguiente Leandro se hizo el encontradizo con Andrés.

—Bien, hombre, bien. ¡Hermosa señora! Pero me parece mucha señora para ti...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues nada..., que tú eres un hombre serio; vamos, lo que se llama un hombre formal.

—No lo entiendo.

Andrés y Elena se encontraban todas las tardes y salían juntos. Leandro también conoció a Elena; pero, ante su figura, aparentaba indiferencia.

Una tarde fueron los tres a ver la catedral.

A la salida Elena se quedó mirando a los dos hombres, y, mientras contemplaban la fachada del templo, les dijo de improvviso:

—Aquí me casé yo.

* * *

La primavera fué deliciosa. En la ciudad penetró un clima benigno que invitaba a la vida. Las tardes largas llenaron de confidencias el alma de Andrés.

—Yo he sido muy feliz, Andrés, pero hoy quisiera saber hasta dónde ha llegado mi felicidad. Cuando me quedé sola yo creí que ya nada tendría que hacer en la vida, y ya lo ve usted, Andrés; en esta ciudad he querido evocar épocas y horas; pero, en fin...

—¿Entonces...?

—Aquí he venido a reconstruir mi vida. He querido empezar por mi boda para seguir adelante; pero no sé qué tiene esta ciudad que me atenaza. Ya no puedo ni enfrentarme con mi luna de miel. El itinerario que me propuse realizar aquí ha empezado y creo que aquí va a terminar. Luego, Dios dirá...

Las palabras de Elena iban penetrando lentamente en el alma de Andrés, quien aun no se percataba del valor de sus emociones.

Estaban en el puente, y la ciudad empezaba a cubrirse de sombras.

—Desde que murió mi marido siempre he tenido una idea fija: llegar hasta el cementerio en donde yace, pero partiendo de aquí. Y ya ve usted cómo me he detenido nada más comenzar a andar.

—Y ahora, ¿qué va usted a hacer?

—Aquí me encuentro bien.

Ya era de noche e iniciaron el regreso a la ciudad.

Andrés se aprovechaba de la oscuridad para analizar las facciones de Elena. ¡Era una mujer interesante!

Luego, en el café, ante la animadora, Andrés se llenó de melancolía.

—Yo no había tratado a ninguna mujer como usted.

—¿Por qué dice eso?



—No sé. Me parece que viene usted, Elena, de otro mundo.

Empezaron a llamarse de tú a fuerza de pasear por la carretera del puente. Desde allí veían las murallas de la ciudad, las torres y el color de la tarde.

—Pero hay algo más que me detiene aquí, Andrés.

—Tú dirás.

—El clima.

—¿Estás enferma?

—Este clima me serena y me alivia.

Unos pequeños celos de ciudad pequeña se apoderaron de Leandro.

—Ya sabes que aquí no está bien visto eso de salir con una mujer después de cenar.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—Te puede perjudicar. Tú te debes a tu profesión. Te repito que eres un hombre formal; no lo olvides.

—Sí, de acuerdo; pero yo tengo una vida independiente.

—Hasta cierto punto. Estas ciudades están mucho.

En realidad, Andrés empezaba a no saber prescindir de Elena.

Una tarde le dijo al finalizar el paseo:

—Cuando te vayas te voy a echar mucho de menos.

—No lo creas. Volverás a vivir igual que antes.

—Igual, no; sin ti no es vivir igual.

Aquella noche, desde el balcón de la pensión, vio Andrés dos figuras que se deslizaban, unidas, suavemente por la calle. Eran Elena y Leandro.

Todo fué muy rápido. Andrés acusaba el golpe con resignación porque Andrés se había enamorado formalmente de Elena. El no podía enamorarse de otra manera. Al fin y al cabo, él era un hombre formal. Y se había enamorado a sus cuarenta y cinco años. Era ya un amor de edad, expuesto, por tanto, a las inclemencias de la vida. Estas inclemencias se habían presentado. Le dolía a Andrés la deslealtad de los dos, casi de tres, pues pensaba que la ciudad también le había traicionado.

Le dijeron en la pensión que se había ido Elena a primera hora de la mañana. Así se enteró. Fue en seguida a contárselo a Leandro; pero Leandro tampoco estaba en la ciudad. Las sombras de la noche anterior se habían convertido en hechos, y la suposición ya era un acontecimiento.

La tarde y el puente adquirieron para Andrés proporciones sentimentales, y en el puente, mientras admiraba los contornos de la ciudad vieja, se quedaba a solas, pálido y sutil, con el recuerdo de los momentos pasados, momentos más teóricos que reales.

En el café, después de cenar, reconstruía las conversaciones con Elena, ya muertas. Algunas veces, mecido por la música fácil, sentía ganas de llorar; pero pensaba que era abogado en ejercicio y se contenta. La soledad le dañaba más que nunca. Pensaba Andrés que con el Derecho no resolvería nada. Y él, que con la rigidez de la ley en la mano había ablandado tantas situaciones humanas...

La cabeza de Andrés se llenaba, en sus momentos casi constantes de meditación, de conceptos jurídicos al pensar en su profesión, de ideas amor-

rosas al pensar en la mujer frustrada, y de pronunciamientos sociales al patentizar la existencia indiscutible y constante de la ciudad. Eran tres ideas que le perseguían: profesor, mujer, ciudad. Su alma era un conglomerado de sensaciones envuelto en bruma.

El puente y la tarde supieron de su amargura. El puente, manso de aguas, no le consolaba, y la tarde volvió a hablarle del tiempo, de sus años de enamorado tardío.

* * *

Regresó Leandro a la ciudad sonriente y cínico. Traía cara de solapa, pero de solapa con flor en el ojal. Llegaba audaz y satisfecho, triunfante y ofensivo. Se entrevistó con su amigo.

—Bien, aquí me tienes, Andrés.

—¿Qué es de Elena?

—Es mi mujer.

Se estableció un silencio entre los dos que sirvió para que Leandro contemplara arrogante la figura de Andrés. Prosiguió:

—A propósito: te he guardado este cigarro puro. Es un recuerdo de mi boda.

El pobre Andrés cogió el cigarro, en tanto perdonaba la ofensa. Así, aceptando el cigarro, se limpiaba la cara del salivazo que había recibido.

No supo lo que decía. Era más bien un susurro, un alarido del alma pálida.

—¡Pero, hombre, Leandro...! Tú..., parece mentira...

—Te dije que era mucha señora para ti. Ya te advertí. No olvides nunca que eres un hombre formal.

Y Leandro, hiriente, se reía.

Se tranquilizó Andrés.

—¿En dónde vais a vivir?

—Aquí. Vengo a preparar la casa. Dentro de un mes nos instalaremos definitivamente. Ya verás qué guapa está Elena.

Aquella noche, en el balcón de la pensión, envuelto en dolorosa oscuridad, decidió Andrés marcharse de la ciudad para siempre. La ciudad ya no le pertenecía. Quizá estuviese a tiempo de dejar de ser un hombre formal; pero en otro sitio, bajo otro cielo.

Se lo comunicó a Leandro, quien le dijo:

—No veo la necesidad.

—Lo tengo decidido; pero antes de marcharme quisiera hacerte una pregunta: ¿Por qué dices que soy un hombre formal?

—Pues, por qué va a ser, hombre; porque has nacido así.

—Bueno, ¿y si yo quisiera...? Tú ya me entiendes...

—No sigas. Tendrás que volver a nacer. Así es la vida, hijo.

* * *

En el puente se despidieron. Allí esperaba un coche a Andrés.

Le abrazó Leandro con desenvoltura.

—Adiós, hombre formal...

A través de las ventanillas del coche vio Andrés la ciudad diminuta en la que había enterrado unos años de su vida. Pero aun seguía adelante.

La ciudad le miraba y él miraba a la ciudad. Y la ciudad y el hombre quedaron sumidos en colco de infinita melancolía.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL MANDATO DE ROOSEVELT

Por Edgar EUGENET ROBINSON

The ROOSEVELT LEADERSHIP

1933-1945

FRANKLIN D. ROOSEVELT'S TWELVE FATEFUL YEARS IN
THE PRESIDENCY AND THEIR INFLUENCE ON AMERICAN LIFE

by Edgar Eugene Robinson

EDGAR Eugenet Robinson nació en Oconomowoc (Wisconsin), en 1817. Graduado en la Universidad de Wisconsin con destacadas calificaciones, se dedicó luego a la enseñanza. A la edad de veinticuatro años pasó a la Universidad de Stanford, encargándose del estudio y enseñanza de la historia política de América. Desde entonces ha continuado en Stanford, fundando allí el Instituto de Historia Americana en 1942, del cual ha sido director durante diez años. En este periodo llevó a cabo también numerosos trabajos de investigación, pronunciando algunas conferencias. Ha pasado un año en Inglaterra haciendo un estudio de la enseñanza de la Historia de América en este país.

En su libro «The Roosevelt leadership», el doctor Robinson trata de «abrir una senda a través de los muchos testimonios contradictorios ya conocidos, y alcanzar una posición elevada e independiente para juzgar la intrincada marcha de datos que tienden a oscurecer la figura del Presidente Roosevelt».

Edgar Eugenet Robinson. — «The Roosevelt leadership». — J. B. Lippincott Company. Filadelfia, 1954.

ROOSEVELT se presenta como un dirigente identificado con las aspiraciones del ciudadano medio y con las esperanzas democráticas alimentadas por los americanos. El eco popular de su Gobierno durante los doce años que permaneció en el poder no puede ser negado por nadie. Sin embargo, cuando cesó de gobernar, los efectos de su peso por el poder se manifestaron en un sistema constitucional debilitado, una seguridad nacional en peligro, una moral nacional disminuida, una moralidad política deteriorada y una economía sobrecargada.

Para comprender cómo pudo llegarse a tal desenlace es necesario considerar sin partidismos los problemas básicos con que hubo de enfrentarse la administración Roosevelt y su manera de resolverlos. Estos problemas básicos fueron: elevación del nivel de vida, cooperación y defensa.

Desde el principio, Roosevelt sostuvo que incumbía al Gobierno el procurar un nivel de vida humano para los ciudadanos. Sobre este principio levantó una vasta organización de obras públicas y de seguridad social.

Asimismo la cooperación fué invocada repetidamente por el Presidente. Se trataba de una cooperación de ciudadanos forzada por la necesidad, no por la convicción ni por la aceptación de una filosofía básica: ésta era la esencia de la democracia social tal como la veían los seguidores del Presidente.

Y una nación dedicada a la ayuda de todos y a la cooperación de todos debe defenderse a sí misma, en el interior y en el exterior, de las fuerzas que niegan estos principios.

Para enfrentarse con estos problemas Franklin Roosevelt dispuso del control de la mayor potencia mundial. Llegó a ser el más poderoso dirigente del siglo XX y aun de toda la Historia de la humani-

dad. Hombre de buena intención, puesto en papel de un héroe, hubo de ser vencido por las inexorables fuerzas de su tiempo. Tal fué su tragedia y la tragedia de su pueblo.

La mayoría de votantes que en 1932 dió la presidencia a Roosevelt no lo hizo entonces, ciertamente, por adhesión a la personalidad del candidato. El activo apoyo de la maquinaria del partido demócrata, la división interna de los republicanos y, sobre todo, el deseo de cambio —consecuencia natural de la gran crisis económica—, determinaron esta primera victoria electoral de Roosevelt. A pesar de su larga y activa campaña, era evidente, al final de la misma, que el programa y propósitos de Roosevelt eran peor conocidos y comprendidos por los votantes que lo habían sido el programa del candidato demócrata cuatro años antes.

No por ello hay que pensar que los discursos y promesas de Roosevelt no influyeran en absoluto en la decisión del cuerpo electoral. En la pugna Hoover-Roosevelt, pronto se hubo de notar la mayor insistencia del segundo en la necesidad de reformas sociales.

Tanto o más que de doctrina, las diferencias eran de temperamento. Para el pacifista Hoover, su aceptación de la política era algo pasivo más que activo. Su inclinación le llevaba a manipular no las mentes de los ciudadanos, sino sus recursos económicos. Nada más opuesto al demagogo que un hombre que no tiene reparo en escribir: «La multitud es crédula, destruye, consume, ocia y sueña; pero nunca edifica. Una de las más profundas, importantes y exactas verdades psicológicas es que el hombre en la masa no piensa, sino que siente solamente.» Por el contrario, sería desconocer la carrera de Roosevelt el suponer que se lanzó a la arena de la lucha electoral con pesar o en respuesta a una llamada del deber: él buscaba al pueblo, lo cortejaba, para poder gobernarlo.

LA CRISIS DE LA NO COLABORACION CON HOOVER

En el periodo —llamado «interregno» en la vida política norteamericana— que corrió entre la victoria electoral de Roosevelt (8 de noviembre de 1932) y la inauguración de su mandato (4 de marzo de 1933), el Presidente electo tomó la primera de sus decisiones políticas, que había de ser más tarde muy discutida: la no colaboración con el Presidente saliente. Era perfectamente lógico el deseo de Hoover de llegar, durante los cuatro meses del «interregno», a una colaboración de las Administraciones entrante y saliente para la solución de los más apremiantes problemas de Gobierno. La crisis económica hacía necesarias medidas energéticas. Ahora bien: Hoover carecía de autoridad moral para hacerlas aceptar sin estar públicamente respaldado por Roosevelt; de ahí que la nación se deslizará por la fuerza de las circunstancias hacia una más profunda crisis financiera.

Las distintas llamadas de Hoover se estrellaron contra las suspicacias y reticencias de Roosevelt, que se negó a asumir cualquier responsabilidad antes de la fecha fijada constitucionalmente. Ningunas seguridades fueron dadas, en el interior o en el exterior, de que las medidas del Presidente saliente iban a ser continuadas. La conclusión que puede extraerse de esta actitud es que, mientras Hoover estaba interesado en la recuperación económica inmediata, Roosevelt lo estaba en la re-

forma. Para ello estaba dispuesto a hacer el mayor uso posible del efecto de la «expectación». «Para el Presidente electo (escribió el mismo Roosevelt más tarde) entretenerse con remedios superficiales habría significado rebajar o destruir la eficacia de las acciones drásticas y de vasto alcance que fueron puestas en práctica inmediatamente después del 4 de marzo.»

El Presidente Roosevelt creyó que el primero de sus problemas era restaurar la confianza pública, «Lo único que tenemos que temer es el miedo mismo», proclamó. Siguen inmediatamente una serie de medidas encaminadas a conseguir un mayor control gubernamental de la Banca, la restauración del poder adquisitivo de los agricultores, un programa de obras públicas para dar trabajo a los parados, etc. En conjunto, y a pesar de ciertas vacilaciones y confusión, el año 1933 presenció una restauración de la confianza en el futuro de los Estados Unidos.

No faltó una oposición a estas medidas. La idea básica del Presidente era que las causas del desajuste y de la debilitación de la democracia debían buscarse en el egoísmo de los grupos que habían dirigido los negocios y la vida política de la nación. Estos grupos, a su vez, hicieron ostensible su oposición al programa de recuperación y reforma, por más que aceptaran de mala gana la mayor parte de las medidas de alivio. Aun éstas eran preludios de socialismo, a los ojos de los críticos de la obra de Roosevelt.

Durante su primer mandato presidencial, Roosevelt estuvo tan absorbido por los asuntos internos, que la política internacional quedó confluada principalmente al secretario de Estado, Cordell Hull. Dos decisiones importantes —ambas igualmente discutidas— hay que atribuirle personalmente: una es el torpedeamiento de la conferencia económica de Londres de 1933; otra, el reconocimiento del régimen soviético, primer paso de un camino que había de conducir a la alianza con Moscú y a la aceptación de Rusia como uno de los «grandes» en el seno de las Naciones Unidas.

COMO SE FORTALECIO EL PODER EJECUTIVO

El extraordinario fortalecimiento del poder ejecutivo despertó juicios encontrados dentro del país desde los primeros años del Gobierno de Roosevelt. La total sumisión del Congreso al Presidente durante el primer año de su Administración, había alterado (se decía) la división de poderes entre la rama ejecutiva y la legislativa.

El choque más sonado entre el autoritarismo de Roosevelt y las fuerzas apegadas a la tradicional división de poderes, tuvo lugar en 1937, al intentar el Presidente una reforma radical en la organización del Tribunal Supremo. Los nueve jueces que componían éste, y que habían declarado inválidas algunas de las leyes socializadoras patrocinadas por la Administración, no eran para Roosevelt buenos representantes del pueblo. El programa social y económico de la Administración era bueno —decía— y había sido respaldado por el mandato popular. El Tribunal se había interpuesto en el camino de la voluntad popular; debía, pues, obligarse a someterse. Los asuntos de detalle o los formalismos constitucionales carecían de importancia ante el hecho de un poder ejecutivo respaldado por la voluntad popular.

El choque tuvo lugar en el Congreso, y lo ganaron los partidarios de conservar la tradición constitucional. Cierto que con el transcurso de los años, y gracias a la larga permanencia de Roosevelt en el Poder, pudo éste formar un Tribunal Supremo adicto a su política, al ir cubriendo las vacantes que, naturalmente, se fueron produciendo.

Pero la negativa del Congreso a alterar la estructura del poder judicial haría posible más tarde la vuelta al equilibrio de poderes, que habría quedado definitivamente destruido si el Presidente hubiera logrado imponer su plan. Como resultado de este conflicto, el recelo frente a lo que se consideraban métodos dictatoriales creció entre los sectores opuestos a Roosevelt.

EL TERCER MANDATO DE ROOSEVELT

La ruptura de la tradición norteamericana, contraria a la permanencia de un Presidente en el Poder por más de dos mandatos, debe atribuirse, según la mayor parte de los observadores, a las condiciones de un mundo en guerra. «El tercer término presidencial —diría Cordell Hull— fué una inmediata consecuencia de la conquista de Francia por Hitler y del espectro de Gran Bretaña sola en-

CAMISERIA
de hombre



Una especialidad de
nuestro Departamento
de Caballeros

2.º PISO

GALERIAS
PRECIADOS

tre el vencedor y nosotros mismos. Nuestra peligrosa posición indujo al Presidente Roosevelt a gobernar durante un tercer término. En la campaña electoral, Roosevelt, aun diciendo que su política tendía a evitar que América se viera envuelta en la guerra, no tuvo reparo en abogar por el más completo apoyo a la causa de Gran Bretaña.

Con el ataque alemán a Rusia se planteó el problema de si la ayuda a Gran Bretaña se ha de extender o no a aquella potencia. Pero la estridente llamada para combatir a Hitler significaba entonces mucho más para el pueblo americano que cualquier análisis lógico del carácter del comunismo soviético. Los profetas — como el ex Presidente Hoover — que decían que una victoria comunista era tan temible como una victoria alemana, no tenían posibilidad de ser escuchados en su propio país.

La Administración favoreció, pues, la creciente ayuda a los aliados. Pero era indudable que el pueblo de los Estados Unidos no entraría voluntariamente en la guerra. Las circunstancias en que tuvo lugar esta entrada constituyeron uno de los puntos más discutidos, y todavía no bien aclarados, del Gobierno de Roosevelt. Los hechos son éstos: aunque el Presidente hablaba de su «paciencia» en sus relaciones con el Japón, parece que por el verano de 1941 esperaba ya de un arreglo pacífico en Extremo Oriente. La Administración había adoptado una política que se interponía en el camino del avance japonés. Si la Administración mantenía esta política, el Japón podía decidir el ataque a los Estados Unidos, y al hacerlo así — en forma que indignara al pueblo americano — el Presidente lo lanzaría su propósito.

¿Esperaba el Presidente Roosevelt un ataque a Pearl Harbour? ¿Previo a Washington tal ataque? Los testimonios de que hoy disponemos sugieren que, aunque tanto Washington como Hawái hubieran previsto la posibilidad de tal ataque-sorpresa, no hubo una espera definida del ataque, que llegó súbitamente el 7 de diciembre de 1941.

No sólo el ataque de Pearl Harbour, sino todos los actos de Roosevelt preparatorios de la guerra habían de ser más tarde objeto de abierta controversia. ¿Hasta qué punto podía un Presidente llevar a la nación a la guerra mediante la preparación para la guerra, mediante el uso de presiones diplomáticas, mediante el suministro de armas a los beligerantes y mediante la práctica de un lenguaje amenazador? El Presidente Roosevelt debe soportar toda la responsabilidad de estas medidas. Para los defensores del Presidente eran medidas para evitar la guerra. Para sus oponentes, eran medidas que llevaban inevitablemente a la guerra.

Un grave paso en falso de Roosevelt fué la exigencia de «rendición incondicional» proclamada en Casablanca bajo su exclusiva responsabilidad. Aunque la exigencia fuera restringida en su aplicación por los jefes militares americanos, incluso en parte repudiada por el Presidente cerca del término de la guerra, es evidente que sirvió para extremar toda resistencia por parte de Alemania, prolongando así la guerra. Otro tanto cabe decir de la inicial aprobación del plan Morgenthau, que apuntaba a desmantelar toda la gran industria de Alemania para hacer de ésta un país fundamentalmente agrícola. Este plan no sólo dió al Gobierno alemán nuevas razones para la resistencia a ultranza, sino que indicaba una falta de visión para el futuro. De ser adoptado este plan fortalecería el poder de Rusia, haciendo seguros los triunfos futuros del comunismo.

Pero el error cumbre de Franklin Roosevelt no fué ni la insistencia sobre la rendición incondicional ni la pretendida devastación de Alemania, sino su profundo desconocimiento de la verdadera situación internacional y su ingenua creencia en la eficacia de un nuevo idealismo para llevar a la Unión Soviética por los caminos de la colaboración pacífica. Ya en marzo de 1942, el Presidente escribía a Churchill: «Le digo que creo poder manejar a Stalin personalmente mejor que su Foreign Office» o que mi State Department. Antes de la conferencia de Teherán había dicho: «Tengo la confianza de que Stalin no quiere más que seguridad para su país, y creo que si le doy todo lo que me sea posible y no le pido nada a cambio, nobleza obliga, él no tratará de anexionarse nada y trabajará conmigo por un mundo de democracia y de paz.»

A la vista de esta disposición psicológica del Presidente, no puede extrañar lo que ocurrió más tarde, en Yalta. Todas las peticiones de Stalin, así en Europa como en Extremo Oriente, fueron concedi-

das por Roosevelt. Más aún: los acuerdos, por exigencia de Stalin, se hicieron constar por escrito en términos inequívocos. Este es el punto más criticable de todas las negociaciones de Yalta, y el más sorprendente, pues envolvía a Roosevelt en un género de compromiso que por lo común él había siempre evitado. Se privaba así de libertad de acción en la posguerra, libertad que él tanto estimaba. Hay motivos para creer que Roosevelt no habría accedido a este final compromiso escrito si no hubiera estado la conferencia ya en su fase final, cuando él estaba cansado y deseoso de evitar nuevas discusiones.

Diferente fué lo ocurrido con el acuerdo sobre el derecho de veto en el Consejo de Seguridad. Fué el propio Presidente quien propuso que cada miembro del Consejo tuviera un voto, y que en materias sustanciales el voto de los miembros permanentes debiera ser unánime. Así, aunque los acontecimientos habían de mostrar una y otra vez que sería Rusia quien utilizase el veto para obstaculizar el desarrollo de una organización mundial, no fué Rusia, sino los Estados Unidos quienes propusieron el medio para ello. A Franklin Roosevelt corresponde toda la responsabilidad de esta medida. En realidad se trataba de una manifestación de su componenda entre nacionalismo e internacionalismo, con objeto de conservar el apoyo de la mayoría en los Estados Unidos.

Ahora se veía la razón que asistía al ex Presidente Hoover cuando, en junio de 1941, a raíz de la invasión de Rusia por las fuerzas de Hitler, declaró: «Si seguimos adelante y entramos en la guerra y ganamos, habremos conseguido para Stalin la consolidación del comunismo en Rusia y mayores facilidades para extenderlo por el mundo.»

LA PERSONALIDAD DE ROOSEVELT

Durante los años de su caudillaje, Franklin Roosevelt tomó graves decisiones que destacan sobre cualesquiera otras por su influencia sobre los sucesos de su tiempo. Cada una de estas decisiones, o bien expresaba, al ser adoptada, los deseos del pueblo americano, o bien se apareció a éste como deseable cuando fué conocida por él.

Ciertamente, la mayoría de los americanos deseaban la no cooperación con el derrotado Hoover en el período del «interregno». Sin embargo, los resultados fueron desastrosos entonces y en los años que siguieron.

El público alabó la independencia del Presidente al decidir la no cooperación en un intento de recuperación económica mundial mediante la acción conjunta de las naciones libres. Al adoptar un rumbo aislacionista americano en la lucha económica mundial con ocasión de la Conferencia de Londres de 1933, Roosevelt hizo fracasar la Conferencia, proporcionando a los dictadores la oportunidad inicial para desarrollar su programa destructivo.

La mayoría de los americanos miraron sin serios recelos el reconocimiento de un gobierno comunista en Rusia en 1933, lo que abrió el camino a la larga serie de pasos falsos que finalmente pusieron a los Estados Unidos cara a cara con el comunismo en Europa y Asia.

Que la mayoría aclamó con entusiasmo el empleo de fondos públicos para el socorro de necesitados, para obras públicas y para el vasto plan de acción social, es evidente. Este programa restauraba la moral nacional y proporcionaba una seguridad social como nunca había existido. Mas al mismo tiempo la nación se embarcaba en un largo programa de déficit económico que llevaba a la inflación y a la constante amenaza de bancarrota nacional.

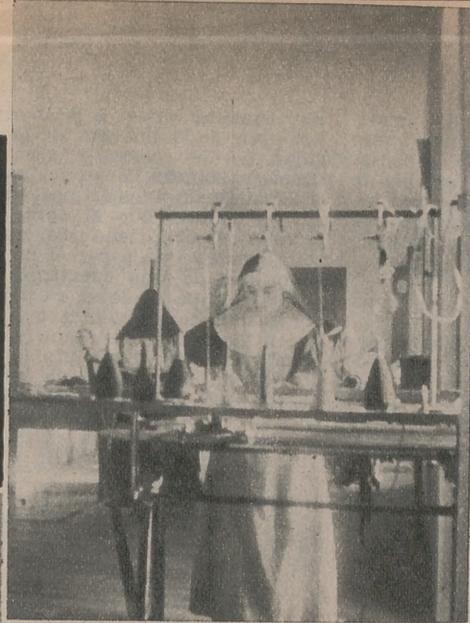
También aplaudió el pueblo, en su conjunto, el intento de Roosevelt de someter al Tribunal Supremo para poder seguir así con la experimentación del «New Deal».

Tales fueron los actos más importantes de un hombre que, rodeado en vida de una aureola de genio, fué objeto pocos años después de su muerte de juicios bastante menos favorables.

Del examen de su carrera política, brota como conclusión que poseía una imaginación viva, una asombrosa capacidad para captar los más mínimos detalles, pero también una gran confusión mental, inconsistencia y facultad evasiva. Un contemporáneo que le trató íntimamente durante sus años en el Poder, dice que «no hubo nadie capaz de penetrar en los pensamientos del Presidente». Este era, afirma, «indolente, superficial, alegre, profundamente interesado en lo trivial, y sin embargo tuvo que ocuparse de materias y problemas que excedían a su capacidad de comprensión».

TRABAJO, ORACION Y PAZ EN LOS CONVENTOS DE CLAUSURA

Los problemas más imperiosos de las monjas pobres están solucionándose en los viejos monasterios de Asturias



Telares y bastidores en el taller de las Pelayas, de Oviedo, un convento en el que se respira vitalidad, empuje, transformación

LA NECESARIA EVOLUCION SE LLEVA A CABO CON ESPIRITU BATALLADOR, COMO EL DE TIEMPOS FUNDACIONALES

«A VILLAVICIOSA, ONCE KILOMETROS»

Los carteles indicadores en las carreteras son como dedos esperanzados. Hemos pasado ya Lugones y Pola de Siero, y del camino de Oviedo a Villaviciosa sólo quedan esos once kilómetros escritos en blanco y azul.

Claro que lo que no indica la flecha es que el trecho que queda es el más difícil. Un ronquido del autocar y empezamos, lenta, lentísimamente, a internarnos en la montaña. Los prados, que nos persiguieron por toda Asturias, trepan desde el fondo del valle y desde aquí aparecen como un caprichoso tablero de ajedrez, en el que las *cucas* de maíz fueran los peones. Por entre las casas de ladrillo, limpias y cuidadas, va y viene de vez en cuando un cerdo gruñidor y sonrosado, que parece siempre el mismo. Y las vacas—¡ah las vacas!—, aquí como en el valle, lucen su aire más majestuoso e indiferente.

El autobús marcha al descubierto por la carretera estrecha, como tallada en la montaña.

POR LA CALLE DEL SOL

El primer rapaz que, recién llegada a Villaviciosa, encuentro pa-

rado en una esquina me mira sorprendido y temeroso.

—¿El monasterio de las Clarisas? Sí, señorita... Al final de la calle del Sol. Tire todo derecho, todo derecho... y al final.

Aunque después de la explicación decide acompañarme. Y calle del Sol adelante, yo voy pensando en las sorpresas que me tenía reservadas Villaviciosa. La primera de todas, las de sus increíbles palmeras; dcs, tres, qué sé yo cuántas palmeras que se yerguen aquí y allá, con la misma soltura que si estuviesen en Algeiras.

—¡Eh, niño, no corras tanto!...

—Si es ahí..., ya en seguida. Mire: aquel portalón, al otro lado de la plaza.

Y se marcha después de prisa, de prisa, vergonzoso, sin aguardar a que le dé las gracias. Un alto surtidor y yo, sobre el mojado asfalto, somos las únicas cosas con vida que quedamos en la plazuela, porque es de noche casi cuando llamo a la puerta del monasterio.

El convento de las Clarisas de Villaviciosa tiene una larga historia. Es una historia tejida toda ella de sacrificios y humildad. Desde el siglo XVII, en que el convento fué fundado, la austeri-

dad de la vida de estas religiosas franciscanas, que viven una vida de absoluto retiro y oración, ha sido conocida en toda la comarca. Nunca se las ve. Jamás salen. Sólo el «din-dan» de la campana da fe de que el convento está habitado.

—Pero, ¿quiere usted entrar? ¿Quiere usted hablar con ellas?

La sorpresa de la mandadera no tiene límites. No sé si me oye decir que me están ya esperando. Aunque, a decir la verdad, una vez en el zaguán oscuro, frío, simple y sin recovecos, yo también dudo de que esta vida, toda esta vida contenida dentro de estos muros, me pueda ser revelada y desentrañada. Y, sin embargo, después de un dulce «Ave María Purísima», he aquí, junto con la llave del locutorio, la primera puerta que se abre. Que la abro yo misma, mejor dicho.

EN EL LOCUTORIO

El locutorio es casi más simple que el zaguán. Doble fila de rejillas y celosías dividen el lugar adonde vendrán a acomodarse las religiosas, momentos después, de la pequeña pieza destinada a las visitas. Las paredes rezuman humedad, una humedad que se ex-

tiende en chafarrincnes amarillentos por techo, rincones y mobiliario. Aunque todo el mobiliario se reduce a esta camilla de rígidas faldas, ante la que me siento, y un par de sillas. Frente a las rejas, un crucifijo. Cuando vuelve la mandadera trae la sonrisa en los labios.

—¿Le ha dicho la hermana tornera que espere?

Va, viene y arregla las pobres flores de trapo que hay sobre la mesa. Esta debe ser la pieza mejor dispuesta, la que las madres arreglan con más cariño, en la que ponen todo su esmero.

—¡Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida, madre abadesa...

La madre me explica que ella no es sino la madre vicaria.

—Nuestra reverenda madre ha muerto hace poco.

Apenas si puedo distinguir los rostros. De la madre María Jesús de San José, la económica del convento, sólo veo un ojo brillante que me mira por entre la luz. La cuadrícula de las celosías se dibuja en sombras sobre la blancura de la toca. Y, sin embargo, ya las voces se han vuelto familiares, ya no hay extrañeza en sus relatos. Guiada por ellas, voy y vengo por el convento. Y llevo a aprenderme todos sus rincones.

AL RITMO DE UNA CAMPANA

La campana del convento de Villaviciosa tiene hoy en día el mismo son y ritmo que tenía hace siglos. Nada o casi nada ha variado en el cotidiano quehacer de las religiosas que allí se consagran únicamente a la comunicación con Dios. Pero al siglo XX llegó apretado de exigencias y golpeó las puertas de la casa. Poco sabían las madres de lo que ocurría por esos mundos, pero a sacarlas de su recogimiento vino el año 36. Huyen las hermanas y madres y se refugian aquí y allá. Las más ancianas echan de menos la disciplina de la campana, la paz del claustro. Algunas mueren. Las más jóvenes son las que pueden continuar, rehacer, levantar.

Todo había cambiado. Todo ha cambiado en la actualidad. Si había alguna pequeña renta, desapareció; si algún terreno, hubo que venderlo. Pero la regla de

San Francisco exige a las hermanas vivir de la limosna, de la caridad de las gentes y vivir en absoluta pobreza. Y así no hacen ni siquiera un ademán para indicar al mundo que el convento, el viejo caserón, tiene unos cuantos siglos encima y por él ha pasado más de una catástrofe. Si se restaura parte de él, es por la compasión de las gentes que conocen y siguen más de cerca las penalidades de la comunidad. Lo que queda dentro, lo que nadie ve, no hay por qué mejorarlo. Que el exterior aparezca limpio y digno, como de casa en la que viven las siervas del Señor, y que la campana siga tocando. El misero interior, nadie lo va a ver. Y con alegría piensan las religiosas que así serán más dignas a los ojos de Dios.

«¿PARA QUE QUERRAN LOS TRAPOS?»

Por los pasillos blancos y desnudos del convento va y viene madre Ana, la portera. Suena la campana una, dos, tres, veinte veces, y la madre acude a atender a los que llaman: la lechera, un chiquillo de la plaza, el zapellán. Alguien tira una vez más de la campanilla, y a través del torno se alarga la delgada voz de madre Ana.

—Madre... los trapos.

—¿Los trapos?... Hay sí, sí, hijo. Que Dios se lo pague.

Gira el paquete en el torno, y la madre se extasia ante el montoncito de recortes de telas que le trae el aprendiz del sastre del pueblo.

—Que Dios se lo pague, otra vez.

—De nada, madre. A ver si a la semana que viene le puedo traer otros pocos...

Y la madre Ana, con su tesoro en la mano, llega hasta el lugar donde trabaja la madre vicaria.

—Fíjese, madre, fíjese.

—¡Bendito sea Dios! Trozos de pana y todo.

Es la hora de trabajo, y la madre vicaria es la zapatera de la comunidad. Sobre la mesa extiende cuidadosamente ordenadas las sandalias ya recortadas. Ayer un alma piadosa trajo como regalo parte de una cubierta de automóvil, y la madre, con la ayuda de un patrón, recorta en

la goma las suelas, sobre las que ha de montar las dos únicas tiras que formarán la sandalia: una para sujetar el talón, otra para sujetar los dedos. La pana es un material ideal para fabricar esas tiras.

—La Divina Providencia, que no nos olvida. Ya tenemos aquí los pares que nos hacían falta.

—Las de la madre Paz se pueden forrar con este recorte de lana. Ella, que sufre de las piernas, lo necesita. ¡Bien calientes van a quedar con este trozo de lana sobre la suela!

La madre vicaria se extiende en proyectos con respecto a los otros recortes. Para todos hay aplicación. Hábito o toca pueden ser restaurados con ellos. Queda la madre trabajando, y la portera va de nuevo a atender su obligación. La campana suena mil veces. Y la madre tornera, entre el ir y venir, recuerda una cosa que la hace sonreír. Luego, a la hora de la recreación, cuando a la vez que trabajan les está permitido hablar, la madre tornera no olvida comunicárselo a las demás.

—¿Sabes sus caridades lo que comentaba con otro el aprendiz del sastre cuando me trajo los recortes? Pues decía: «Pero ¿para qué querrán las monjas tantos trapos?»

UN HABITO DE HACE VEINTICINCO AÑOS

Los trapos son artículo de primera necesidad en el convento de Villaviciosa. Veinticinco años tiene actualmente el hábito de la madre vicaria y se conserva muy bien, según ella.

—Ya no tiene nada del primitivo, pero está como nuevo.

El arte de la aguja es practicado diariamente por las religiosas. Aunque el tiempo libre, el tiempo en el que hacer algo para uno mismo es escasísimo. Apenas llega a la hora diaria. El resto del tiempo queda al servicio de la campana, que comienza a sonar a las cinco de la mañana. El remendado de los hábitos, el cosido y recosido de las tocas, en las que el almidón y la plancha pueden hacer milagros y dejar como nuevas las prendas que hace dieciocho años estrenadas, debe siempre ser hecho sin estorbar la disciplina general de la comunidad.

La oración lo coge todo. Sólo seis horas se destinan al descanso. Un descanso sobre jergón de maíz extendido sobre un catre.

—¡Más caliente, si usted supiera!—me dice la madre vicaria, madre Concepción.

Porque eso sí, la alegría y la conformidad son la regla general de la vida de estas religiosas. Cuentan sus apuros y trabajos con una naturalidad maravillosa, como si fuese algo que todo el mundo pasase. Y como yo me extrañe y admire de esta alegría me contestan:

—Pero... ¿no ve que somos voluntarias? Vivimos lo que hemos querido vivir, por amor de Dios.

CALDO... Y CALDO

Parece como si el tiempo se hubiese detenido en el convento. Las religiosas con quienes hablo, hace muchos, muchos años que no pisaron el mundo. A todas



Los balcones del Monasterio de San Pelayo se abren hacia la huerta

mis preguntas, a todos mis interrogantes, alzados sobre lo imperioso de las necesidades que observo a mi alrededor, ellas contestan que sacrifican todo el bienestar por cumplir con la misión que les encomienda la Iglesia: rezar.

—Pero ¿les estará permitido trabajar para solucionar lo más necesario, ¿no es verdad?

—Sí. Trabajar es algo permitido, pero el tiempo de trabajo se reduce a dos horas y media, las que nos dejan libres nuestras obligaciones en el coro.

—¿Y qué hacen, madre?

—Bordamos, cosemos... Nunca falta alguna mantelería que bordar o alguna casulla que nos encarguen. Pero nunca demasiadas.

—Y su dote, ¿no les produce ninguna renta?

—Noventa céntimos diarios por persona.

Es con estos noventa céntimos diarios con los que la madre María Jesús de San José da de comer a la comunidad. Con esto y con el pequeño producto de algún trabajo terminado y alguna limosna en alimentos. Cojo entre mis manos la medida de leche que desaguanan las madres, un que exiguo, «de niño pequeño», dice la madre Paz. Esto las sirve para sostenerse durante cinco horas. Antes de que llegue la colación de la mañana: un puñero del que a fuerza de añadidos y de grifo logran sacar un caldo.

—¿Y por la noche?

—¿Por la noche? Pues... otro caldo.

Eso sí, las escudillas relucirán siempre de puro limpias, y en las paredes no habrá más manchas que las que imponga la humedad. Haría falta vivir dentro de una de estas exiguas celdas para saber lo que significa la entrega al crucifijo.

UNA DIOCESIS EN ALZA

En realidad, en la diócesis de Asturias no hay muchos conventos de clausura en los que los problemas más imperiosos no estén solucionados. Quedan, eso sí, algunos monasterios, como los de las Carmelitas Descalzas de Oviedo y el monasterio de Navelgas, en los que la pobreza es extrema. Se procura remediárselas en lo posible con lo que se recoge en la colecta que anualmente se destina a este fin, y aun se señala un convento de una diócesis pobre con el que repartir la recaudación. Son estas ocho o nueve mil pesetas las que anualmente permiten un modestísimo respiro a estas comunidades, en las que el número de religiosos se eleva a veces a cuarenta.

Pero la transformación, la gran transformación se está realizando. Y, a pesar de que recién terminada la guerra hubo escasez de vocaciones y por unos años la vida del claustro languideció, hasta el punto de haber comunidades en un lamentable estado de abandono material, de nuevo las vocaciones jóvenes abundan y mujeres formadas, con fuerzas materiales, dan a la vida contemplativa nuevas directrices siguiendo la iniciativa del Santo Padre comunicada en la Encíclica «Sponsa Christi».



Fachada del Monasterio de San Pelayo, de Oviedo, habitado por monjas de la Orden de San Benito

EN «LAS PELAYAS» DE OVIEDO

Camino por Oviedo en dirección al monasterio de San Pelayo, habitado por monjas de la Orden de San Benito. Estas monjas son conocidas en toda la ciudad por el sobrenombre de *las Pelayas*, y así se llaman ellas a sí mismas, siguiendo la corriente al pueblo que las bautizo.

Crece el verdín, tan abundante aquí, en Asturias, por entre las amarillentas piedras. Algunos obreros trabajan al pie de la desgastada escalinata, probablemente poniendo petachos y remiendos donde haya que ponerlos. Y momentos más tarde ya estoy en el locutorio hablando con la abadesa, reverenda madre María Amparo.

Desde el primer momento me doy cuenta de que el convento de *las Pelayas* respira vitalidad, empuje, transformación. La madre abadesa es una mujer joven, clarividente, que me habla en seguida del gran momento que vive el convento de clausura, de la evolución necesaria.

—Fue en el año 1947 cuando el gran cambio empezó a laborarse. En este año los padres de Montserrat se constituyeron en padres del monasterio de San Pelayo por medio de una visita apostólica.

El monasterio en este año de 1947 vive un mal momento; las calamidades económicas son muchas, como lo son también en la mayoría de los conventos de clausura. Falta lo más necesario; se pasa por el dolor de ver morir a algunas de las religiosas más ancianas. Y la transformación comienza; la lucha se impone. Se impone la evolución.

Basándose en las Constituciones de la Orden, que autoriza el trabajo en caso de necesidad auténtica, las madres ponen manos a la obra.

—Los trabajos que se nos encargaron no fueron muy escogidos, pero lo único que queríamos era trabajar. Empezamos a lavar y a hacer colchones; a coser en el mejor de los casos. Y Dios ayudó, porque Dios ayuda siempre que las cosas se hacen en su nombre.

Las Pelayas de Oviedo, a partir de este momento, lavan y friegan. Ni un momento abandonan la clausura, ni un momento la oración decae. Al contrario, el ideal es hacer del lugar de trabajo un lugar de oración y de recogimiento. Llegan nuevas religiosas, la comunidad se enriquece con jóvenes bien preparadas. Y luego, poco a poco, el trabajo más escogido va llegando: bordados de casullas, tejidos...

EL TALLER Y LA ORACION

En el taller del monasterio las religiosas permanecen durante seis horas al día. Aquí teje una madre; más allá, dos hermanas se sientan al mismo bastidor. El jersey para niño, la toquilla o la mitra van surgiendo de entre las manos primorosas de las monjas. Ni un rumor, ni una frase si no son las necesarias para pedir un instrumento de trabajo. Sólo el ruido de la tejedora de la rematadora y el lento girar de las grandes bobinas de lanas de colores. Por las ventanas de la galería entra la luz de la mañana.



Monjas clarisas de Villaviciosa. El convento fue fundado en el siglo XVII



Seis horas de trabajo diarias en el taller de las Pelayas. La sala es también un lugar de oración

na, y los manguitos blancos de las monjas, los grandes delantales y las tocas se vuelven más luminosos en este quehacer constante.

También a veces hay sus prisas. La labor tiene que ser entregada a tiempo y faltan manos para ayudar.

—Ande, sor, ahora vaya usted a la cocina.

Porque de las dos hermanas que deberían encargarse de la cuestión culinaria, sólo puede haber una en la cocina, mientras la otra, por turno, se llega al taller a ayudar. Con la puerta también

hay problemas. La casa es grande y los pasillos largos; la hermana tornera tiene que ir y venir del taller a la puerta, de la puerta al taller.

LA REACCION DE LAS ANCIANAS

—Pero todas vivimos muy contentas. La sala de trabajo es un lugar de oración. Así compaginamos una cosa con otra. De esta manera, ayudadas en parte por la caridad de las gentes, hemos conseguido ir restaurando parte de la casa, sobre todo la capilla y el coro. Lo del Señor, al menos, que esté bonito.

La reverenda madre abadesa me lleva hacia la capilla, me enseña el coro. Ahora podemos ver bien el claustro, todavía derruido en parte. Una parte de las ventanas corresponde al noviciado, que ahora es común, y otra parte al taller.

—Dígame, madre, ¿cómo han acogido las ancianas todas estas nuevas normas de trabajo y actividad?

—Bien. Al principio se extrañaban un poco. Pero lo sentían más por las jóvenes que por ellas. «¡Ay pobres—decían—qué tiempos tienen ustedes que vivir!» Les da pena ver que las jóvenes se agoten trabajando y que, por ejemplo, suprimamos la recreación de la tarde. El hecho de rezar el rosario mientras se trabaja, también les extraña.

—¿Suprimen ustedes algún rezo?

—No. Únicamente devociones particulares. En cambio el oficio divino lo hacemos ahora más solemne que nunca, igual que la santa misa. Casi todo lo hacemos cantado.

Entra en el coro una hermana y se dirige a recoger su libro.

—Mire, ahora precisamente voy a empezar la clase. Todas las novicias tienen clase de canto gregoriano, y además, de la Universidad viene una profesora de latín a darles clase de esta materia. El latín nos es muy necesario a las monjas porque así comprendemos bien lo que decimos y el rezo deja de convertirse en una rutina. En este sentido se procura que la instrucción de las monjas sea lo más completa posible y también en el sentido de una mejor cultura general.

LA SOLUCION DE UN PROBLEMA

Hay un eco de voces, «Tota pulchra est... María...». Las galerías del monasterio son largamente silenciosas.

—¿Muchos problemas, madre?

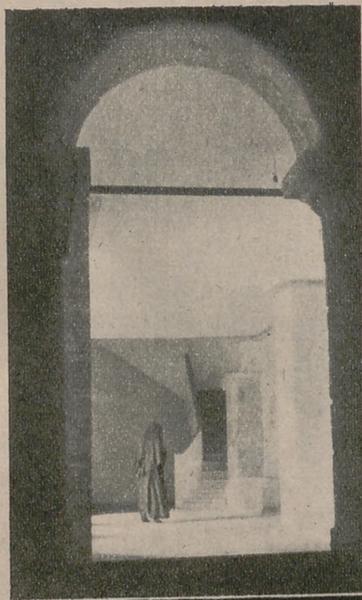
—Los lógicos, nada más que los lógicos.

Hoy, el monasterio de San Pelayo, el viejo convento de las Pelayas, tiene el espíritu tan nuevo y tan reciente como en los batalladores tiempos de su fundación. Porque al rumor de los rezos ha sabido sumársele este otro también leve del diario trajín en el taller.

Aire aquietado en el patio del convento, muros amarillentos de voces de otro siglo, tardes de calladas sonrisas de las novicias, todo tiene un sentido trascendente. Cuando salgo a la calle vuelven al mundo las voces de unos chiquillos que juegan en las escaleras de San Pelayo.

—¡Tira fuerte... tú...! ¡Tira.

María-Jesús ECHEVARRIA
(Enviado especial)



Uno de los pasillos del Monasterio de San Pelayo

bolsas de papel



GARANTIA DE PESO

GARANTIA DE HIGIENE

Los comerciantes al por menor expendedores de artículos alimenticios quedan obligados a entregar éstos envasados precisamente en bolsas o envueltos en papeles, según los casos. Se exceptúan de esta obligación el pan, las verduras y hortalizas y las frutas que por su naturaleza no requieren ser envueltas.

Artículo 1.º de la O. M. de 8 de junio de 1953 ("B. O. del Estado" del día 8 de junio de 1953)



**nuestra civilización no
sería posible sin papel**

ENTREVISTA CON EL SOCIOLOGO DON SEVERINO AZNAR



Una reciente fotografía de don Severino acompañado de la señora de Pava, esposa del Presidente de la Diputación de Alicante

DEMOCRACIA CRISTIANA Y PARTIDOS DEMOCRISTIANOS SON DOS COSAS DISTINTAS

Monseñor Tedeschi con Aznar y otras personalidades presidiendo en 1927 un acto de la Democracia Cristiana, en Madrid



CUATRO años hace que la robusta naturaleza de don Severino Aznar sufrió un rudo embate. Pero salió en triunfo y ha elegido para convalecer en sus invernaderos este prodigioso Alicante, donde la primavera tiene plantados sus reales todo el año. Si no fuera por sus dificultades para bajar escaleras, se diría que a sus ochenta y cinco años es un fornido y barbudo mozo de pelo entrecano a quien la sangre pide actividad, movimiento, optimismo primaveral. Alicante lo mimó, y para la colonia de invernaderos que ocupa el Sanatorio, es don Severino un niño grandote y sabio, de excelente humor, compañero ideal lo mismo para una partida de canasta o julepe que para hablar de literatura, de arte o de flores. De flores sobre to-

e insta a su amigo el Alcalde de la ciudad a que la inunde de jardines. «Mira, Agatángelo—le dice—, lo que podías hacer era un concurso de ventanas floridas. Tú tienes que ser el Alcalde de las flores. Y de ellas hace primorosa apología. También le preocupa la aspereza de una parte del paisaje alicantino y no descansa en gestiones directísimas para que Alicante tenga una gran pinada desde el castillo de Santa Bárbara al faro. Y preocupado por lo religioso sueña en un crecer de torres católicas sobre la cada vez más amplia extensión de la población. «La torre —dice— es una plegaria de piedra lanzada como una saeta al cielo, pero denuncia algo que vale más: fe y piedad.» Y a la fe y a la piedad canta un himno fervoroso. Yo voy algunas veces a con-

charlamos en las muchas ocasiones de vernos que nos brindan los actos públicos—Exposiciones, conferencias, inauguraciones, casi continuos en Alicante—a los que nunca falta. Hablamos mucho de su Aragón entrañable, donde tenemos comunes afectos, donde nos conocimos en una mañana inolvidable, allá en Tierga, su pueblo, donde culminaron los actos de un homenaje nacional a esta figura preeminente de la ciencia social española.

Hablarle de su tierra es hablarle del colegio de Aragón que él preside, y cuya misión ocupa sus mejores desvelos. Porque este ilustre senado, integrado por treinta personalidades aragonesas que residen fuera de Aragón, no se conforma con la reunión anual en Zaragoza, sino que tiene una actividad continua de gestión y consejo para resolver los problemas de Aragón. Ha influido en el rescate, restauración y devolución a la ciudad del histórico y artístico palacio de la Aljafería de Zaragoza, suntuosa residencia de reyes árabes y luego de reyes cristianos medievales, y en acelerar el ritmo de las obras del pantano de Yesa y de su canal del Aragón al Gállego, una de las más ambiciosas obras hidráulicas de España, imprescin-

Ellos, quieran o no, tienen que aceptar postulados del liberalismo

dible para el futuro de Navarra y Aragón. Y los eminentes catedráticos, ex ministros, rectores de Universidad, académicos, etcétera, que figuran en la Institución andan a vuelvas con el cemento, con la importación del

hierro, con visitas a los Ministerios para servir a Aragón.

Sobre la mesa de su cuarto unos libros, un devocionario escrito por un académico con fragmentos de clásicos, *Las vidas paralelas*, de Plutarco; *La leyenda negra*, de Julián Juderías; *El político*, de Gracián, y *Las Obras completas*, de Shakespeare. Esos libros son, al parecer, su violín de Ingres y revelan la finura y elevación de sus gustos literarios. No observa sólo a la sociedad. Se asoma también a las cimas del Arte y de la Historia.

Sobre la mesa hay también una cuartilla escrita en letra menudita; fresca está todavía la tinta con que la escribió. Le preguntó: «¿Algún libro en preparación?» El me dice: «No; es una diversión, una de mis impresiones íntimas.» Yo sabía que les estaba escribiendo, algunas había leído, otras le habían sido de delección sus compañeros de sanatorio. Son cartas que escribe a una sobrina suya navarra. No las escribe para la publicidad, sino para su solaz y el de su sobrina Mari-Tere Aznar. Y por eso precisamente tienen el frescor, la intimidad, la sinceridad y la valentía de lo que se escribe para que ningún público lo lea. Son páginas sabrosas, delicadas, a veces sutiles, a veces retozonas y siempre de pulcro y noble estilo.

«Las escribo —me dice— sobre las incidencias de mi vida actual que me impresionan. Esas inci-

géneas. A veces es un hecho que, como una ola inesperada, ha riñado la quietud superficial de mi alma; una expansión confidencial de mi vida interior; mi entusiasmo ante un paisaje que es uno de mis grandes placeres, un discurso o un libro que me han hecho pensar, un problema social que volvía a plantearse en mi soledad, raras veces una intrusión en la vida política de hoy, y muchas, una emoción religiosa incontentible.» Cuando le sugiero publicarlas, sonríe quíscamente malicioso. No las publicará. Y no tiene vanidad publicitaria alguna. Su modestia es grande. Me quedé de una pieza cuando al referirme a detalles biográficos suyos, y sorprenderse de que los supiera, a mi respuesta de que los conocía por el Espasa, exclamó con una mirada limpia, de niño ante un fenómeno raro: «Pero, ¿es que el Espasa se ha ocupado de mí?» Yo le he preguntado:

—«¿Está satisfecho de la influencia que su labor y sus campañas, que su pensamiento y su acción, hayan podido ejercer en la conciencia social española?»

—Si le dijera que no —me respondió— sería insincero y si le dijera que sí, sería un vanidoso. A esa pregunta, que le contesten otros si quieren. Ya la han contestado más de una vez, pagándome con illo prodigamente mi esfuerzo y sonrojándome de no haberlo merecido. Es verdad que he escrito millares de artículos y docenas de libros y folletos; que he dado conferencias en casi todas las ciudades de España e intervenido en muchos Congresos sociales nacionales y rodado por Europa en Asambleas internacionales de París, Ginebra, Locerua, Bruselas y Malinas, de Roma, Viena y Berlín. Es verdad que he fundado una biblioteca social e intervenido más que nadie en la fundación de las *Semanas Sociales*, hoy todavía florecientes. Para difundir mi ideología social he tenido la fortuna de disponer de dos magníficas tribunas: una cátedra de «Problemas sociales» en el Seminario de Madrid y luego una cátedra de Sociología en la Universidad Central.

Pero eso no basta para ejercer una visible influencia sobre la conciencia social española. Arrastrar la conciencia individual no es fácil, pero mover honracamente la mole inmensa de la conciencia colectiva es mucho más difícil. Si sobre ella he ejercido alguna influencia, no ha sido por mi trabajo individual, habrá sido por mi trabajo de equipo.

He fundado y dirigido tres revistas: en 1906, *La Paz Social*; en 1920, *Renovación Social* y en 1942, la *Revista Internacional de Sociología*. Al calor de cada una de ellas nació y creció un grupo de amigos unidos, no sólo por vínculos de amistad, sino principalmente por felices coincidencias ideológicas. A la sombra de *La Paz Social*, trabajé con Inocencio Jiménez, Salvador Minguijón y Le Brun. Nada éramos entonces y un día nos encontramos compañeros en la Universidad de Madrid y en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Jiménez, Minguijón y yo.

Renovación Social nació para ser el órgano del Grupo de la De-

presidí, y en él nació un grupo de 40 pensadores y hombres de acción de los que mayor prestigio habían logrado como escritores sociales o como organizadores de obras. De él fueron académicos diez, y más lo merecían. Entre los académicos se contaban Alvaro López Núñez, asesinado por los rojos; Juan Zaragüeta, el marqués de Guad-el-Jelú, Zumalacárrégui, Inocencio Jiménez, Luis Jordana de Pozas, Carlos Ruiz del Castillo, Salvador Minguijón, Alvarez Ude y yo. A él pertenecieron el mártir de la Revolución José Calvo Sotelo, su hermano Leopoldo, de menos voluntad y tal vez de no tan brillante inteligencia, pero de más imaginación y escritor más exquisito; el maestro de ciencia social de nuestros Seminarios, que en la formación del clero español ha ejercido acaso más influencia que nadie; hablo del canónigo José María Lloveras; el padre Bruno Ibeas, el magistrado del Supremo que acabó de fallecer, Juan de Hinojosa, León Leal Ramos, Amando Castroviejo, Sancho Izquierdo, ex rector de la Universidad de Zaragoza, Manuel Simó, Siurot, Amor, el notable internacionalista Antonio Luna, el padre Gafo, dominico, el padre Gerardo, agustino, los dos asesinados por la revolución marxista; los registradores de la Propiedad Martínez Santonja y Antonio Maseda; y el famoso deán de Oviedo, Maximiliano Arboleya.

Entre los hombres de acción destacaban el maestro social, abnegado de los Sindicatos obreros de Levante, Juan Reig, el deán de la catedral de Madrid, Juan Francisco Morán, los que sembraron Navarra de Sindicatos y Casas rurales, Flamarique y Eleta; Ramón Albó, insigne mecenas de la acción social catalana, y Juan Francisco Correas.

A la sombra de la *Revista Internacional de Sociología* se agrupan todos mis colaboradores y becarios del Instituto Balmes de Sociología y la pléyade magnífica de colaboradores españoles y extranjeros que enriquecen sus páginas.

Los esfuerzos de todos ellos explicarían la influencia notoria que se ha ejercido en la conciencia social española y en la legislación del régimen. Todos cultivábamos el mismo huerto y sería impudencia el quedarme yo con todos los frutos. Esos equipos, y no yo solo, habrán preparado al presente social español ambiente propicio. Sobre todo el equipo de la Democracia Cristiana. Yo le digo:

—¿Cómo y para qué nació su Democracia Cristiana?

—Mi Democracia Cristiana no es mía. La aprobó y definió León XIII en su Encíclica *Graves de communi* hace más de medio siglo. De ella se envanece, entre otros, el cardenal Mercier, acaso la más señera figura de la cristiandad en su tiempo, el padre Rutten, llamado en Bélgica «el Papa blanco», al que su patria debe no haber sido destruida por el socialismo, el cultísimo académico francés Georges Goyau, Toniolo, el gran economista italiano, que murió en olor de santidad; Mgr. Pottier, profesor de ciencia social en el Seminario leonino de Roma y consejero que fué de tres Papas; ilustres hombres de ciencia de Holanda, Polonia, Suiza y los Estados Unidos; y en España, el doctor Maurra, obispo de Orihuela, que sobre esa Democracia Cristiana escribió volúmenes; el doctor Torras y Bages, obispo de Vich, acaso el prelado de más alto pensamiento que Cataluña dió a la iglesia; el doctor Soto y Mancera, obispo de Badajoz, y que parecía ser un iluminado obispo de las primeras Cristiandades; el fecundísimo arzobispo de Tarragona, doctor Antolín López Peláez; el que murió arzobispo de Valencia, doctor Salvador y Barrera; y el insigne arzobispo de Toledo, sardenal Guisasaola. Señalo las cumbres, pero abajo, en la llanura, muchos hombres beneméritos, entre los que destacan los que formaron el Grupo de la Democracia Cristiana.

Con esa compañía cualquiera puede llamarse confiado demócrata cristiano.



La redacción de «La Paz Social», de Zaragoza, en 1906. De izquierda a derecha: José Latre (Le Brun), Salvador Minguijón, Severino Aznar e Inocencio Jiménez

—Y, ¿qué es e.a Democracia Cristiana?

—La Democracia Cristiana es la acción de los católicos encaminada a la difusión teórica y a la incorporación práctica del ideal social católico, contenido en los Evangelios, en la tradición de la Iglesia y en las Encíclicas de los últimos Pontífices, a las leyes, las instituciones y las costumbres; aspira a la depuración, a la purificación de la sociedad y es dinamismo, acción, apostolado. La sociedad es como la atmósfera en que vivimos inmersos. Si esa atmósfera está contaminada, lo que respiremos nos envenenará. Si en la sociedad se hunde el ideal cristiano, los individuos, aún los mejores, ven llena de tropiezos y humillaciones la ruta de sus destinos.

La Democracia Cristiana tiene un fin genérico: el bien común y la justicia social para todos; y otro específico: la elevación económica, social y moral de las clases económicamente débiles, no sólo las asalariadas, sino otras aún más abatidas y sufrientes física y moralmente.

«La acción de esa democracia es un trozo de catecismo, Democracia Cristiana, por su fin genérico, es sinónimo de catolicismo social. Su democratizar es cristianar directamente a la sociedad y preparar así a los individuos un ambiente sano y fácil para su dignidad y su vida. Y en ese aspecto todo católico tiene que ser demócrata cristiano. «Entendida así —dice el padre Antoine—, debe ser aceptada por todos los católicos, porque proviene de la esencia del Evangelio.» Para no admirarla y aplaudirla es necesario ser un ignorante o un renegado.

«El fin específico es consecuencia de uno de los Mandamientos fundamentales de Dios: el amor al prójimo, y de un dogma creado por la Oración Oficial del

Cristianismo, inventada por el mismo Jesucristo, el Padre Nuestro, y es la Fraternidad Cristiana. Y, por eso, para no querer la elevación económica, social y moral de las clases sociales a que se alude, es preciso sustituir el amor al prójimo por un egoísmo brutal y la fraternidad cristiana de Jesús por el *homo homini lupus* de Hobbes. Hay que renegar de su fe o ignorarla.»

Habla lento, sereno y afable, pero cuando el tema enardece, no sólo su cerebro, sino también su corazón, su hablar siempre jugoso y ameno, se hace vigoroso, recio, vivaz y juvenil. Un día la escribía Azorín:

«Ha escrito usted una espléndida semblanza de Arboleya, en estilo vivo, suelto, juvenil. Le envidio.» Azorín captó bien al escritor. Esa es la impresión que da cuando se entusiasma; impresión de vivacidad, de soltura, de juventud. Hasta en la voz. Oyéndolo entonces, sin verlo, no se puede imaginar a un viejo de ochenta y cinco años, sino a un joven de treinta. Hay juventud en su inteligencia y en su voz.

—Y, ¿qué semejanzas y diferencias hay entre esa Democracia Cristiana y los partidos demócratas cristianos que hoy figuran en muchos países?

—Antes de nuestra guerra de Liberación había ya partidos políticos demócratas cristianos en casi todas las naciones de Europa. Franca o clandestinamente celebraban sus asambleas internacionales y a mí como presidente del grupo de la democracia cristiana en España me invitaban a ellas. Les contesté que nosotros no éramos ni queríamos ser un partido político, que éramos un apostolado, acción social católica pura y exclusivamente; que para ingresar en nuestro grupo bastaba ser fieles a nuestros dos grandes fines; que cada uno podía afiliarse al partido de su preferencia,

siempre que en él no se viera obligado a combatir o ser indiferente a nuestro programa. Ante su asistencia hice un afijo que uno de nuestros compañeros, Salvador Mingujón, hoy magistrado Supremo, fuera de espectador una de sus Asambleas. Y después entonces nos dejaron en paz.

Nosotros hemos creído que los partidos demócratas cristianos han prestado servicios a sus patrias y el catolicismo social, por tanto, hasta a la democracia cristiana. Sin ellos, en Italia y Francia, por ejemplo, comunistas y socialistas habrían, en un momento dado, arrasado todo y habrían hecho dueños del Estado y habrían tiranizado a sus patrias. No queremos negar el papel de la justicia ni a los que ultrajaron, acompañando orgulloso y un poco idiotamente a sus hermanos los católicos fieles, sino a nuestros perseguidores, a los incendiarios de nuestros templos y asesinos de nuestros obispos y de nuestros sacerdotes. Que ellos respondan eso ante su conciencia y ante Dios.

«Ellos buscan directamente el Estado, nosotros la sociedad. Ellos quieren un día el Estado y poder no tener la sociedad. El que adquiere la sociedad tendrá naturalmente el Estado. Ellos tienen vivir en perpetua hipótesis. Pero que los toleren los otros partidos tienen que tolerar hasta a los que quisieran su exterminio. Para llegar al Poder se ven obligados a alianzas que los desfiguran y que borran los contornos del ideal. Nosotros, en perpetua hipótesis porque nuestro ideal es el catolicismo vivo, en sus principios inmóvil, resistente como una roca.»

Ellos tienen un programa político: quieran o no, en una otra proposición, tienen que aceptar postulados del liberalismo heredados de la revolución francesa. Nosotros tenemos un credo



El Colegio de Aragón, presidido por don Severino Aznar, después de ser recibido por el Caudillo en Zaragoza, el 14 de octubre de 1954

gioso y somos libres como los pájaros para rechazar o someter a crítica dura esa mala herencia del liberalismo que fenece. Para entrar en esos partidos políticos se les examina de política; para entrar en nuestra Democracia Cristiana se les examina de catecismo y acaso también de noble afán proselitista.

—Y ¿por qué tratan a ustedes con menosprecio y les encoleriza que se llaman demócrata?

—No nos menosprecian; nos envidian. Muchos de ellos son a la vez demócratas a nuestra manera, como algunos de los nuestros son demócratas políticos. Ellos querrían que lo fueran todos aun renunciando a nuestro ideal y que les consagráramos nuestra actividad. Piensan que lo ideal de la democracia es el Gobierno del pueblo por el pueblo; yo creo—y me puedo equivocar que lo esencial en ella es que el pueblo no tenga tiranos. Ellos son esclavos de la etimología; yo creo que es más sensato buscar a esta palabra el porqué y el para qué. Cuando Solón dió democracia a los atenienses, fué para liberarlos de tiranías. Cuando la plebe romana hizo su aparatosa y eficaz retirada al Aventino y comenzó a gobernar algo, fué para liberarse de la tiranía patricia. Aristóteles dice que el fin de la democracia es la libertad, que no se sienta el pueblo tiranizado. Y ¿no ofrece más garantía de libertad para el pueblo este amor al prójimo predicado como principio básico de la conducta humana y la fraternidad cristiana que Jesús enseñó al mundo, que los principios de la revolución francesa o una ley que hoy se da y mañana se deroga o se olvida?

El Gobierno del pueblo por el pueblo puede ser un medio de liberarse el pueblo a sí mismo, medio, no fin. Y si los filósofos y políticos que inventaron en Grecia la palabra hubieran conocido la religión creada por nuestro Salvador, esencialmente popular, hubiera encontrado en ella otro medio de liberación popular, tan demócrata como el inventado por ellos. Y mucho más eficaz.

En apariencia y en la propaganda, en Rusia parece que el pueblo gobierna, pero quien lo gobierna es un monstruoso tirano. Su democracia es una democracia ful, una burla sangrienta. El pueblo gobernaba en Roma—no como nación, sino como clase popular—bajo Clodio, aristócrata demagogo en ausencia de César. Y ese pueblo-clasista se convirtió en tirano del pueblonación. Nosotros hemos tenido más de un siglo de democracia, pero olvidaban al pueblo y con frecuencia le robaban hasta su pequeño jirón de democracia, el voto; ¿era eso democracia? ¿Servía de algo al pueblo? ¿Gobernaba? Díón, el que liberó a Sira-



Don Severino Aznar, en el despacho de su residencia de Madrid

causa del tirano Dionisio, o Arato, el que consagró su vida a limpiar de tiranos las ciudades helénicas, fueron incomparablemente más demócratas que los tiranos del Kremlin, que los socialistas que van a la caza de la dictadura del proletariado, que es también tiranía, y que la mayor parte de los portaestandartes de la democracia en los partidos políticos de Europa.

Eso fué el grupo de la democracia. Sólo uno de nuestros compañeros se empeñó durante algún tiempo en que nos hiciéramos demócratas políticos. Fué el que varias veces fué ministro conservador, Burgos y Mazo. Yo me negué, y conmigo todo el grupo. No había comprendido nuestra democracia; tal vez soñaba con la creación de un partido demócrata cristiano como los de hoy y los más numerosos existentes entonces en Europa. Pero ¡aquello hubiera sido nuestra muerte. Había en el grupo carlistas, mauristas, datistas, conservadores a secas, simpatizantes con la democracia política y extraños a todo partido. Si nos constituíamos en partido político,

cada uno se hubiera ido con el de sus preferencias y el grupo se habría disuelto. Teníamos que dividir, además, los dos fines que limitaban y embellecían nuestro ideal. Todavía insistió en artículos que publicó en una revista que en París dirigía el abate Lugañ. También enfrenamos aquella campaña. Y desde entonces fué un amable y buen compañero. Fué, además, generoso con el grupo, pues a su disposición puso sus siete gruesos volúmenes en cuarto titulados *El problema social y la Democracia Cristiana*. Pero en sus últimos años la democracia política lo extravió. Fué bien intencionado. Y yo quisiera y espero que ahora pueda decir lo que se lee en la sepultura dedicada a Luis Veuillot en el «Sacré Coeur» de París: *Je crus, je vois*. En su estilo lapidario, Veuillot quería decir: *Creía cuando vivía en el mundo. Ahora veo, Dios mío*.

Don Severino vuelve pronto a Madrid y por este año ya no le veremos más en esta ciudad de Alicante, donde es tan querido y con la que él se ha encariñado.

Dámaso SANTOS

Solicite una suscripción a

POESIA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5

MADRID

NO HAY TIEMPO APENAS PARA EL OCIO

Por Sabino ALONSO-FUEYO

EL mundo actual está lleno de sabios, de grandes descubrimientos, de avances técnicos extraordinarios. Nuestro mundo está como sorprendido de su virtualidad creadora, orgulloso de su capacidad destructiva, y, no obstante, este mundo de hoy no es el mejor de los mundos, ni muchísimo menos, porque los pueblos no se entienden entre sí y las gentes solventan sus diferencias a tiros. Prueba palpable ésta de que el mundo actual está convencido de su fracaso.

Acaso radique esta conciencia que el mundo de hoy tiene de su fracaso en que no bastan ni el puro saber ni las enseñanzas abstractas para elevar y ennoblecer las almas. La elocuencia de las cosas, las lecciones de la experiencia y los ejemplos vivientes influyen más decididamente en la acción social, en las aspiraciones colectivas, y ejercen mucha mayor influencia en la formación de las juventudes, de los caracteres populares que la ciencia de los libros. Lo cual quiere decir que la más alta cultura que la sociedad es capaz de adquirir no es, ciertamente, la que es fruto de un frío intelectualismo o de una técnica desproporcionada, sino aquella que se va depositando generosamente en la vida privada y social de cada uno, en el corazón y en los mismos sentimientos, al propio tiempo que la inteligencia. Para expresarlo mejor y en una sola frase: aquella cultura que favorezca de veras la entrañable vida de familia.

Se deben aumentar las escuelas gratuitas, abrir Universidades Laborales, hacer la más sabia reforma del Bachillerato que haya existido jamás; se pueden multiplicar y hasta abaratar los motivos distintos de diversión..., pero hay que seguir favoreciendo, a la vez, las condiciones necesarias para la tranquilidad y el sosiego de la familia, eliminando obstáculos y trámites excesivos, pues si no se priva al hombre de la mejor parte de su patrimonio netamente humano. Basta para darse cuenta de esto el comparar el papel que representa el obrero en su fábrica con el que desempeña en su casa. En aquélla es generalmente un medio útil; se le va reemplazando por la máquina inconsciente, su presencia se hace así innecesaria. En la familia, por el contrario, es hombre, nada más que un hombre, plenamente hombre. Nadie puede reemplazarlo.

Todo trabajador encuentra en el hogar su autonomía y una dignidad iguales a las que poseen en sus hogares los más destacados personajes de la sociedad. Porque está persuadido, convencido, de que así como la muerte reduce a todo el mundo al único nivel de méritos, del mismo modo la familia somete todas las superioridades, todas las desigualdades sociales al único nivel del valor humano. Y es que uno sabe sobradamente que ni por más ciencia ni por más riqueza se llega a ser esposo y padre, sino por sí mismo, por la propia sangre y por la propia alma. Es más: el hombre trabaja—y me refiero tanto al que labora con la inteligencia como al que produce manualmente, tanto al que escribe como al que ara—porque es eso exactamente: un hombre, un padre, y todo le sería insoportable, amargo, si las dificultades que le ocasionan sus luchas por la existencia, por el sustento no le proporcionasen el medio de asegurar la felicidad familiar: la suya y la de los que comparten con él su suerte.

He ahí el objetivo central de toda cultura, de toda acción sabiamente política orientada a conquistar la calle, a apoderarse de las inquietudes ambiente, que transforme, depure y aglutine como una verdadera fuerza de impulsión. La vida, que es ocupación y preocupación, se está haciendo extraordinariamente difícil. Uno tiene que emplear al mismo tiempo que ejerce su habitual profesión, un buen tanto por ciento de las energías en remover los óbices y dificultades que se interponen en su camino, con detrimento muchas veces de sus obligaciones esenciales. Uno tiene que estar en guardia frente al intrigante; que defenderse de la envidia, de la murmuración; tienen que bracear con denuedo entre un mar de papeleo sin fin. Consecuencia: que uno apenas dispone de un instante para el diálogo íntimo en el hogar para el ocio fecundo, para el descanso reparador, que tanto necesita el estudioso y cualquier lector, y sin el cual no es posible exista una cultura auténtica.

Y con un poquito de calma, desde luego, para saborear un buen libro, escuchar un concierto y contemplar un paisaje.

Acompañe sus vacaciones con la lectura de EL ESPAÑOL

EL CORREO LLEGA A TODAS PARTES Y A USTED NO LE FALTARÁ SU SEMANARIO PREFERIDO SI NOS ENVIA ESTE BOLETIN

Don
desea recibir EL ESPAÑOL durante los meses
..... en su residencia de
A partir de deberá remitirsele
a



Los niños de la Colonia italiana en Madrid tienen escuela propia, donde se siguen los procedimientos pedagógicos Montessori

SE ACLIMATAN BIEN LOS ITALIANOS A LA VIDA ESPAÑOLA

OBTIENE GRAN ÉXITO EN BARCELONA Y MADRID LA EXPOSICIÓN DE ARTE CONTEMPORANEO PRESENTADA EN NUESTRO PAÍS POR LA GALERÍA NACIONAL DE ROMA

LA COCINA ITALIANA HA TENIDO SIEMPRE EN ESPAÑA NUMEROSOS AFICIONADOS GASTRONOMOS

Si algún italiano habla de «Feliche», no hay que dudarlo, se refiere a Felice Grassone, dueño de la Hostería Piamontesa de la Costanilla de los Angeles.

Si se penetra en su interior, las conversaciones de los comensales advierten en seguida al visitante que no se encuentra entre españoles. El «chero», el «alora», el «rivedechi» que llegan a los oídos con abundancia, de lingüales eles y débiles ies prestan encanto y dulzura al acento, el italiano. Según reza el adagio, «para hablar con los ángeles».

Sobre algunas mesas, la carta, un díptico grande de color pajizo, cubierta de nombres italianos de traducción sabrosísima espera la elección hacia el más succulento plato. En otras, unas botellas de madera típicamente cónicas, circundadas de anillos dorados, encierran el vino de Marsala.

Cuando la persona que elige es italiana—casi todos lo son—o sudamericana, la elección es siempre parecida: «spaghetti», «arrostini annegati» o pato con naranja y de postre «cassata». Pero sobre todo el queso, el famoso queso de Parma al que tan aficionados son los italianos.

Si es español—muchos clientes lo son sobre todo levantinos—y quiere conocer las comidas típicas de aquel país, rechazará el «spa-



Hemeroteca italiana en Madrid, donde pueden leerse casi al día las principales publicaciones de Italia

gheti» por el terror que le produce comerlos en forma correcta y los sustituirá por la «pizza», la típica «pizza» napolitana.

El dueño, «don Feliche» o «Feliche» a secas para sus connacio-

nales, es un piamontés nacido en Turín que tiene en su haber cuarenta o cuarenta y cinco años. Hace ya muchos que llegó a España—corría el 1937—como cecillero del embajador de su país...



El Instituto Italiano de Cultura, de Madrid, desarrolla una extensa labor cultural y artística, donde los conciertos son muy frecuentes. En las fotos, durante una audición de piano y al final de un concierto



y aquí se quedó. Y se casó, también en Madrid, con mujer italiana.

Su sonrisa amplia, en él habitual, se apaga cuando se encuentra en plena faena. En estos casos los quehaceres de su próspero negocio y el calor de los manjares que se condimentan en la cobriza cocina arrancan a su cabeza apañadas gotas de sudor que se apresura a recoger con el pañuelo, pero su chaquetilla cerrada y blanca, permanece intacta. Mal momento es éste para preguntarle el secreto de su éxito entre los italianos residentes en la capital.

Las horas propicias, por tanto, son antes de que el público comience a llegar, casi mientras come. Comida que interrumpe para charlar.

—La cocina italiana ha tenido siempre en España aficionados gastronómicos. Célebre fué Piccio, el fundador hace cincuenta años del Buffet Italiano, que ha permanecido hasta hace poco en manos italianas.

—¿A qué se debe el gusto por las pastas de los italianos?

—No hay abundancia de pescado en Italia. De ahí que haya que sustituirle, haciéndole generalmente con las conocidas pastas —«spaghetli», «canalónis», «raviculis»— que en España se hacen con harina de trigo y en Italia con sémola, lo que les proporciona diferente calidad y sabor.

—¿Es difícil encontrarlas aquí?

—Casi siempre las hacemos nosotros mismos, aunque en Barcelona hay dos establecimientos italianos dedicados a la elaboración de estos comestibles típicos.

Sin embargo, hay numerosas heladerías italianas, aunque no es fácil tomar en ellas la riquísima «casatta» de bizcocho y licor y el famoso «tutti frutti» que pusieron de moda los Hermanos Marx, allá por el año de la película «Un día en las carreras».

—Sí; generalmente son los italianos del Sur. En Sicilia se hacen helados de jazmín y azahar que huelen y saben a flores.

—¿Y usted que prefiere, la cocina española o la italiana?

—En general no hay grandes diferencias, sobre todo en la Cispadana, donde se emplea el tomate y el aceite de oliva y el «basilico»—especie de hierbabuena—; pero creo que, en general, comemos todos a la italiana, y si me apuran casi más cuando venimos.

—Así, pues, ¿sus clientes puede decirse que son todos los italianos de Madrid?

—«Eco».

—¿Son muchos?

—No lo sé. Eso donde lo saben es en el Consulado.

TRES MIL ITALIANOS EN MADRID

Subiendo por la calle de Maldonado, antes de llegar a la avenida del Conde de Peñalver, en

el número 31, se encuentra el Consulado italiano de Madrid. Es un edificio blanco y rosa, en cuyo primer piso se advierte el escudo de Italia.

Una vez dentro, mientras se espera, un caleidoscopio de carteles multicolor alegra el mirar y le atrae el deseo de visitar «nel paese piu bello» del mundo... hacia Sorrento, Ischia, Macerata, Palermo.

Pocos italianos. Algunos sacerdotes esperan el visado que les abra las puertas hacia la Ciudad Eterna.

El señor cónsul es hombre lleno de deseos de hablar de su país. Conoce muy bien a todos sus compatriotas que residen en Madrid y está pronto a dar cualquier información que redunde a favor de aquéllos, sobre los que ejerce una tutela casi paternal.

—La jurisdicción del Consulado de Madrid se extiende a unas 3.300 personas, que, en su mayoría, viven en la capital.

Númericamente la colonia italiana se encuentra en España en quinto lugar. Después que Portugal, con 18.000 residentes, y que Francia, con 15.000, y que Alemania, con 9.000, y aun que Gran Bretaña, con 7.000. La colonia italiana cuenta con 6.947 residentes.

La mayoría de los italianos que vienen a residir en España se quedan en Madrid, Barcelona, Bilbao, Sevilla y Las Palmas, y, en menor proporción en Zaragoza y Valladolid, dándose el caso de que, hasta hace pocos años, muchas de sus instituciones administrativas se encontraban en Barcelona, y poco a poco se han ido trasladando a la capital, lo que, sin duda alguna, implica a la vez un movimiento migratorio de la colonia hacia las regiones centrales.

No obstante son muchos muchísimos los italianos residentes en zonas catalanas y levantinas, sobre todo los genoveses, los ligures, que encuentran gran afinidad de carácter con los naturales de aquellas poblaciones. La circunstancia de estar asomados al mismo mar, y no hay que olvidarlo, las razones históricas que desde el Imperio Romano han mantenido ligados a ambos países, proporcionalmente a los habitantes ribereños de ambos lados del Mediterráneo innumerables motivos de contacto

—¿Se aclimatan bien los italianos a la vida española?

—Un italiano en España se encuentra como en su propia casa, y no echa de menos la suya de Italia. Esto hace que no experimenten la necesidad, como en otros países, aun del mismo origen racial, de agruparse para no sentirse aislados. Hay muchas familias italianas establecidas en ella desde hace más de cincuenta años, y es corriente que en una misma, unos miembros sean italianos y otros españoles. También es frecuente, casi tradicional, que el italiano venga soltero a la Península y se case con una española, y no digamos nada de los numerosísimos italianos nacidos aquí. Su permanencia suele ser definitiva. Pocos son los que se van. De España es del único país del mundo del que yo he visto

marcharse llorando a Italia a muchos italianos.

Conocido es también el caso del célebre cantante Anselmi, que legó su corazón a los madrileños, y aquí se conserva.

Tampoco es fácil distinguir en España a los italianos por el idioma. La mayoría de ellos hablan perfectamente en español y llegan incluso a expresarse mejor en él que en su idioma nativo, el cual a veces hasta casi olvidan o lo hablan con acento español.

UNA INSTITUCION DE HACE UN SIGLO

Las instituciones italianas más importantes son tres, aparte de las diplomáticas: la Cámara de Comercio, la Sociedad Italiana de Beneficencia y el Instituto Italiano de Cultura.

La Sociedad Italiana de Beneficencia, la más antigua, tiene su sede en el mismo Consulado. Su presidente actual es el comodoro Vincenzo Rialdi, y se encuentra bajo el Patronato de las autoridades italianas, siendo su presidente y vicepresidente honorarios el embajador y el cónsul de Italia en Madrid, respectivamente.

El comodoro Vincenzo Rialdi es el actual presidente de la Compañía de Seguros que se conoce con el nombre de I. N. A. Pelo blanco, casi plateado, rostro atezado, palabra precisa y breve, el comodoro es rotundamente claro, un hombre de negocios hecho a medir el tiempo, pero decidido a no perderlo en todo aquello que signifique beneficiar a los necesitados. Y si los necesitados son italianos, más.

El origen de la Sociedad Italiana de Beneficencia se remonta a mediados del siglo pasado, durante el que la colonia italiana ya mantenía un hospital en Madrid, como lo hacían casi todas las Comunidades, para asistencia a los romeros que se dirigían en peregrinación a Santiago de Compostela.

Cuando se instituyó la unidad de Italia fué absorbido el hospital por las obras de asistencia.

—Yo he encontrado, buscando en los archivos de Italia, un Boletín Oficial Italiano de 1891, en donde se reconoce la transformación del hospital.

Los necesitados de la colonia reciben asistencia en un local instalado en las Escuelas Italianas, expresamente asignado por el Consulado. En Barcelona también se desarrolla la misma actividad.

La ayuda es, principalmente, de carácter asistencial, habiendo realizado durante el último año 245 intervenciones y, en menor grado, por necesitarlo menos también, de apoyo a los económicamente débiles. Dieciocho han sido también durante el año 1954 las familias ayudadas en forma habitual.

—Así impedimos —añade el señor Rialdi— que los italianos vayan a molestar a las instituciones españolas.

—¿Con qué recursos cuentan para hacer frente a estas actividades?

—Con las donaciones que los miembros de la colonia aportan para dicho fin al Consulado voluntariamente.

EN CADA PROFESION, UN ITALIANO

En la Gran Vía se encuentra otra de las instituciones italianas establecidas en la capital, la Cámara de Comercio, de la que es presidente el doctor Vittorio Ricci Maccarini.

Don Ottorino Grazzini es actualmente el secretario, pero para la colonia italiana sigue siendo el coronel Grazzini, a pesar de estar retirado de la vida castrense hace ya varios años por las heridas sufridas en la guerra, casi todas ellas en España.

Se expresa correctísimamente en castellano. Los dientes apretados y blancos, el bigote y el pelo entrecano. Ojos, que de vez en vez, se paran al mismo tiempo que su voz, buscando la palabra adecuada. De estatura media, como la española, viste americana sin cuello ni solapa, y su porte es en extremo atildado.

—Las profesiones que los italianos ejercen en España —explica— son muy numerosas; en todas o casi todas ellas hay siempre un italiano que las representa. Especialistas y técnicos son bastantes; después, comerciantes, artistas, artesanos en todas sus ramas, empleados...

Sin embargo, hay actividades por las que los italianos tienen marcada predilección y habilidad. Alguna de ellas de raigambre histórica, por ejemplo, la navegación, la Banca, secular en Italia desde los Médicis; los Seguros, la construcción de maquinaria de precisión, la de automóviles y motocicletas, y no digamos nada de arte en todas sus manifestaciones.

Casi todas están representadas en España, si bien, en cuanto a Empresas se refiere, en la proporción establecida por el Estado español, que limita en todas ellas la participación de capitales extranjeros.

En Banca, La Nazionale del Lavoro, con sede en Roma y en Madrid; en Seguros, las «tres grandes»: Assicurazioni Generali, la Adriática y el Instituto Nazionale delle Assicurazioni, más conocida por la I. N. A. Entre las de automóviles y motocicletas, la «Fiat» («Seat» en España), la «Lambretta», la «Iso», la «Guzzi» y, sobre todas, la popularísima «Vespa» o «Vespina», como ellos dicen, cuya primera entrada en tierra española fué como obsequio al comandante García Cruz por su victoria hípica sobre «Quorum» y que tan famosa ha hecho después la película «Vacaciones en Roma». La «Hispano Olivetti», tan conocida de los mecanógrafos españoles. La «Sniace», la «Pirelli», con domicilio también en Génova, y por cuyo solo enunciado se concen sus productos, El «Italcable», la «Pier Bussetti», entre las dedicadas a viaje. Sería interminable su lista.

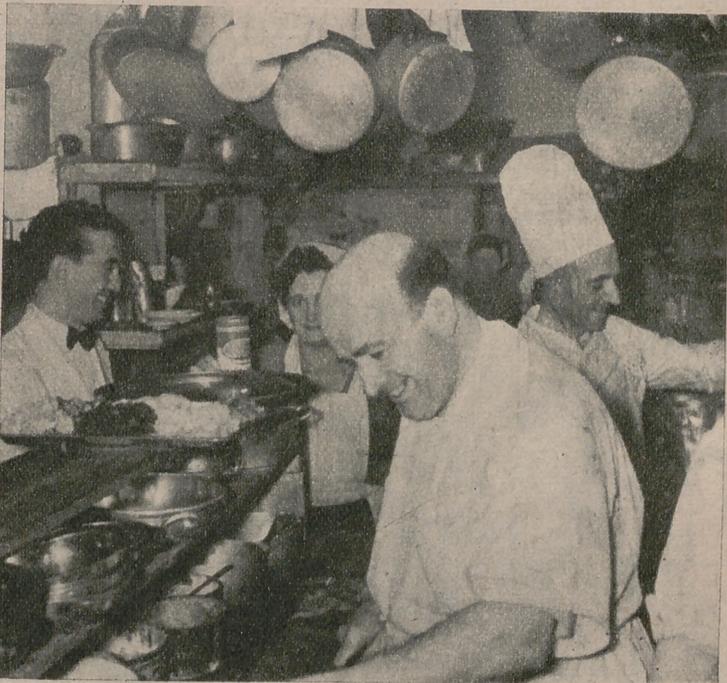
—¿Y de intercambio comercial?

—Muy limitado. Se trata de naciones de producción muy parecida y en la que los tratados comerciales se basan en una política de buena voluntad. Sería, como dice nuestro aforismo, «partire vasi a Samo e notte ad Atene», o lo que es igual en español, «llevar vasos a Samos y murciélagos a Atenas». No obstante, nosotros importamos pescado, anchoas en salazón, atún, piritas de hierro y plomo, colofonia. Italia envía por su parte maquinaria, etcétera.

«BAMBINO» EN LA CALLE DE AGUSTIN DE BETANCOURT

En las primeras horas de la mañana, la calle de Agustín de Betancourt despierta con la algarabía de los «bambinos» que se dirigen al Instituto Italiano de Cultura.

Los uniformes, azules o blancos,



La cocina típica italiana es muy apreciada en Madrid, donde existen varios «restaurantes» regentados por italianos

se pierden rápidamente en el amplio vestíbulo de mármol, que se abre a los infantiles ojos como un espacio limpio, inmaculado, en el que apenas existe la mancha oscura de algún mueble. El amor por los espacios se encuentra en todas las instituciones, en todas las empresas, en todas las casas de los habitantes que componen la colonia, hasta el punto de adquirir un verdadero grado de belleza.

Los quinientos alumnos de su matrícula —de los que las tres quintas partes son españoles— se distribuyen por las clases de Enseñanza Primaria o de Grado Elemental. Algunos de ellos asisten a los cursos de esgrima o de danza, otros a los de gimnasia o a las instalaciones deportivas por pertenecer a los equipos de atletismo o baloncesto.

Pero lo que llama poderosamente la atención son las maneras, el «estar».

La señorita Iolanda Ferrari, directora de la Enseñanza Primaria, lo aclara:

—Aquí, el sistema que se sigue es el educativo. Especialmente en las primeras edades los niños tienen, sobre todo, que aprender a vivir.

En la clase de párvulos, algunos pequeños, con grandes fichas de maderas de colores, de las que en España se utilizan en el castizo juego de la «pulgaa», se adiestran en ordenarlas con arreglo a la escala cromática, mientras otros agitan tubos de madera rellenos de piedrecitas, y las colocan asimismo con arreglo a su grado de sonoridad. Es material Montessori. Se trata, sin duda, de la educación estética de los sentidos. La preparación de la infancia hacia la verdadera vocación de raza, el culto a la belleza.

—¿Y el sistema pedagógico?

—El Montessori y el Froebel combinados.

Esta vez es el profesor Carlo Deczin quien contesta, el director de la Enseñanza elemental del Instituto. Los títulos obtenidos en el Instituto Italiano son oficialmente válidos tanto en Italia como en España.

Pero la verdadera finalidad del Instituto es la de intensificar las relaciones científicas, literarias y artísticas entre España e Italia, dirigiéndose particularmente a las personas de nacionalidad española e italiana que deseen una co-

laboración cultural cada vez más intensa entre ambos países. Para atender a tales fines tiene establecidos diversos servicios: la Biblioteca, con cerca de 7.000 volúmenes; una Hemeroteca, que recibe alrededor de las 350 publicaciones; la publicación bimestral de un Boletín de Información titulado «Cronache Culturali», de 80 páginas y con una tirada de 3.400 ejemplares; una Discoteca, que acaso tiene los mil discos; el «Teatro sperimentale», hasta hace poco tiempo dirigido por nuestro Fernando Fernán Gómez; la Cineteca, que dispone de 150 documentales de arte; una Fonoteca, con archivo de 1.000 diapositivas y de 3.500 fotografías, etc. Sería muy largo enumerar todas las actividades de esta institución.

A las once de la noche es frecuente que todavía las puertas del Instituto se hallen abiertas en una actividad incansablemente mantenida por su director, el profesor Luigi Rivera. A estas horas ha abandonado su espacioso despacho, que él llena en un ir y venir constante, y comienza a recibir a los numerosos asistentes, españoles e italianos, de los conciertos que frecuentemente organiza.

El salón de conciertos es luminoso, rectangular, cortado en dos por tres arcos de factura italiana. Al fondo, sobre el estrado, el piano de cola que iluminan diez focos, redondos y cónicos, colocados precisamente en zigzag, arrancar a la vez todos los matices rosados de la cortina del fondo. Aca y acullá, adosadas algunas lunas venecianas.

Poco a poco el salón se ha ido llenando. Sobre el teclado, las manos de un artista italiano interpretan la «Scnata» de Galuppi, las «Seguidillas» de Albéniz. Es Paulo Spagnolo —también España en el apellido—, y ha venido de Italia expresamente para este acto. Al día siguiente saldrá de nuevo para Roma.

Mientras, inútilmente se buscará en los ojos, en las manos, en las sienes, en donde latan los últimos compases de la «apassionata», ¿quiénes son los españoles? ¿Cuáles los italianos?

UN HERMANO DE SANTA TERESA

Hay algo que tiene entusiasmo a los italianos que asisten al concierto: la «muestra», que se

inaugura al día siguiente en el Retiro.

La Exposición de Arte Italiano Contemporáneo ha estado en el palacio de la Virreina de Barcelona y ahora ha venido a Madrid, enriquecida con algunas esculturas.

La pintura futurista, metafísica, es el último mensaje del arte italiano, seleccionado y ordenado por la directora de la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma.

La doctora Palma Bucarelli, de figura esbelta y melena leonada —nada metafísica— explica la «muestra». La mano derecha recorre vagamente las formas que resbalan por entre el brillo de sus pulseras, mientras la izquierda se vacía de catálogos.

Numerosos italianos recorren la Exposición en busca de un arte nuevo que aletea ya entre sus párpados. Entre ellos el pintor más español nacido en Italia, Guido Capretti.

Natural de Monza, Capretti vino a España en 1917. Una gran nevada le detuvo en Avila, y desde entonces no ha dejado de pintarla, hasta el punto de no vender actualmente ninguno de los cuadros que de ella hace. Los reúne en la casa-palacio que tiene en la citada ciudad, de la que además es hijo adoptivo.

—Avila es el amor de mi vida. Yo que soy frívolo como un parisien, me he enamorado de la casta Avila, como un hermano de Santa Teresa. Cada uno tiene sus debilidades, pero, ¿qué sería de la vida sin debilidades? Lo que más me impresiona de España son las mujeres. Pero las murallas no pasan.

—¿Y la pintura?

—Es hermana de la italiana. Tiene menos gracia, pero es más potente, más violenta.

Este pintor, que habita precisamente en la casa en que vivió San Isidro, está casado con la célebre miniaturista española Laura de la Torre. Tiene dos hijos y una hija, también españoles; de aquéllos, el uno «bogado y el otro médico».

Otro de los asistentes a la «muestra» es la señora Ponzanelli, esposa del vicedirector del Instituto Italiano de Cultura.

La señora Ponzanelli es alta, de pelo negrísimo, cuyo principal encanto es la conversación, ese difícil arte que a veces se confunde con la palabrería y que en ella está lleno de inteligencia y de entrañable afecto a España.

—Hace dos años que vine a España y no conozco todavía más que Castilla y Cataluña. Sin embargo, creo que los españoles sienten la vida más trágicamente que nosotros, pero la afrontan de una manera enérgica y viril. Esto se percibe plenamente en la fiesta nacional, cuando el hombre está delante del toro, en la misma danza que se manifiesta como una protesta, como diciendo, aquí estoy yo.

Son ya las ocho de la noche. Las acacias del Retiro comienzan a alargarse en sombras. Algunos grupos de italianos se dirigen hacia la salida. Del embarcadero llegan los últimos compases de una canción. Son «las muchachas de la plaza de España».

Margarita ROSEL



Un artista italiano firma autógrafos a sus compatriotas residentes en la capital de España

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

ALVARO D'ORS
DE LA GUERRA Y DE LA PAZ

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ACTUAL

VOLUMENES PUBLICADOS

- 1.—ROMANO GUARDINI. — «El mesianismo en el mito, la revelación y la política». (Prólogo de Alvaro d'Ors. Nota preliminar de Rafael Calvo Serer.) En reimpresión.
- 2.—THEODOR HAECKER. — «La joroba de Kierkegaard» (Estudio preliminar de Ramón Roquer. Nota biográfica por Richard Seewald.) En reimpresión.
- 3.—VICENTE PALACIO ATARD. — «Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII». En reimpresión.
- 4.—RAFAEL CALVO SERER. — «España, sin problema». Premio Nacional de Literatura 1949. Segunda edición. 23 pesetas.
- 5.—FEDERICO SUAREZ VERDEGUER. — «La crisis política del antiguo régimen en España (1800-1840)». 22 pesetas.
- 6.—ETIENNE GILSON. — «El realismo metódico». (Estudio preliminar de Leopoldo Eulogio Palacios). Segunda edición. 22 pesetas.
- 7.—JORGE VIGON. — «El espíritu militar español». Premio Nacional de Literatura 1950. En reimpresión.
- 8.—JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO. — «De Cánovas a la República». Segunda edición, aumentada. 54 pesetas.
- 9.—JUAN JOSE LOPEZ IBOR. — «El español y su complejo de inferioridad». Tercera edición. 26 pesetas.
- 10.—LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS. — «El mito de la nueva Cristiandad». Segunda edición. 24 pesetas.
- 11.—ROMAN PERPIÑA. — «De estructura económica y economía hispana». (Estudio final de Enrique Fuentes Quintana.) 75 pesetas.
- 12.—JOSE MARIA VALVERDE. — «Estudios sobre la palabra poética». 26 pesetas.
- 13.—CARL SCHMITT. — «Interpretación europea de Donoso Cortés». (Prólogo de Angel López-Amo.) 22 pesetas.
- 14.—DUQUE DE MAURA. — «La crisis de Europa». 24 pesetas.
- 15.—RAFAEL CALVO SERER. — «Teoría de la Restauración». 45 pesetas.
- 16.—JOSE VILA SELMA. — «Benavente, fin de siglo». 29 pesetas.
- 17.—AURELE KOLNAI. — «Errores del anticomunismo». 24 pesetas.
- 18.—ANGEL LOPEZ-AMO. — «El poder político y la libertad. La Monarquía de la reforma social». Premio Nacional de Literatura 1952. 33 pesetas.
- 19.—AMINTORE FANFANI. — «Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo». 40 pesetas.
- 20.—RAFAEL CALVO SERER. — «La configuración del futuro». 33 pesetas.
- 21.—CHRISTOPHER DAWSON. — «Hacia la comprensión de Europa». 48 pesetas.
- 22.—RAFAEL GAMBRA. — «La Monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional». 25 pesetas.
- 23.—JOSE CORTS GRAU. — «Estudios filosóficos y literarios». 43 pesetas.
- 24.—MARCELINO MENEZDEZ Y PELAYO. — «La estética del idealismo alemán». (Selección y prólogo de Oswaldo Market). 32 pesetas.
- 25.—JOHN HENRY CARDENAL NEWMAN. — «El sueño de un anciano». (Traducción, nota biográfica, prólogo y glosa de Andrés Vázquez de Prada.) 26 pesetas.
- 26.—JUAN DONOSO CORTES. — «Textos políticos». 52 pesetas.
- 27.—FRANCISCO ELIAS DE TEJADA. — «La Monarquía tradicional». 26 pesetas.
- 28.—ALVARO D'ORS. — «De la guerra y de la paz». Premio Nacional de Literatura 1954. 26 pesetas.
- 29.—THEODOR HAECKER. — «El cristiano y la Historia». 30 pesetas.
- 30.—VICENTE MARRERO. — «La escultura en movimiento de Angel Ferrant». 37 pesetas.
- 31.—JORGE VIGON. — «Teoría del militarismo». 45 pesetas.
- 32.—PETER WUST. — «Incertidumbre y riesgos». 56 pesetas.
- 33.—FLORENTINO PEREZ EMBID. — «Nosotros, los cristianos». 30 pesetas.
- 34.—FRITZ KERN. — «Derechos del Rey y derechos del pueblo». 45 pesetas.
- 35.—JOSE IGNACIO ESCOBAR, JORGE VIGON, EUGENIO VEGAS LATAPIE. — «Escritos sobre la instauración monárquica». (Prólogo del marqués de Valdeiglesias.) 37 pesetas.
- 36.—ANTONIO PACIOS, M. S. A. — «Cristo y los intelectuales». 40 pesetas.
- 37.—MARCELINO MENEZDEZ Y PELAYO. — «Textos sobre España». (Selección, estudio preliminar y notas de Florentino Pérez Embid.) 62 pesetas.
- 40.—FRIEDRICH HEER. — «La democracia en el mundo moderno». 38 pesetas.
- 46.—RAFAEL CALVO SERER. — «Política de integración». 45 pesetas.
- 47.—ANTONIO MILLAN PUELLES. — «Ontología de la existencia histórica». Segunda edición. 40 pesetas.

Dirigida por RAFAEL CALVO SERER

EDICIONES RIALP, S. A. - Preciados, 35 - Madrid

EL ESPAÑOL

MANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES
cio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

E ACLIMATAN BIEN LOS ITALIANOS A LA VIDA ESPAÑOLA



ITALIANOS
A LA VIDA
ESPAÑOLA

OBTIENE GRAN EXITO EN BARCELONA Y MADRID LA EXPOSICION DE ARTE CONTEMPORANEO QUE PRESENTA EN NUESTRO PAIS LA GALERIA NACIONAL DE ROMA



ea las
ágnas
59-62

La cocina italiana ha tenido siempre en España numerosos aficionados gastronómicos